

CO-HERENCIA



Es tiempo de vivir a la altura de
lo que hemos recibido en Cristo



OSVALDO REBOLLEDA

CO-HERENCIA

**“Es tiempo de vivir a la altura
De lo que hemos recibido en Cristo”**



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD - IA**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
--------------------------	----------

PARTE I: UNA HERENCIA QUE NO CONOCEMOS

Capítulo uno:	
Herederos viviendo como esclavos.....	12
Capítulo dos:	
Mentalidad de rancho.....	29
Capítulo tres:	
La herencia postergada.....	40

PARTE II: EL TESTAMENTO FUE ABIERTO

Capítulo cuatro:	
La muerte que activó la herencia.....	52
Capítulo cinco:	
Coherederos con Cristo.....	63
Capítulo seis:	
Cuando Dios vuelve a ser Padre.....	76

PARTE III: LAS ARRAS DEL SIGLO VENIDERO

Capítulo siete:	
No hemos recibido una promesa vacía.....	88
Capítulo ocho:	
Vivir hoy desde el mañana de Dios.....	99
Capítulo nueve:	
Hasta que llegue lo perfecto.....	110

PARTE IV: EL PROBLEMA NO ES LA HERENCIA

Capítulo diez:

No es falta de provisión.....122

Capítulo once:

La responsabilidad del heredero.....134

Capítulo doce:

Crecer para administrar.....146

PARTE V: CO-HERENCIA

Capítulo trece:

La distancia entre lo recibido y lo vivido.....159

Capítulo catorce:

Una vida digna de lo recibido.....170

Capítulo quince:

El fruto no puede negar la raíz.....181

PARTE VI: HEREDEROS QUE GOBIERNAN

Capítulo dieciséis:

El riesgo de acostumbrarse a la incoherencia.....194

Capítulo diecisiete:

Cuando la vida encuentra expresión.....206

Capítulo dieciocho:

Cuando los hijos ocupan su lugar.....219

Reconocimientos.....235

Sobre el autor.....237

INTRODUCCIÓN

Hay maneras de vivir que solo resultan aceptables mientras ignoramos que existe algo diferente. Podemos acostumbrarnos a la escasez si nunca hemos conocido la abundancia, conformarnos con la oscuridad si jamás hemos visto la luz y considerar normal una pequeña habitación cuando desconocemos que somos propietarios de una casa entera. La ignorancia tiene esa extraña capacidad: no solamente nos impide disfrutar aquello que poseemos, sino que puede convencernos de que nuestra limitación es perfectamente natural.

Tal vez algo semejante haya ocurrido con muchos creyentes. No dudo de la sinceridad de quienes aman a Dios, se congregan, oran, sirven y procuran caminar fielmente. Tampoco pretendo sumar una nueva acusación a una Iglesia que demasiadas veces ha sido golpeada desde sus propios púlpitos. Sin embargo, hay preguntas que debemos atrevernos a formular, aunque inicialmente produzcan cierta incomodidad. ¿Es posible haber recibido mucho y vivir como si hubiéramos recibido poco? ¿Es posible ser herederos y pensar como esclavos? ¿Es posible conocer doctrinalmente las riquezas de Cristo y construir una vida espiritual marcada por la pobreza, el temor y la impotencia?

Pablo escribió a los gálatas una declaración que siempre me ha resultado inquietante: ***“Pero también digo:***

Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo” (Gálatas 4:1).

La paradoja es extraordinaria. Pablo no está describiendo a un esclavo que desea convertirse en heredero, sino a un heredero cuya manera de vivir no presenta diferencias visibles con la de un esclavo. Su problema no es la falta de posesiones. El texto dice que es ***“señor de todo”***. Hay una herencia, existe una provisión y su condición es indiscutible; sin embargo, nada de eso parece encontrar una expresión correspondiente en su experiencia cotidiana.

Quizás hemos dedicado mucho tiempo a preguntarnos qué más debería darnos Dios, cuando sería conveniente preguntarnos cuánto comprendemos verdaderamente de aquello que ya hemos recibido. Hemos construido buena parte de nuestra espiritualidad alrededor de la necesidad y, ciertamente, seguimos necesitando al Señor cada día de nuestra vida. Sin Él nada podemos hacer. Pero reconocer nuestra absoluta dependencia de Cristo no significa ignorar la obra que Cristo ya realizó ni vivir como si Su muerte y resurrección no hubieran producido una transformación radical en nuestra condición espiritual.

El Evangelio anuncia que algo ocurrió. No es simplemente una colección de consejos para que los seres humanos podamos vivir mejor. Tampoco es un sistema religioso diseñado para administrar nuestra conducta hasta que llegue el día de morir. El Evangelio proclama un acontecimiento. Cristo murió y resucitó, y Su obra introdujo

en la historia una realidad que no existía de esa manera antes de Él.

Por eso Pablo pudo escribir: ***“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”*** (2 Corintios 5:17). Observe el lenguaje del apóstol. No está presentando una aspiración, sino declarando una realidad. No dice que algún día, después de muchos años de esfuerzo religioso, quizás lleguemos a convertirnos en una nueva creación. Dice que quien está en Cristo, nueva creación es. Entonces surge una pregunta inevitable: ¿cómo debería vivir alguien que ha recibido una nueva vida?

No estoy preguntando qué debe hacer una persona para merecer la gracia de Dios. Esa pregunta nos devolvería inmediatamente al terreno de la religión y del esfuerzo humano. El Nuevo Pacto no comienza con aquello que nosotros hacemos para Dios, sino con aquello que Dios hizo por nosotros en Cristo. La obra siempre precede a nuestra respuesta. La gracia siempre precede a nuestra obediencia. La vida precede al fruto.

Pero precisamente por eso debemos preguntarnos si nuestra manera de vivir corresponde con la vida que afirmamos haber recibido. Pablo también escribió: ***“Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz”*** (Efesios 5:8). El orden es profundamente revelador. Primero declara lo que somos: ***“Ahora sois luz en el Señor”***. Luego establece la manera de

andar: *“Andad como hijos de luz”*. No debemos andar como hijos de luz para convertirnos en luz. Debemos andar como hijos de luz porque somos luz en el Señor.

Entre esas dos declaraciones se desarrolla buena parte del drama de nuestra vida espiritual. Está aquello que Dios ha hecho y está nuestra manera de responder. Está la vida recibida y está la vida manifestada. Está nuestra realidad en Cristo y está la expresión cotidiana de esa realidad. Y debemos reconocer que, en ocasiones, la distancia parece demasiado grande.

Confesamos libertad, pero continuamos protegiendo cadenas. Hablamos de filiación, pero pensamos como huérfanos. Proclamamos la victoria de Cristo, pero interpretamos toda dificultad desde la derrota. Cantamos acerca del Reino, mientras reducimos nuestra vida espiritual a sobrevivir hasta la próxima reunión. Decimos que el Espíritu Santo habita en nosotros, pero muchas veces vivimos como si toda la responsabilidad de producir vida espiritual dependiera exclusivamente de nuestras propias fuerzas.

No digo esto para condenar, lo digo porque quizás nos hemos acostumbrado, y aquello a lo que nos acostumbramos deja de incomodarnos. Podemos llegar a considerar normal vivir muy por debajo de lo recibido simplemente porque nunca nos detuvimos a contemplar seriamente la magnitud de aquello que Dios hizo en Cristo. Tal vez hemos repetido ciertas verdades tantas veces que las palabras permanecieron

mientras el asombro desaparecía. Decimos gracia, salvación, redención, Reino, Espíritu, hijos, herederos; términos extraordinarios que, por la familiaridad, pueden terminar convertidos en piezas comunes de nuestro vocabulario religioso. Pero ¿qué ocurriría si volviéramos a mirarlos con un enfoque mayor o diferente? ¿Qué ocurriría si descubriéramos que el problema nunca fue la pobreza de la provisión divina, sino nuestra limitada comprensión de ella?

Tal vez sea tiempo de revisar algunas de nuestras medidas. No para engrandecer al hombre, sino para volver a contemplar la grandeza de Cristo. No para producir creyentes arrogantes, sino hijos conscientes. No para negar nuestras debilidades, sino para dejar de utilizarlas como argumento contra la suficiencia de la obra de Dios.

Este libro nace de una inquietud sencilla, pero profundamente incómoda: puede existir una distancia entre aquello que hemos recibido en Cristo y la manera en que estamos viviendo. Una distancia entre nuestra herencia y nuestra experiencia. Entre nuestra condición y nuestra mentalidad. Entre la vida recibida y la vida manifestada.

Quizás hemos vivido demasiado tiempo procurando obtener aquello que primero deberíamos aprender a reconocer. Quizás algunas de nuestras mayores frustraciones no provengan de lo que Dios no nos ha dado, sino de aquello que todavía no sabemos administrar. Quizás no necesitamos inventar una nueva espiritualidad, sino permitir que el

Espíritu ilumine nuestros ojos para comprender la realidad en la que hemos sido introducidos por Cristo.

No tengo intención de ofrecer respuestas rápidas. Prefiero que caminemos lentamente, que miremos cuidadosamente la Palabra, que permitamos que algunas preguntas permanezcan abiertas durante un tiempo, analizarlas, escudriñarlas a través de la Palabra y aprender que la Iglesia debe elevar sus parámetros de vida espiritual.

Les propongo invertir sabiamente unas horas en la lectura de este material y les garantizo que el Señor romperá algunos paradigmas y edificará algunas ideas superadoras para que podamos vivir en una mayor plenitud espiritual.

***“La sabiduría es lo primero. ¡Adquiere sabiduría!
Por sobre todas las posesiones, adquiere discernimiento.”***
Proverbios 4:7



PARTE I

UNA HERENCIA QUE NO CONOCEMOS

Capítulo uno

HEREDEROS VIVIENDO COMO ESCLAVOS

“Pero también digo: Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo; sino que está bajo tutores y curadores hasta el tiempo señalado por el padre”.

Gálatas 4:1 y 2

Hay declaraciones bíblicas que pueden ser leídas rápidamente sin que alcancemos a percibir la dimensión de lo que contienen. Las conocemos, las citamos e incluso podemos utilizarlas como fundamento de una enseñanza, pero ciertas verdades necesitan algo más que una lectura correcta; necesitan ser contempladas hasta que el Espíritu permita que veamos las implicaciones que guardan.

La afirmación de Pablo a los gálatas pertenece a esta clase de declaraciones, porque presenta una escena tan paradójica que, si logramos observarla cuidadosamente, puede obligarnos a revisar muchas de nuestras ideas acerca de la vida espiritual.

El apóstol habla de un heredero. No de alguien que procura alcanzar esa condición, ni de un esclavo que sueña con ser liberado para comenzar una nueva vida. El hombre de la ilustración ya es heredero y Pablo incluso declara que es *“señor de todo”*. Hay una posesión que legalmente le corresponde, existe una riqueza vinculada con su identidad y una posición que nadie necesita fabricar mediante esfuerzo alguno. Sin embargo, cuando observamos su manera de vivir, descubrimos algo desconcertante: no presenta una diferencia práctica con el esclavo.

La herencia existe, pero no determina su experiencia. La posición es real, pero todavía no gobierna su manera de vivir. Posee una condición que no ha logrado comprender ni administrar y, por esa causa, puede habitar en medio de una enorme riqueza mientras desarrolla una existencia marcada por las mismas limitaciones de alguien que no posee absolutamente nada. Esta es, probablemente, una de las tragedias más silenciosas que puede experimentar un heredero: no perder la herencia, sino vivir ignorando lo que le pertenece.

Sería sencillo leer estas palabras como una antigua ilustración jurídica utilizada por Pablo para explicar ciertos aspectos de la Ley y la filiación, pero hacerlo sin permitir que la verdad nos confronte sería desperdiciar la fuerza del pasaje. El apóstol está desarrollando el contraste entre esclavitud y filiación, entre vivir bajo los rudimentos anteriores y recibir la posición de hijos mediante la obra de Cristo.

Unos versículos después declara: ***“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos”*** (Gálatas 4:4 y 5).

La llegada de Cristo produjo un cambio de condición. La redención no fue simplemente el perdón de algunas conductas incorrectas cometidas durante nuestra antigua manera de vivir; fuimos liberados de una realidad para ser introducidos en otra. El Evangelio no anuncia que Dios decidió mejorar el trato de los esclavos, sino que por medio del Hijo nos introdujo en la filiación.

Por eso Pablo continúa diciendo: ***“Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo”*** (Gálatas 4:6 y 7).

Observemos nuevamente el orden apostólico: ***“por cuanto sois hijos”***. Dios no envió el Espíritu de Su Hijo para que, después de una prolongada carrera de méritos religiosos, pudiéramos finalmente obtener la filiación. El Espíritu fue enviado porque la obra de Cristo abrió para nosotros una realidad completamente nueva. Pablo no está tratando de convencer a los gálatas para que procuren convertirse en hijos; está intentando despertar su entendimiento para que comprendan que regresar a una mentalidad de esclavitud contradice la condición que han recibido en Cristo.

Aquí comienza nuestro problema. Podemos cambiar de condición sin haber aprendido todavía a pensar conforme a ella. Podemos ser introducidos en una nueva realidad y continuar interpretando la vida con las categorías de la anterior.

La puerta de la prisión puede estar abierta y, sin embargo, el prisionero puede permanecer durante horas dentro de su celda porque todavía no comprende que tiene permiso para salir. Técnicamente es libre, pero existencialmente continúa habitando el mismo espacio de cautividad. Su problema ya no está en la cerradura; está en la comprensión de su nueva condición.

Israel nos ofrece una imagen poderosa de esta realidad. Dios los sacó de Egipto mediante una manifestación extraordinaria de Su poder. El mar se abrió, el ejército opresor quedó atrás y la esclavitud que había definido generaciones enteras terminó en una noche memorable. Sin embargo, salir de Egipto fue mucho más rápido que quitar Egipto del corazón de los israelitas. Sus pies avanzaban hacia la tierra prometida mientras su manera de pensar regresaba continuamente al lugar de esclavitud.

Ante cada dificultad recordaban Egipto. Cuando faltó agua, pensaron como esclavos. Cuando sintieron hambre, interpretaron la situación desde la mentalidad formada durante años de opresión. Cuando escucharon el informe de los espías, contemplaron gigantes y ciudades amuralladas utilizando las medidas interiores de hombres que todavía se

percibían pequeños. ***“También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes, y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos”*** (Números 13:33).

La expresión ***“a nuestro parecer”*** resulta reveladora. Antes de afirmar cómo supuestamente los veían sus enemigos, confesaron cómo se veían a sí mismos. El problema no comenzó en los ojos de los gigantes, sino en la percepción de los israelitas. Eran un pueblo liberado por Dios, habían contemplado señales extraordinarias, caminaban bajo una nube durante el día y una columna de fuego durante la noche, recibían alimento del cielo y llevaban consigo una promesa divina, pero cuando llegó el momento de interpretar el desafío se vieron como langostas. La esclavitud había terminado en Egipto, pero todavía continuaba hablando dentro de ellos.

No pretendo construir una doctrina del Nuevo Pacto trasladando directamente cada experiencia de Israel a la Iglesia. Debemos ser responsables con las Escrituras y comprender las diferencias de pacto, contexto y propósito. Sin embargo, Pablo mismo declaró que aquellas cosas sucedieron como ejemplo y fueron escritas para amonestarnos a nosotros **(1 Corintios 10:11)**. Existe un principio que no podemos ignorar: una persona puede haber sido liberada de una condición y continuar interpretando su presente mediante los patrones formados en su pasado.

Esto explica por qué algunos creyentes sinceros pueden haber nacido de nuevo y, sin embargo, desarrollar una vida dominada por pensamientos propios de la esclavitud. No estoy cuestionando necesariamente su salvación ni sugiriendo que toda lucha interior sea evidencia de una falsa conversión.

Estoy diciendo algo diferente: la regeneración nos introduce en una nueva vida, pero necesitamos crecer en el conocimiento de esa vida y permitir que la verdad renueve nuestro entendimiento. Por eso Pablo escribe a personas que ya habían experimentado las misericordias de Dios y les dice: ***“Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”*** (Romanos 12:2).

La transformación de nuestra manera de vivir está profundamente relacionada con una mente que aprende a interpretar la realidad desde la verdad de Dios. No se trata de pensamiento positivo ni de repetir frases motivacionales frente a un espejo hasta sentirnos capaces de conquistar el mundo. El Reino no necesita las técnicas del humanismo maquilladas con vocabulario bíblico. La renovación del entendimiento ocurre cuando la verdad revelada por el Espíritu desplaza las estructuras de pensamiento que contradicen aquello que Dios ha establecido en Cristo.

Un esclavo piensa en términos de supervivencia. Su principal preocupación es atravesar el día, evitar el castigo y conservar aquello poco que posee. No planifica como propietario porque nada le pertenece, no administra con

visión generacional porque desconoce si permanecerá mañana en el mismo lugar y no desarrolla la libertad interior del hijo porque toda su existencia está condicionada por el temor.

Cuando esa mentalidad invade nuestra experiencia espiritual, comenzamos a relacionarnos con Dios desde la inseguridad, a interpretar cada dificultad como una amenaza de abandono y a considerar la vida cristiana como una agotadora carrera para conservar el favor divino.

Entonces oramos como esclavos, servimos como esclavos, obedecemos como esclavos, incluso adoramos como esclavos. No porque Dios nos trate de esa manera, sino porque todavía no hemos comprendido el corazón del Padre.

El hijo y el esclavo pueden encontrarse en la misma casa y realizar externamente una tarea semejante, pero la relación interior con aquello que hacen es completamente diferente. El esclavo trabaja para evitar consecuencias o recibir una recompensa; el hijo puede participar de la voluntad del padre porque comprende que pertenece a la casa. El esclavo pregunta cuánto debe hacer para cumplir con la obligación; el hijo maduro desea conocer el propósito del padre. El esclavo mira permanentemente la mano de quien gobierna para descubrir si recibirá algo; el hijo aprende a mirar el rostro.

Jesús reveló esta diferencia de manera extraordinaria en la parábola que tradicionalmente llamamos “del hijo

pródigo”. Generalmente concentramos nuestra atención en el hijo menor, y ciertamente su historia contiene una revelación maravillosa de la gracia del padre. Sin embargo, el hijo mayor representa otra tragedia, quizás más silenciosa y difícil de detectar.

Él nunca abandonó físicamente la casa. Permaneció trabajando, obedeciendo y cumpliendo sus responsabilidades, pero cuando escuchó la música de la celebración y descubrió que su hermano había regresado, las palabras que salieron de su boca revelaron la mentalidad con la que había vivido durante años. ***“He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos” (Lucas 15:29).***

Estaba en la casa del padre, pero llevaba las cuentas de un esclavo. ***“Tantos años te sirvo...” “Jamás te desobedecí...” “Nunca me has dado...”*** Su relación estaba construida alrededor de servicio, mérito y recompensa. Había permanecido cerca físicamente mientras su corazón interpretaba al padre desde una profunda sensación de carencia. Creía que su problema era que nunca había recibido un cabrito, pero la respuesta del padre expuso una realidad mucho más dolorosa: ***“Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas” (Lucas 15:31).***

¿Qué puede hacer un padre cuando un hijo vive mendigando un cabrito mientras es heredero de todo? La declaración es devastadora porque demuestra que la pobreza

del hijo mayor no se encontraba en la casa. El padre no había retenido la provisión. No existía una decisión secreta de mantenerlo limitado ni una escasez que justificara su frustración. *“Todas mis cosas son tuyas”*. El problema estaba en la incapacidad del hijo para vivir consciente de aquello que le pertenecía.

Podemos estar en la casa y pensar como jornaleros. Podemos servir durante años y conservar una contabilidad interior de méritos, esperando que Dios finalmente reconozca cuánto hemos hecho. Podemos observar la gracia derramada sobre otros y sentirnos ofendidos porque interpretamos la bondad del Padre desde la lógica de la recompensa. Entonces nuestra obediencia, aunque externamente correcta, comienza a llenarse de amargura.

El hijo mayor nunca pidió su parte de la herencia como el menor, pero tampoco parecía comprender que era heredero. Uno desperdició los bienes del padre viviendo perdidamente. El otro desperdició la posibilidad de disfrutarlos viviendo ignorantemente. Uno se fue lejos de la casa. El otro estaba perdido dentro de ella.

Esta realidad debería producirnos una profunda reflexión, porque congregarnos no garantiza automáticamente que pensemos como hijos. Conocer el lenguaje de la casa no significa necesariamente comprender el corazón del Padre. Podemos aprender canciones, desarrollar funciones ministeriales, conocer protocolos e incluso ocupar lugares de liderazgo mientras en lo profundo

continuamos relacionándonos con Dios desde el temor de quien cree que debe demostrar permanentemente su valor.

Hay creyentes que viven aterrados ante la posibilidad de que Dios se canse de ellos. Cada dificultad es interpretada como castigo, cada silencio como abandono y cada error como evidencia de que quizás han perdido todo aquello que recibieron. No viven procurando agradar al Padre desde el amor y la comunión, sino intentando evitar que el Amo se enoje. Tal vez nunca utilizarían estas palabras para describir su relación con Dios, pero la manera en que oran y reaccionan revela una imagen interior que todavía necesita ser iluminada por la verdad.

Juan escribió: ***“En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor”*** (1 Juan 4:18). El apóstol no está promoviendo irreverencia ni eliminando el santo temor de Dios entendido como honra, reconocimiento y profunda sujeción. Está hablando del temor relacionado con el castigo, de esa expectativa interior que nos hace vivir esperando el golpe.

Un esclavo puede obedecer porque teme el látigo. Un hijo necesita aprender el amor del Padre, y esto no significa que el Padre no corrija. El autor de la carta a los hebreos declara precisamente lo contrario: ***“Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo”*** (Hebreos 12:6). Pero la disciplina del Padre no es el castigo judicial de un juez descargando condenación sobre un

culpable. En Cristo nuestra condenación fue tratada en la cruz. La disciplina pertenece al ámbito de la filiación; es la obra amorosa de un Padre comprometido con la madurez de Sus hijos.

Cuando no comprendemos esta diferencia, interpretamos la formación como rechazo. Nos resistimos a los procesos porque pensamos que toda incomodidad significa que Dios está enojado, o buscamos desesperadamente una explicación para cada circunstancia adversa preguntándonos qué hicimos para merecerla. La mentalidad de esclavitud siempre sospecha de la bondad de quien gobierna.

Esta sospecha es antigua. La serpiente comenzó su operación en Edén sembrando una duda acerca del corazón de Dios: “*¿Conque Dios os ha dicho...?*” (Génesis 3:1). La tentación no consistió solamente en ofrecer un fruto; consistió en presentar una interpretación diferente del Padre. Si la mujer podía creer que Dios estaba reteniendo algo bueno, la desobediencia encontraría una justificación interior. El enemigo necesitaba convertir la abundancia del huerto en una experiencia de carencia, concentrando la mirada sobre un árbol prohibido hasta que todo lo demás pareciera insuficiente.

La mentalidad de esclavitud hace algo semejante. Puede estar rodeada de gracia y continuar concentrándose en aquello que cree no haber recibido. Puede contemplar la fidelidad de Dios durante años y permitir que una oración

todavía no respondida ponga en duda todo el carácter del Padre. Puede disfrutar de la vida de Cristo, la comunión del Espíritu y la riqueza de la Palabra, pero vivir obsesionada con la sensación de que algo fundamental siempre está faltando.

Por eso considero que una de las preguntas más importantes que podemos formularnos no es simplemente cuánto sabemos acerca de Dios, sino desde qué imagen interior nos relacionamos con Él. Podemos sostener una teología correcta acerca de la paternidad divina y continuar reaccionando emocional y espiritualmente como huérfanos. La doctrina puede estar ordenada en nuestra mente mientras las viejas estructuras continúan determinando nuestra manera de interpretar la vida.

No debemos avergonzarnos de reconocer esta distancia, pero tampoco deberíamos considerarla normal para siempre. El crecimiento espiritual implica permitir que la verdad penetre aquellas regiones de nuestro entendimiento que todavía no han aprendido a vivir conforme a la nueva realidad.

Pablo oraba por los efesios para que Dios les diera ***“espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento”*** (Efesios 1:17 y 18). Es interesante que el apóstol no estaba orando por incrédulos, sino por santos. Personas que ya habían creído necesitaban que sus ojos fueran iluminados. Porque es posible poseer algo y no comprenderlo. Es posible haber

recibido una herencia y desconocer su magnitud. Es posible ser hijo y continuar pensando como esclavo.

Aquí debemos cuidarnos de un error frecuente. Cuando hablamos de herencia espiritual, algunas personas inmediatamente imaginan una vida sin dificultades, una prosperidad material ilimitada o una especie de privilegio celestial que nos exime del sufrimiento. Nada podría estar más lejos del testimonio apostólico.

Pablo conocía su posición en Cristo y, al mismo tiempo, conoció cárceles, azotes, naufragios, persecuciones y necesidades. La conciencia de herencia no lo convirtió en un hombre dedicado a exigir comodidad; lo convirtió en un siervo capaz de atravesar la adversidad sin permitir que las circunstancias definieran su identidad.

El esclavo interpreta su condición desde lo que le sucede, pero el hijo interpreta lo que le sucede desde su relación con el Padre. Esta diferencia es fundamental. Cuando Pablo y Silas estaban encarcelados en Filipos, sus espaldas heridas y sus pies asegurados en el cepo ofrecían suficientes argumentos para interpretar la situación como una derrota. Sin embargo, ***“a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios” (Hechos 16:25)***. No cantaban porque la cárcel fuera agradable ni porque negaran el dolor de sus heridas. Cantaban porque las paredes de una prisión no tenían autoridad para redefinir aquello que ellos conocían acerca de Dios. La libertad interior precedió a la apertura de las puertas.

Esto es lo que la mentalidad de esclavitud no puede comprender. Necesita que cambien las circunstancias para sentirse libre, que desaparezcan los gigantes para creer en la promesa y que la provisión sea visible para confiar en el Padre. El heredero maduro, en cambio, aprende progresivamente a vivir desde una realidad que no depende de aquello que sus ojos naturales contemplan.

No estoy diciendo que debamos negar el dolor ni utilizar la fe para fingir que los problemas no existen. La Escritura jamás presenta a los hombres de Dios como actores obligados a sonreír mientras su corazón se desangra. Jesús lloró. Pablo habló de tribulaciones y conflictos. Los salmos están llenos de preguntas, gemidos y clamores. La diferencia no está en negar la realidad, sino en decidir cuál realidad tendrá la palabra final.

Quizás muchos de nuestros mayores límites espirituales no estén relacionados con una falta de provisión divina, sino con la pequeña medida desde la cual hemos aprendido a interpretar la vida. Oramos desde la escasez, pensamos desde el temor, decidimos desde la inseguridad y construimos desde la expectativa de perder. Después llamamos humildad a nuestra pequeñez y prudencia a nuestra incredulidad. Pero negar aquello que Dios ha hecho no honra a Dios.

Si Él dice que somos hijos, pensar permanentemente como esclavos no es humildad. Si Él declara que nos ha dado vida en Cristo, construir una espiritualidad basada

exclusivamente en nuestra impotencia no exalta la gracia. La verdadera humildad reconoce que nada hemos producido, pero también recibe con gratitud aquello que el Padre decidió otorgar.

Pablo preguntó a los corintios: “*¿Qué tienes que no hayas recibido?*” (1 Corintios 4:7). La pregunta destruye toda arrogancia, porque absolutamente todo proviene de la gracia. Pero observe que Pablo no pregunta: “¿Tienes algo?”. Pregunta qué tenemos que no hayamos recibido. La humildad bíblica no consiste en fingir que estamos vacíos; consiste en reconocer la Fuente de todo lo recibido.

El heredero no diseñó la herencia, no produjo la riqueza, no estableció el testamento, no compró su posición. Simplemente recibe. Y precisamente porque recibe, no tiene motivos para jactarse.

Sin embargo, ignorar lo recibido tampoco es humildad. Un hijo que desprecia el regalo del padre no honra al padre mediante su aparente modestia. La gracia debería producir en nosotros una combinación extraordinaria: una profunda conciencia de nuestra absoluta dependencia de Cristo y, al mismo tiempo, una creciente comprensión de la riqueza que hemos recibido en Él.

Tal vez necesitamos volver a leer las Escrituras sin los lentes de nuestra pobreza aprendida. Quizás algunas declaraciones apostólicas nos parecen exageradas solamente porque hemos normalizado una experiencia demasiado

pequeña. Cuando Pablo habla de ***“las inescrutables riquezas de Cristo”*** (Efesios 3:8), no está utilizando un recurso publicitario. Cuando Pedro declara que somos ***“linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios”*** (1 Pedro 2:9), no está procurando elevar artificialmente nuestra autoestima. Cuando Juan afirma que ***“ahora somos hijos de Dios”*** (1 Juan 3:2), no está describiendo una posibilidad futura.

El problema es que podemos leer palabras enormes con una mentalidad pequeña. Y entonces reducimos todo a frases religiosas. “Hijo de Dios” se convierte en una expresión habitual. “Herencia” se convierte en un concepto doctrinal. “Reino” se convierte en el tema de una conferencia. “Vida eterna” se convierte solamente en la garantía de ir al cielo después de morir.

Mientras tanto, continuamos viviendo con temor, escasez espiritual y una profunda sensación de impotencia. Es posible poseer legalmente una herencia y vivir existencialmente como si no tuviéramos nada. Esta verdad debería incomodarnos. No para condenarnos, sino para despertarnos.

Porque si el problema fuera que Dios no ha provisto, solo podríamos esperar que algún día decidiera hacerlo. Si la obra de Cristo fuera insuficiente, nuestra única alternativa sería aguardar una nueva intervención divina. Pero si el problema está relacionado con nuestra falta de revelación,

madurez y administración, entonces necesitamos permitir que el Espíritu abra nuestros ojos.

El padre del hijo mayor le dijo: ***“Todas mis cosas son tuyas”***. Pablo dijo del heredero niño: ***“Es señor de todo”***. Y, sin embargo, ambos podían vivir sin disfrutar conscientemente aquello que les pertenecía.

Quizás la pregunta con la que debemos terminar este primer capítulo no sea cuánto más deseamos recibir de Dios. Tal vez deberíamos formular una pregunta mucho más incómoda: ¿cuánto conocemos verdaderamente de aquello que ya hemos recibido en Cristo? Porque un esclavo necesita ser liberado, pero un heredero que vive como esclavo necesita despertar.

Y posiblemente, durante demasiado tiempo, hemos estado pidiendo que se abran puertas que Cristo ya abrió, reclamando una filiación que el Espíritu ya testifica y esperando una vida que Dios ya nos ha dado en Su Hijo. El problema no siempre es la ausencia de herencia. A veces, el problema es que el heredero todavía no sabe quién es y debe despertar a esa gran verdad.



Capítulo dos

LA MENTALIDAD DEL RANCHO

*“Porque nadie puede poner otro fundamento que el que
está puesto, el cual es Jesucristo.”*

1 Corintios 3:11

Hace algunos años comencé a pensar en una imagen que, aunque sencilla, me permitió comprender una contradicción bastante frecuente en la vida espiritual. Imaginé a un hombre recibiendo gratuitamente los cimientos de una construcción extraordinaria. No se trataba de una base improvisada ni de una plataforma débil que necesitara ser reforzada antes de comenzar a edificar.

Los cálculos habían sido realizados por el mejor arquitecto, los materiales utilizados eran perfectos y la estructura había sido diseñada para soportar una torre de al menos veinte pisos. Todo estaba preparado para una gran construcción. Sin embargo, el propietario llegó al terreno, contempló brevemente los cimientos y luego, ante la mirada incrédula de todos los ciudadanos, determinó construir un pequeño rancho.

No lo hizo porque la base fuera insuficiente, sino porque su visión era demasiado pequeña para aquello que había recibido. Los cimientos podían soportar una torre, pero su mente solamente podía imaginar un rancho. De modo que levantó algunas paredes sencillas, colocó un techo precario y comenzó a vivir satisfecho dentro de una construcción que no guardaba ninguna correspondencia con la magnitud del fundamento.

Cada vez que pienso en esta imagen recuerdo las palabras de Pablo a los corintios: ***“Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo”***. El cristianismo no comienza con nuestra capacidad para construir, sino con el fundamento que Dios estableció. Antes de cualquier obra, esfuerzo, disciplina o decisión humana, está Cristo. Él no es una ayuda adicional para nuestra antigua vida ni una pieza religiosa que incorporamos a nuestros proyectos personales. Cristo es el fundamento de una realidad completamente nueva.

El problema es que podemos tener un fundamento glorioso y conservar una mentalidad miserablemente pequeña. Pablo escribió: ***“Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica”*** (1 Corintios 3:10). El fundamento no está en discusión. Pablo no invita a los creyentes a revisar si Cristo necesita alguna mejora ni sugiere que cada generación deba colocar una base más adecuada a sus tiempos. El fundamento está puesto. La exhortación apostólica se dirige

hacia aquello que nosotros edificamos sobre Él: ***“Cada uno mire cómo sobreedifica”***.

Esta exhortación debería detenernos por un momento. Existe una responsabilidad vinculada con la vida que construimos sobre la obra de Cristo. La gracia no elimina esa responsabilidad; la hace posible. Nosotros no pusimos el fundamento y jamás hubiéramos podido hacerlo, pero somos llamados a considerar cuidadosamente qué clase de edificación estamos levantando sobre aquello que Dios estableció.

Durante mucho tiempo la religión enseñó a los creyentes a concentrarse casi exclusivamente en su propia incapacidad. Se pensaba que cuanto más pequeño se considerara alguien, más humilde parecía. Cualquier reconocimiento de lo recibido en Cristo podía ser interpretado como arrogancia, de modo que aprendimos a hablar de nosotros mismos utilizando un vocabulario de permanente derrota.

Éramos indignos, incapaces, miserables y débiles, y aunque algunas de estas expresiones pueden describir correctamente nuestra condición fuera de Cristo, el problema aparece cuando continuamos definiéndonos exclusivamente desde aquello que éramos antes de ser incorporados a Él.

Pablo podía decir: ***“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”*** (2 Corintios 5:17), y luego

también escribió: ***“Por la gracia de Dios soy lo que soy” (1 Corintios 15:10)***. No hay arrogancia en sus palabras, porque inmediatamente reconoce la fuente de su condición. No dice: “Por mi capacidad llegué a ser esto”. Dice: ***“Por la gracia de Dios...”*** Sin embargo, la conciencia de la gracia no lo obligaba a negar aquello que la gracia había producido. La humildad bíblica no consiste en discutir con Dios acerca de lo que Él ha hecho.

Si Dios nos ha dado vida, no somos más humildes por insistir en que permanecemos muertos. Si nos hizo hijos, no lo honramos viviendo deliberadamente como huérfanos. Si nos trasladó al Reino de Su amado Hijo, no glorificamos Su obra afirmando que continuamos inevitablemente bajo el dominio de las tinieblas. La humildad reconoce que todo proviene de Él, pero precisamente por eso recibe con gratitud aquello que Él ha dado.

La mentalidad del rancho aparece cuando nuestra visión de la vida espiritual es mucho más pequeña que el fundamento sobre el cual estamos edificando. Cristo es inmenso, pero nuestras expectativas pueden ser diminutas. La obra es eterna, pero nuestros proyectos espirituales pueden reducirse a sobrevivir una semana más. Hemos sido incorporados al propósito de Dios y, sin embargo, podemos pasar años concentrados exclusivamente en resolver nuestros pequeños conflictos personales.

No estoy despreciando las necesidades individuales. El Padre conoce aquello que necesitamos y Jesús mismo enseñó

que aun los cabellos de nuestra cabeza están contados. Dios no es indiferente a nuestras lágrimas ni considera insignificantes las luchas que atravesamos. Pero una cosa es recibir el cuidado del Padre y otra muy diferente construir toda nuestra espiritualidad alrededor de nosotros mismos. Podemos tener cimientos de Reino y edificar una vida dedicada exclusivamente a nuestra comodidad.

Oramos para estar bien. Buscamos a Dios para sentirnos mejor. Nos congregamos esperando recibir algo que nos ayude a atravesar la semana. Deseamos bendición para nuestros proyectos, protección para nuestra familia y provisión para nuestras necesidades. Nada de esto es necesariamente incorrecto, pero cuando toda nuestra relación con Dios termina encerrada dentro de ese pequeño círculo, debemos preguntarnos si no estamos construyendo un rancho sobre el fundamento de un Reino.

Jesús dijo: ***“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”*** (Mateo 6:33). El orden establecido por el Señor revela una manera completamente diferente de interpretar la vida. Los gentiles corren detrás de aquello que necesitan porque toda su existencia está determinada por la supervivencia. Los hijos, en cambio, conocen al Padre y pueden orientar su vida hacia el Reino sabiendo que Él conoce sus necesidades.

La mentalidad pequeña no siempre se manifiesta en falta de dinero o en una condición social determinada. He conocido personas con muy pocos recursos y una visión

extraordinariamente amplia del propósito de Dios, así como también he conocido personas económicamente prósperas cuya vida espiritual giraba alrededor de asuntos insignificantes. La mentalidad del rancho no es una condición económica. Es una manera reducida de pensar acerca de aquello que Dios ha hecho en Cristo.

Se manifiesta en oraciones pequeñas, no necesariamente porque sean breves, sino porque todo su contenido está encerrado en nuestro mundo personal. Se manifiesta en expectativas pequeñas, cuando dejamos de creer que nuestra vida puede expresar algo del Reino y nos conformamos con mantener una conducta religiosa aceptable.

Se manifiesta en una visión pequeña de la Iglesia, cuando pensamos que el éxito consiste simplemente en llenar un edificio y sostener reuniones agradables. Se manifiesta en una misión pequeña, cuando reducimos el Evangelio a preparar personas para ir al cielo después de morir, olvidando que Jesús anunció la llegada del Reino de Dios.

Pablo contemplaba algo mucho más grande. Al escribir a los efesios declaró que Dios nos había dado a conocer ***“el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra”*** (Efesios 1:9 y 10).

Cuando leemos estas palabras descubrimos que el propósito de Dios es considerablemente más amplio que nuestra pequeña agenda personal. Cristo ocupa el centro de un propósito eterno. Todo converge hacia Él. La historia no está avanzando hacia la exaltación del hombre, sino hacia la plena manifestación del señorío del Hijo. Y nosotros hemos sido incorporados a Cristo.

Esta realidad debería ampliar nuestra manera de pensar. No para desarrollar delirios de grandeza ni para imaginar que somos protagonistas independientes del propósito divino, sino precisamente para comprender que nuestra vida ha sido introducida en algo infinitamente mayor que nosotros mismos. Pablo escribió: ***“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”*** (Efesios 2:10).

No fuimos creados en Cristo simplemente para sentirnos mejor. Hay un propósito, hay una obra, hay un andar preparado por Dios. Sin embargo, la mentalidad del rancho puede recibir una nueva vida y utilizarla únicamente para decorar la antigua existencia. Queremos que Cristo bendiga nuestros planes, mejore nuestras relaciones, sane nuestras emociones y facilite nuestro camino, pero rara vez nos detenemos a preguntar cuál es el propósito eterno al que hemos sido incorporados.

En ese sentido, podemos utilizar materiales preciosos para construir algo demasiado pequeño.

Pablo continúa diciendo que sobre el fundamento algunos edifican con **“oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca” (1 Corintios 3:12)**. El día manifestará la calidad de la obra. No todo aquello que se construye sobre un lenguaje cristiano corresponde necesariamente con la naturaleza del fundamento. Podemos invertir años, energía y recursos en edificaciones que parecen importantes ante nuestros ojos, pero que no expresan verdaderamente a Cristo.

Por eso necesitamos revisar nuestras medidas. ¿Quién determinó el tamaño de nuestra visión espiritual? ¿La Palabra o nuestras experiencias? ¿El propósito de Dios o nuestros temores? ¿Cristo o las decepciones acumuladas durante años?

Muchas veces comenzamos creyendo que Dios puede hacer grandes cosas, pero después de algunas frustraciones reducimos cuidadosamente nuestras expectativas. Dejamos de esperar para evitar ser heridos. Dejamos de intentar para no fracasar. Construimos pequeño porque una construcción pequeña parece más segura y, con el tiempo, llamamos madurez a nuestra resignación.

Pero la madurez no consiste en esperar poco de Dios. La madurez consiste en dejar de esperar que Dios sirva nuestros caprichos y comenzar a vivir para Su propósito. Existe una enorme diferencia entre ambas cosas. La fe infantil piensa que grandeza significa obtener todo lo que desea. La madurez comprende que la verdadera grandeza está en participar de aquello que Dios desea.

Jesús mismo dijo: ***“Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra”*** (Juan 4:34). Cristo nunca vivió con mentalidad de rancho. No porque buscara reconocimiento humano ni porque procurara construir una plataforma personal. Su visión era grande porque estaba completamente alineada con el propósito del Padre.

Podía detenerse frente a una mujer samaritana y dedicarle tiempo, pero veía detrás de aquella conversación campos blancos para la siega. Podía recibir a un niño en Sus brazos y, al mismo tiempo, anunciar un Reino eterno. Podía lavar los pies de Sus discípulos sin perder conciencia de que había venido de Dios y a Dios iba.

Juan describe aquel momento diciendo: ***“Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó”*** (Juan 13:3 y 4). Observemos la relación entre identidad y servicio. Jesús sabía quién era, conocía Su procedencia y Su destino; precisamente desde esa conciencia pudo inclinarse para lavar pies. La verdadera grandeza del Reino no produce arrogancia. Produce libertad para servir.

Por eso debemos rechazar la idea de que pensar conforme a lo recibido en Cristo nos convertirá necesariamente en personas orgullosas. El orgullo nace cuando el hombre se coloca en el centro. La revelación de

Cristo hace exactamente lo contrario: nos muestra que todo procede de Él, existe por Él y tiene como propósito Su gloria.

La mentalidad del rancho no se vence repitiéndonos que somos extraordinarios, se vence contemplando un fundamento extraordinario. Cuanto más vemos a Cristo, más pequeñas parecen nuestras ambiciones egoístas y más grande se vuelve nuestra comprensión del propósito de Dios. Dejamos de preguntar solamente qué puede hacer Él por nosotros y comenzamos a preguntarnos qué desea manifestar a través de una vida rendida a Su gobierno.

Quizás hemos construido demasiado pequeño. Tal vez nuestras oraciones, expectativas, proyectos y conceptos de éxito necesiten ser revisados. No porque Dios nos esté llamando a una versión religiosa de la grandeza humana, sino porque el fundamento sobre el cual hemos sido edificados merece una construcción correspondiente con Su naturaleza.

“Cristo es el fundamento”. La pregunta es qué estamos edificando sobre Él. Podemos tener cimientos para una torre y continuar viviendo orgullosamente en un rancho. Podemos decorar sus paredes, mejorar el techo y discutir durante años acerca del color de las ventanas sin preguntarnos jamás por qué existe debajo de nuestra pequeña construcción un fundamento tan extraordinario.

Quizás ha llegado el momento de mirar hacia abajo. De contemplar nuevamente el fundamento de nuestra vida, y después de eso, levantar los ojos para observar

correctamente. Porque tal vez nuestra vida no es pequeña por falta de buenos cimientos, tal vez no es que nos falte provisión, tal vez hemos estado construyendo conforme a la medida de nuestra mente y no conforme a la grandeza de Cristo.



Capítulo tres

LA HERENCIA POSTERGADA

“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros.”

1 Pedro 1:3 y 4

Durante mucho tiempo, buena parte de la enseñanza cristiana colocó casi todas las riquezas de la salvación en el futuro. Aprendimos a esperar el cielo, la gloria, la plenitud, la victoria definitiva y la vida eterna como realidades vinculadas principalmente con aquello que ocurriría después de nuestra muerte o con el regreso del Señor.

Esta esperanza no es incorrecta. Las Escrituras hablan claramente de una herencia reservada en los cielos, de la redención de nuestro cuerpo, de la manifestación gloriosa de Cristo y de una consumación que todavía aguardamos. El problema comienza cuando, por defender correctamente el futuro, terminamos vaciando el presente.

Es posible desarrollar una espiritualidad construida casi exclusivamente alrededor de la expresión “algún día”. Algún día veremos la gloria. Algún día reinaremos con Cristo. Algún día experimentaremos plenitud. Algún día conoceremos verdaderamente la vida. Algún día seremos libres de toda limitación y finalmente podremos disfrutar aquello que Dios ha prometido. Mientras tanto, pareciera que nuestra única responsabilidad consiste en resistir, conservar la fe y procurar llegar en condiciones aceptables hasta el final.

No deseo minimizar la importancia de perseverar. Jesús habló de permanecer, Pablo enseñó acerca de correr la carrera y la carta a los hebreos nos exhorta repetidamente a mantener firme nuestra confianza hasta el fin. La esperanza futura ocupa un lugar esencial en la vida cristiana. Pedro mismo declara que hemos renacido para una esperanza viva y describe una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible reservada para nosotros. Hay cosas que todavía no hemos recibido en su plena manifestación y sería irresponsable enseñar lo contrario.

Nuestro cuerpo continúa sujeto a corrupción. Envejecemos, enfermamos y morimos. Todavía conocemos en parte. La creación gime. Esperamos cielos nuevos y tierra nueva en los cuales mora la justicia. Aguardamos la manifestación de Jesucristo y sabemos que, cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él porque le veremos tal como Él es. La fe cristiana mira hacia adelante y cualquier

intento de eliminar esta dimensión futura terminará produciendo una visión incompleta del Reino.

Sin embargo, el Evangelio tampoco nos permite colocar todo en el mañana. Jesús no comenzó Su ministerio anunciando simplemente que algún día el Reino de Dios llegaría. Marcos registra Sus primeras palabras diciendo: ***“El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio”*** (Marcos 1:15). Algo había irrumpido en la historia. La llegada del Rey anunciaba la presencia de una realidad que Israel había esperado durante generaciones.

El Reino todavía esperaba su consumación, pero ya estaba presente en Cristo. Esta tensión atraviesa todo el Nuevo Testamento y debemos aprender a respetarla sin intentar resolverla eliminando uno de sus extremos. El Reino ha venido y la plenitud del Reino vendrá. Hemos recibido vida eterna y esperamos la redención de nuestro cuerpo. Somos hijos de Dios y todavía no se ha manifestado lo que hemos de ser. Hemos sido salvados y esperamos la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.

Vivimos entre el “ya” y el “todavía no”. Cuando ignoramos el “todavía no”, caemos fácilmente en un triunfalismo peligroso. Comenzamos a enseñar que todo sufrimiento demuestra falta de fe, que toda enfermedad debería desaparecer inmediatamente y que un creyente verdaderamente espiritual tendría que vivir por encima de

cualquier debilidad. Esa clase de enseñanza no resiste una lectura seria del Nuevo Testamento ni puede explicar la experiencia de los propios apóstoles.

Pablo, el hombre que escribió acerca de nuestra victoria en Cristo, también habló de estar atribulado, perseguido y abatido. El mismo apóstol que declaró que somos más que vencedores reconoció que gemimos dentro de nosotros esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Pedro habló de pruebas, Santiago de paciencia y Juan escribió a creyentes que enfrentaban oposición. La Iglesia apostólica no interpretó la presencia del sufrimiento como evidencia de que el Reino había fracasado.

Pero cuando ignoramos el “ya”, producimos el problema contrario. Convertimos el cristianismo en una sala de espera. Vivimos sentados aguardando aquello que Dios hará algún día, sin comprender suficientemente lo que ya hizo en Cristo. Cantamos acerca del cielo mientras desconocemos la vida que hemos recibido. Hablamos de la gloria futura, pero consideramos normal una existencia espiritual marcada por la impotencia. Esperamos ver a Cristo cara a cara y olvidamos que hoy podemos conocerle por el Espíritu.

La Iglesia no espera vacía. Esta verdad necesita recuperar su lugar en nuestra comprensión del Evangelio. No somos un pueblo abandonado en la historia, aferrado a una antigua promesa y contando los días hasta que finalmente Dios decida intervenir. Cristo vino. Cristo murió. Cristo

resucitó. Cristo fue exaltado a la diestra del Padre y el Espíritu Santo fue derramado.

Algo ocurrió en Pentecostés. Pedro se levantó en medio de Jerusalén y explicó lo que estaba sucediendo utilizando las palabras del profeta Joel: ***“Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne” (Hechos 2:17)***. Aquellos hombres no estaban simplemente recibiendo una emoción religiosa que les permitiría soportar mejor la espera. La presencia del Espíritu testificaba que los tiempos anunciados por los profetas habían irrumpido en la historia.

Por supuesto, esto no significa que todo haya alcanzado su consumación. Pedro citó una profecía cuya plenitud total todavía contempla acontecimientos futuros. Sin embargo, tampoco podemos negar que el derramamiento del Espíritu marcó el comienzo de una realidad extraordinaria. Dios había decidido habitar en Su pueblo.

Jesús dijo a Sus discípulos: ***“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros” (Juan 14:16 al 17)***. Tal vez la familiaridad con estas palabras nos ha impedido percibir su magnitud. Los discípulos habían conocido la presencia de Dios en la persona visible de Cristo. Habían caminado con Él, escuchado Su voz y contemplado Sus obras.

Ahora Jesús anunciaba una dimensión diferente de la presencia divina. El Espíritu no estaría simplemente cerca de ellos. Estaría en ellos. ¿Cómo podríamos afirmar que la Iglesia espera vacía? Esperamos, ciertamente, pero esperamos habitados. Gemimos, pero el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad. Conocemos en parte, pero hemos recibido al Espíritu que escudriña aun lo profundo de Dios.

Todavía enfrentamos tinieblas, pero hemos sido hechos luz en el Señor. Nuestro cuerpo es mortal, pero el Espíritu de Aquel que levantó a Jesús de los muertos habita en nosotros. La esperanza cristiana no consiste en despreciar el presente para sobrevivir pensando en el futuro. Consiste en vivir el presente iluminados por una obra consumada y orientados hacia una consumación segura. Miramos hacia atrás y vemos la cruz. Miramos hacia adelante y esperamos la gloria. Pero mientras caminamos entre ambas realidades, no estamos solos.

Quizás una de las razones por las que muchos creyentes viven por debajo de lo recibido es que han aprendido a colocar toda expectativa espiritual en otro tiempo. Para algunos, la única intervención decisiva de Dios ocurrió hace dos mil años. Para otros, todo lo verdaderamente glorioso ocurrirá cuando Cristo regrese. Ambas afirmaciones contienen verdad, pero si no comprendemos la presencia y la obra actual del Espíritu, nuestra experiencia cristiana queda suspendida entre dos grandes acontecimientos mientras ignoramos a Dios habitando en nosotros.

Pablo escribió a los colosenses acerca de un misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora había sido manifestado a los santos. Luego declaró: ***“Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”*** (Colosenses 1:27). No solamente Cristo por nosotros. Cristo en nosotros.

La cruz es irrepetible y suficiente. No necesitamos una nueva obra redentora. Cristo murió una vez y para siempre, y mediante una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados. Sin embargo, la vida cristiana no consiste únicamente en recordar correctamente aquello que ocurrió en el Calvario. La obra consumada abrió una realidad de vida y comunión que ahora experimentamos por el Espíritu.

Por eso Pablo podía decir: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”*** (Gálatas 2:20). La declaración no describe simplemente una esperanza futura. Pablo habla de su realidad presente. Todavía habitaba en un cuerpo mortal, enfrentaba debilidades y esperaba la consumación, pero había comprendido que la vida recibida en Cristo ya estaba operando en él.

Aquí necesitamos equilibrio. No debemos fingir que ya hemos llegado, pero tampoco debemos vivir como si todavía no hubiéramos recibido nada. La inmadurez espiritual suele moverse hacia los extremos porque los extremos parecen más sencillos. Es más fácil declarar que todo está disponible ahora y culpar a quien no lo experimenta, o colocar todo en el futuro y resignarnos ante

cualquier contradicción presente. La verdad del Reino exige una comprensión más profunda. Hemos recibido verdaderamente, pero todavía esperamos. Participamos, pero no plenamente. Conocemos, pero en parte. Tenemos vida eterna, aunque nuestro cuerpo todavía esté en un proceso de muerte.

Pablo describió esta tensión cuando escribió: ***“Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo?” (Romanos 8:24).*** Nuestra mirada continúa orientada hacia aquello que todavía no vemos. Sin embargo, unos versículos antes había declarado: ***“Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros” (Romanos 8:9).*** Esperamos lo que no vemos, pero el Espíritu ya mora en nosotros. Esta es la tensión santa de nuestra existencia.

El problema de la herencia postergada aparece cuando convertimos la esperanza en una excusa para la pasividad. Si todo pertenece exclusivamente al futuro, entonces nuestra pobreza presente parece inevitable. No esperamos transformación porque algún día seremos perfectos. No esperamos crecer en libertad porque algún día desaparecerá toda esclavitud. No buscamos una comprensión mayor de Cristo porque algún día conoceremos como fuimos conocidos. De esta manera, verdades gloriosas acerca del futuro pueden ser utilizadas para justificar una vida espiritualmente pequeña en el presente.

Pero Pablo nunca utilizó la esperanza futura de esa manera. Precisamente porque esperaba la resurrección, entregaba su cuerpo al servicio del Reino. Porque sabía que vería a Cristo, procuraba conocerle cada día más. Porque aguardaba la corona, corría la carrera. La esperanza no lo paralizaba; ordenaba su presente.

Juan expresa este principio diciendo: ***“Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:3)***. La esperanza futura produce consecuencias presentes. Lo que esperamos comienza a determinar cómo vivimos.

Tal vez necesitamos revisar nuestra manera de esperar. La espera bíblica no es inactividad. Un agricultor espera la cosecha, pero trabaja la tierra. Una mujer embarazada espera el nacimiento, pero su vida comienza a ordenarse alrededor de aquello que viene. La esperanza verdadera siempre produce una forma de vivir correspondiente con lo esperado.

Nosotros esperamos la manifestación plena del Reino, entonces vivamos bajo el gobierno del Rey. Esperamos una creación donde more la justicia, entonces amemos, busquemos y vivamos la justicia. Esperamos ver a Cristo, entonces procuremos conocerlo cada día más. Esperamos la plena manifestación de los hijos de Dios, entonces maduremos y manifestemos lo que verdaderamente somos.

No estoy proponiendo hacer estas cosas para adelantar artificialmente el futuro ni para fabricar mediante esfuerzo

humano aquello que solamente Dios puede consumir. Debemos vivir de esta manera porque el futuro prometido por Dios ya ha comenzado a proyectar su luz sobre nuestro presente. El amanecer todavía no ha alcanzado toda su claridad, pero la noche ya no puede afirmar que nada ha ocurrido.

Pedro escribió: ***“Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones”*** (2 Pedro 1:19). Todavía esperamos que el día esclarezca en toda su plenitud, pero ya tenemos luz para caminar, hagamos que esa luz crezca y caminemos como hijos de la Luz (**Proverbios 4:18**).

Quizás hemos pasado demasiado tiempo hablando del mañana de Dios mientras desconocíamos Su presencia hoy. Hemos cantado acerca de aquello que recibiremos y prestado poca atención a Aquel que ya nos fue dado. Hemos esperado llegar al cielo para comenzar a vivir verdaderamente, cuando Cristo declaró: ***“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”*** (Juan 10:10).

La vida eterna no comienza cuando morimos. Comienza en Cristo. Por eso la Palabra dice: ***“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”*** (Juan 17:3). La vida eterna no es simplemente duración infinita; es participación en una relación de conocimiento y comunión con Dios por

medio del Hijo. Ciertamente alcanzará dimensiones que hoy no podemos imaginar, pero ya hemos sido introducidos en ella.

No necesitamos negar el futuro para valorar el presente, tampoco necesitamos reducir el futuro para sentirnos poderosos hoy. Necesitamos comprender el tiempo de Dios en el que vivimos. Somos un pueblo que espera, pero no espera vacío. Caminamos hacia una consumación gloriosa, pero llevamos dentro de nosotros la presencia del Espíritu Santo. Gemimos por aquello que falta, mientras agradecemos profundamente aquello que hemos recibido.

Quizás la herencia sea mucho más grande de lo que todavía comprendemos. No intentaremos explicarla apresuradamente, hay verdades que necesitan ser abiertas con cuidado. Por ahora, bastará con reconocer que Dios no nos dejó solamente una promesa acerca de un mañana lejano. Si lo hubiera hecho, Su palabra sería suficiente para sostener nuestra esperanza, porque Él no puede mentir. Sin embargo, en Su gracia decidió hacer algo más.

Nos dio una garantía, un anticipo, una evidencia presente de aquello que habrá de venir. Y para comprender la magnitud de lo que esto significa, tendremos que mirar más cuidadosamente aquello que ocurrió cuando la muerte de Cristo abrió para nosotros una realidad que jamás hubiéramos podido alcanzar por nuestros propios medios.

PARTE II

EL TESTAMENTO FUE ABIERTO

Capítulo cuatro

LA MUERTE QUE ACTIVÓ LA HERENCIA

“Porque donde hay testamento, es necesario que intervenga muerte del testador. Porque el testamento con la muerte se confirma; pues no es válido entre tanto que el testador vive.”

Hebreos 9:16 y 17

La muerte de Jesucristo ocupa el centro de nuestra fe y, sin embargo, no siempre alcanzamos a comprender la amplitud de aquello que ocurrió en la cruz. Sabemos que Cristo murió por nuestros pecados, proclamamos que Su sangre fue derramada para nuestro perdón y reconocemos que Su sacrificio nos reconcilió con Dios.

Todas estas verdades son fundamentales y jamás deberían perder su lugar en la predicación del Evangelio. Sin embargo, la Escritura nos permite contemplar la cruz desde diferentes perspectivas que no compiten entre sí, sino que nos ayudan a comprender la riqueza de una obra tan perfecta que ninguna imagen aislada parece suficiente para describirla.

La Biblia habla de sacrificio, redención, propiciación, reconciliación, sustitución y victoria. Cada una de estas expresiones abre una ventana hacia la misma obra de Cristo y nos permite observar aspectos diferentes de aquello que Dios realizó por medio de Su Hijo. El escritor de la carta a los hebreos incorporó un lenguaje particularmente significativo para el tema que estamos desarrollando: habla de herencia, mediador, pacto y testamento, relacionando estas realidades con la necesidad de una muerte.

Debemos avanzar cuidadosamente porque las palabras importan. Un pacto y un testamento no son exactamente la misma figura jurídica en nuestro lenguaje moderno, y sería un error construir toda nuestra comprensión del Nuevo Pacto sobre una comparación legal simplificada.

La palabra griega “*diatheke*”, utilizada ampliamente en Hebreos, puede expresar la idea de pacto y, según el contexto, adquirir también una dimensión testamentaria. El escritor inspirado utiliza deliberadamente esta riqueza de significado para mostrarnos que la muerte de Cristo no solamente está relacionada con el perdón de nuestras transgresiones, sino también con una herencia prometida.

Hebreos declara: ***“Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna” (Hebreos 9:15).*** Observe la relación establecida en el pasaje. Hay un Nuevo Pacto, hay una muerte que

interviene y hay una herencia eterna prometida a los llamados. La muerte de Cristo aparece como el acontecimiento decisivo mediante el cual el propósito eterno de Dios entra en una nueva dimensión de cumplimiento.

Esto significa que no deberíamos contemplar la cruz solamente como el lugar donde Dios resolvió nuestro pasado. Ciertamente allí nuestros pecados fueron tratados, nuestra culpa encontró respuesta y la justicia divina fue satisfecha en la obediencia del Hijo. Pero si reducimos la obra de Cristo exclusivamente a cancelar aquello que hicimos mal, podemos terminar imaginando la salvación como una simple operación mediante la cual nuestra cuenta espiritual regresó a cero.

Éramos culpables y fuimos perdonados. Estábamos endeudados y la deuda fue cancelada. Todo esto es gloriosamente cierto, pero el propósito de Dios no terminó dejándonos en cero. La cruz no fue solamente una operación de limpieza, fue la apertura de una nueva realidad.

Pablo escribió: ***“El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” (Colosenses 1:13)***. Hay una liberación, pero también hay un traslado. Dios no simplemente nos sacó de una condición para dejarnos espiritualmente sin territorio, identidad ni pertenencia. Fuimos liberados de una potestad e introducidos en el Reino del Hijo.

Algo semejante encontramos en las palabras de Pedro: ***“Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por***

los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Pedro 3:18). La expresión final es extraordinaria. Cristo no murió solamente para quitar nuestros pecados; murió “para llevarnos a Dios”. El perdón no era el destino final de la obra, sino una necesidad indispensable dentro del propósito de reconciliarnos y devolvernos a la comunión para la cual fuimos creados.

Cuando comprendemos esto, la cruz comienza a adquirir una dimensión mucho más amplia. Ya no vemos únicamente a un pecador escapando de la condenación, sino a Dios realizando en Cristo aquello que había determinado conforme a Su propósito eterno. Pablo dice que fuimos escogidos en Él antes de la fundación del mundo y predestinados para ser adoptados hijos Suyos por medio de Jesucristo (**Efesios 1:4 y 5**). La salvación no fue una improvisación divina frente al fracaso inesperado del hombre. Antes de que nosotros comprendiéramos nuestra necesidad, Dios ya conocía Su propósito en el Hijo.

Esto no significa que el pecado fuera irrelevante ni que la cruz pudiera ocurrir independientemente de nuestra condición caída. El pecado produjo muerte, separación y esclavitud. La justicia de Dios no podía simplemente ignorarlo como si nunca hubiera ocurrido. La gracia no consiste en que Dios decidió dejar de ser justo para comenzar a ser bondadoso. La cruz manifiesta precisamente que Su justicia y Su amor no están enfrentados.

Pablo escribió que Dios puso a Cristo ***“como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia”*** y añadió ***que esto ocurrió “a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”*** (Romanos 3:25 y 26). Dios no justificó al pecador mediante un acto de indiferencia judicial. La cruz demuestra la seriedad del pecado y, al mismo tiempo, la inmensidad de la gracia.

Pero una vez que la sangre fue derramada, algo quedó abierto. El escritor de la carta a los hebreos declara que tenemos ***“libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne”*** (Hebreos 10:19 y 20). La imagen es profundamente significativa. La sangre no solamente cubre una culpa; abre un camino. La muerte de Cristo establece acceso.

Durante siglos, el sistema levítico había testificado acerca de la distancia producida por el pecado. Había lugares, límites, sacerdotes, sacrificios y tiempos determinados. El Lugar Santísimo permanecía detrás del velo y solamente el sumo sacerdote podía entrar una vez al año, no sin sangre. Todo aquel sistema anunciaba verdades espirituales, pero también testificaba que el camino hacia la presencia de Dios todavía no había sido manifestado plenamente.

Hebreos lo expresa diciendo que el Espíritu Santo daba a entender ***“que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del***

tabernáculo estuviese en pie” (Hebreos 9:8). Pero cuando Cristo murió, los evangelios registran un acontecimiento cargado de significado: ***“Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo” (Mateo 27:51).*** De arriba abajo implica que la iniciativa fue divina, no humana.

No fueron los hombres quienes finalmente lograron abrirse paso hasta Dios mediante su disciplina, conocimiento o religiosidad. Dios abrió el camino mediante la carne entregada de Su Hijo. La sangre fue derramada y aquello que permanecía cerrado encontró su cumplimiento en Cristo.

Por eso debemos comprender que el Nuevo Pacto no consiste simplemente en una versión mejorada del antiguo sistema. Dios no tomó la estructura mosaica, corrigió algunos aspectos y decidió hacerla más accesible para los gentiles. El Nuevo Pacto pertenece a una realidad completamente diferente porque está establecido sobre Cristo, Su sacerdocio, Su sacrificio y Su vida indestructible.

El escritor de Hebreos dice que Jesús ***“es hecho fiador de un mejor pacto” (Hebreos 7:22)*** y luego declara que ***“es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas” (Hebreos 8:6).*** La superioridad del Nuevo Pacto no radica en que nosotros seamos mejores participantes, sino en la perfección de su Mediador.

Esta verdad resulta fundamental. Si nuestra herencia dependiera finalmente de nuestra capacidad para sostener el pacto, terminaríamos exactamente en el mismo lugar de

inseguridad del que Cristo vino a liberarnos. Nuestra esperanza no descansa en la firmeza de nuestra mano aferrando a Dios, sino en la perfección del Hijo que cumplió plenamente la voluntad del Padre.

Jesús es el Mediador, Él es el sacrificio, el Sumo Sacerdote, la garantía, la plenitud, la gracia. Todo converge en Él. Por eso, cuando hablamos de herencia, debemos resistir cualquier interpretación que coloque al creyente en el centro. No estamos descubriendo una colección de beneficios espirituales destinados a engrandecer nuestra experiencia personal. La herencia existe dentro de una realidad cristocéntrica. Dios no diseñó un tesoro celestial para satisfacer nuestras ambiciones religiosas; Su propósito eterno se concentra en el Hijo.

Pablo escribió que el Padre se propuso ***“reunir todas las cosas en Cristo”*** (Efesios 1:10). Luego, en el mismo capítulo, declara: ***“En él asimismo tuvimos herencia”*** (Efesios 1:11). Las dos afirmaciones no pueden separarse. La herencia está vinculada con el propósito de Dios en Cristo. No heredamos fuera de Él ni independientemente de Él.

Sin embargo, todavía necesitamos comprender más profundamente esta realidad y no deseo adelantar aquello que merece su propio desarrollo. Por ahora debemos permanecer frente a la cruz y reconocer que la muerte de Jesús produjo mucho más que un alivio para nuestra conciencia culpable.

Hebreos dice que Cristo es mediador del Nuevo Pacto ***“para que... los llamados reciban la promesa de la herencia eterna”***. La muerte intervino. La sangre fue derramada. El sacrificio perfecto fue ofrecido. Y el testamento quedó abierto.

Utilizo esta expresión con el cuidado teológico que requiere. No estoy diciendo que el Nuevo Pacto pueda reducirse a un testamento humano ni que Dios deba ser interpretado mediante nuestras categorías jurídicas contemporáneas. Estoy siguiendo la imagen que el propio escritor de la carta a los hebreos utilizó cuando afirmó que ***“donde hay testamento, es necesario que intervenga muerte del testador”***.

La figura resulta extraordinaria porque nos obliga a comprender que hay cosas que recibimos como consecuencia de una muerte. Un heredero no compra la herencia. No negocia su valor ni paga cuotas mensuales para conservarla. La recibe porque existe una disposición anterior a él. Alguien determinó aquello que sería entregado y la muerte activa una realidad testamentaria que el heredero no produjo.

Aquí la imagen alcanza una profundidad sorprendente cuando miramos a Cristo, aunque también debemos reconocer que toda comparación humana resulta insuficiente. En un testamento común, el testador muere y permanece muerto mientras los herederos reciben sus bienes. En el Evangelio ocurrió algo infinitamente superior, porque Cristo murió y luego resucitó.

Aquel cuya muerte abrió para nosotros el acceso a la herencia vive eternamente. No estamos administrando los recuerdos de un benefactor fallecido ni repartiendo los bienes de alguien que pertenece al pasado. El Cristo crucificado es el Señor resucitado y exaltado a la diestra del Padre. Por eso nuestra herencia no consiste simplemente en recibir cosas que alguna vez pertenecieron a Jesús. La realidad es mucho más profunda.

Pablo escribió que Cristo ***“habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”*** (Hebreos 1:3). La obra fue consumada y el Hijo fue exaltado. Su muerte no significó el final de Su participación en el propósito de Dios, sino el camino de obediencia mediante el cual entró en Su gloria como el Hombre perfecto.

Jesús mismo dijo a los discípulos camino a Emaús: ***“¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?”*** (Lucas 24:26). Sufrimiento y gloria aparecen unidos en el propósito divino. La cruz no fue un accidente que interrumpió el Reino. Fue el camino establecido por Dios para la victoria del Hijo.

Esto transforma nuestra manera de mirar el Calvario. Allí no contemplamos simplemente la tragedia de un hombre inocente ni únicamente el castigo que nosotros merecíamos. Contemplamos al Cordero de Dios entregándose voluntariamente, al Mediador estableciendo un Nuevo Pacto

y al Hijo obedeciendo hasta la muerte para llevar muchos hijos a la gloria.

Hebreos declara que convenía a Dios que, ***“habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos”*** (Hebreos 2:10). Cristo es el Hijo, pero Su obra abre el camino para muchos hijos. Él es el Heredero y, de alguna manera que todavía necesitamos explorar cuidadosamente, nosotros hemos sido incorporados a Su realidad.

La cruz abrió el camino, la sangre estableció acceso, la muerte intervino y el Nuevo Pacto fue establecido. La herencia eterna aparece ahora vinculada con aquellos que hemos sido llamados.

Tal vez hemos mirado demasiado tiempo la cruz solamente preguntándonos de qué fuimos perdonados. Es una pregunta necesaria y jamás deberíamos dejar de maravillarnos ante la gracia que canceló nuestra culpa. Pero quizás también debemos comenzar a preguntar para qué fuimos reconciliados, a qué realidad fuimos introducidos y qué significa verdaderamente haber sido llevados a Dios.

Porque la sangre de Cristo no solamente cerró nuestro pasado, sino que abrió un camino nuevo y vivo. Y al final de ese camino no encontramos una colección de beneficios espirituales esperando ser reclamados por creyentes ambiciosos. “Encontramos a Cristo”. Esto es crucial, porque

la herencia eterna no puede comprenderse mirando primero aquello que deseamos recibir, debemos mirar al Heredero.

Si queremos comprender lo que significa heredar, tendremos que descubrir qué quiso decir Pablo cuando escribió una de las declaraciones más extraordinarias del Nuevo Testamento: ***“Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Romanos 8:17).*** La muerte intervino, el camino fue abierto, y ahora necesitamos comprender con quién hemos sido llamados a compartir la herencia.



Capítulo cinco

COHEREDEROS CON CRISTO

“Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.”

Romanos 8:17

Hay expresiones bíblicas cuya familiaridad puede convertirse en un obstáculo para comprenderlas. Las hemos leído tantas veces que dejaron de sorprendernos y, sin darnos cuenta, aprendimos a pronunciarlas sin sentir el peso de aquello que estamos diciendo. *“Coherederos con Cristo”* es una de esas expresiones.

Forma parte de nuestro vocabulario cristiano, aparece en enseñanzas acerca de la identidad y suele ser mencionada cuando hablamos de las bendiciones recibidas por gracia; sin embargo, pocas veces nos detenemos a considerar seriamente qué significa que seres humanos, anteriormente muertos en delitos y pecados, sean llamados coherederos con el Hijo del Dios Altísimo.

La primera aclaración resulta indispensable: Pablo no dice que somos herederos independientemente de Cristo. Tampoco presenta a Dios distribuyendo porciones de una enorme riqueza celestial entre Jesús y los creyentes, como si cada uno recibiera una cuenta espiritual propia que luego pudiera administrar según sus deseos. La herencia del Nuevo Pacto no puede separarse del Hijo porque todo el propósito eterno de Dios converge en Él.

Pablo escribió acerca del Padre: ***“Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos”*** (Efesios 1:9 y 10). Cristo no ocupa un lugar importante dentro del propósito de Dios; Cristo es el centro de ese propósito. Todas las cosas fueron creadas por medio de Él y para Él, todas subsisten en Él y finalmente todo será reunido bajo Su señorío.

Por eso, antes de preguntarnos qué heredamos, debemos mirar al Heredero. Hebreos comienza declarando que Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo por los profetas, ***“en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo”*** (Hebreos 1:2). El Heredero de todo es Cristo. El Padre no está procurando engrandecer a la humanidad independientemente del Hijo, sino llevar adelante Su propósito eterno de colocar todas las cosas bajo los pies de Cristo.

Esta verdad protege nuestra comprensión de la herencia de cualquier forma de humanismo religioso. Cuando el hombre se coloca en el centro, incluso las verdades bíblicas pueden ser deformadas hasta convertirse en instrumentos para alimentar su ego. Entonces hablamos de autoridad para sentirnos poderosos, de bendición para satisfacer nuestros deseos y de herencia como si Dios hubiera organizado el universo alrededor de nuestras necesidades personales.

Pero el Evangelio no anuncia la exaltación del hombre, anuncia el señorío de Jesucristo. Pedro declaró en Pentecostés: ***“Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”*** (Hechos 2:36). Pablo escribió que Dios le exaltó hasta lo sumo y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que toda rodilla se doble y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor **(Filipenses 2:9 al 11)**. El Apocalipsis presenta al Cordero recibiendo honra, gloria y alabanza de toda la creación.

¡Cristo es el Heredero! Entonces, ¿cómo podemos nosotros ser coherederos con Él? La respuesta se encuentra en una de las realidades más profundas del Nuevo Pacto: nuestra unión con Cristo. No recibimos una herencia desde lejos. Hemos sido incorporados a la vida y la persona del Hijo.

Esta verdad atraviesa los escritos apostólicos. Pablo utiliza repetidamente expresiones como ***“en Cristo”***, ***“con Cristo”*** y ***“en Él”*** porque la salvación no consiste solamente

en recibir beneficios provenientes de Jesús, sino en ser introducidos por gracia en una relación vital con Él. ***“Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo”***, escribe a los romanos, y luego añade que ***“si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección”*** (Romanos 6:4 y 5).

A los colosenses les dice: ***“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”*** (Colosenses 3:3). A los corintios les declara: ***“Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús”*** (1 Corintios 1:30). Observe cuidadosamente esta última expresión. No fuimos nosotros quienes logramos entrar en Cristo mediante una proeza espiritual. ***“Por Él estáis vosotros en Cristo Jesús”***. Dios tomó la iniciativa. Nuestra herencia existe dentro de esta unión.

No tenemos justicia fuera de Cristo. Pablo rechazó cualquier justicia propia derivada de la Ley y expresó su deseo de ser hallado en Él, ***“no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo”*** (Filipenses 3:9). La justicia del creyente no es una cualidad independiente que Dios deposita en nosotros para que luego podamos presentarnos ante Él sin necesidad del Hijo. Somos justificados en Cristo y solo en Él.

Tampoco tenemos santidad fuera de Él. Pablo escribe a los corintios que Cristo ***“nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención”*** (1

Corintios 1:30). Observemos nuevamente dónde se encuentra la provisión. Cristo no simplemente nos entrega santificación; Él nos ha sido hecho santificación.

No tenemos vida fuera de Él. Juan fue absolutamente claro: ***“Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Juan 5:11 y 12).*** La vida eterna no es una sustancia espiritual que recibimos y conservamos independientemente de nuestra relación con Cristo. La vida está en el Hijo, la vida es el Hijo.

No tenemos autoridad fuera de Él, porque toda autoridad le pertenece. Jesús declaró después de Su resurrección: ***“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18).*** Cualquier autoridad que la Iglesia ejerza legítimamente es una participación en Su gobierno y solamente puede ser comprendida bajo Su señorío.

No tenemos Reino fuera de Él, porque hemos sido trasladados ***“al reino de su amado Hijo” (Colosenses 1:13).*** El Reino no es nuestro proyecto ni la plataforma sobre la cual construimos nuestros pequeños imperios ministeriales. El Reino pertenece al Rey de reyes.

¡Todo está en Cristo! Esta afirmación debería producir simultáneamente seguridad y humildad. Seguridad, porque nuestra esperanza no descansa en aquello que podemos producir. Humildad, porque no poseemos nada independientemente del Hijo.

Pablo preguntó a los corintios: “*¿Qué tienes que no hayas recibido?*” (1 Corintios 4:7). Cuando comprendemos nuestra unión con Cristo, toda jactancia pierde sentido. ¿Cómo podríamos sentirnos superiores por una justicia que no produjimos, una vida que recibimos, una santificación que está en Cristo y una herencia a la que fuimos incorporados exclusivamente por gracia?

El coheredero no compite con el Heredero, sino que lo honra. Este punto resulta particularmente importante en una generación donde ciertas enseñanzas acerca de identidad y autoridad han terminado colocando al creyente peligrosamente cerca del centro. Con el deseo legítimo de liberar a la Iglesia de una mentalidad de derrota, algunos comenzaron a hablar del hombre de una manera que las Escrituras reservan exclusivamente para Cristo. La conciencia de filiación fue confundida con autonomía espiritual y la autoridad delegada comenzó a ser presentada como poder propio.

Pero nosotros no somos pequeños dioses administrando porciones independientes del universo, somos coherederos con Cristo. La diferencia es inmensa. Jesús dijo: “*Separados de mí nada podéis hacer*” (Juan 15:5). Estas palabras no fueron dirigidas a incrédulos, sino a Sus discípulos. El mismo Señor que les había dado autoridad para sanar enfermos y echar fuera demonios les enseñó que toda verdadera fructificación dependía de permanecer en Él.

La imagen de la vid y los pámpanos resulta perfecta para comprender esta realidad. El pámpano participa de la vida de la vid, pero jamás puede convertir esa participación en independencia. Toda su capacidad de producir fruto depende de la vida que fluye desde una fuente que no está en sí mismo. Si permanece unido, lleva fruto; separado, se seca.

Ser coherederos no significa que Cristo nos haya entregado recursos para que aprendamos a vivir sin Él. Significa que hemos sido incorporados a Su vida.

Pablo llegó a expresar esta realidad con palabras que desafían nuestra comprensión: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”*** (Gálatas 2:20). No estaba negando su existencia personal ni afirmando que su individualidad había desaparecido. Pablo continuaba pensando, decidiendo, viajando y escribiendo. Sin embargo, había comprendido que la fuente de su nueva existencia no se encontraba en sí mismo.

¡Cristo vive en mí! Esta es la esencia de la vida del Nuevo Pacto. La religión intenta mejorar al hombre para que pueda acercarse a Dios. El Evangelio anuncia la muerte del viejo hombre y la aparición de una nueva creación en Cristo. No se trata simplemente de enseñar mejores comportamientos a Adán, sino de participar de la vida del último Adán.

Por eso Pablo establece un contraste tan profundo a los hermanos de Corinto: ***“El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo”*** (1 Corintios 15:47). Luego declara: ***“Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial”*** (1 Corintios 15: 49). El propósito de Dios no consiste en producir versiones religiosas del primer hombre. Su propósito está en Cristo.

Aquí comenzamos a comprender por qué la herencia es tan extraordinaria. Si pensáramos en ella solamente como una colección de bendiciones, inevitablemente intentaríamos elaborar una lista. Preguntaríamos qué cosas nos pertenecen, cuáles podemos reclamar y qué promesas deberíamos activar. Pero cuando descubrimos que la herencia está en el Hijo, la pregunta cambia.

Ya no preguntamos primero: “¿Qué tenemos?”, antes bien preguntamos: “¿En quién estamos?”. Pablo utiliza una expresión extraordinaria al escribir a los efesios: ***“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”*** (Efesios 1:3). Las últimas dos palabras determinan todo el versículo: “en Cristo”.

Fuimos escogidos en Él, tenemos redención en Él, fuimos hechos herencia en Él, esperamos en Él, fuimos sellados en Él. La carta a los Efesios parece construida alrededor de esta realidad. Pablo contempla las riquezas de la

gracia, pero jamás permite que la mirada se aparte del lugar donde todas ellas existen: ¡Cristo!

Tal vez una de las razones por las que vivimos por debajo de lo recibido es que hemos procurado conocer nuestra herencia sin conocer suficientemente al Heredero. Buscamos principios, métodos y declaraciones que nos permitan acceder a las bendiciones, mientras el Espíritu procura revelar al Hijo.

Jesús dijo acerca del Espíritu Santo: ***“Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Juan 16:14)***. La obra del Espíritu no consiste en alimentar nuestra fascinación con nosotros mismos. Él glorifica a Cristo. Cuanto más obra el Espíritu Santo, más grande se vuelve el Hijo ante nuestros ojos.

Juan el Bautista expresó una ley espiritual que debería gobernar todo verdadero ministerio: ***“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Juan 3:30)***. No estaba desarrollando una falsa humildad ni despreciando el llamado que había recibido. Comprendía simplemente que la grandeza de su misión consistía en señalar a Otro. La Iglesia necesita recuperar esta centralidad.

Podemos predicar acerca de nuestra identidad hasta terminar obsesionados con nosotros mismos. Podemos hablar de propósito, destino, autoridad y herencia de una manera tan antropocéntrica que Cristo aparezca simplemente como el medio utilizado por Dios para convertirnos en protagonistas,

pero Cristo no es el medio para nuestra grandeza. Nosotros hemos sido incorporados a Su gloria.

Pablo escribió que Dios hizo notorias ***“las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”*** (Colosenses 1:27). La esperanza de gloria no es descubrir nuestro potencial oculto. Es Cristo en nosotros.

Esto cambia completamente nuestra comprensión de la herencia. No hemos recibido algo separado de Dios. El propio Dios se ha entregado a nosotros en el Hijo y ha enviado Su Espíritu a nuestros corazones. Por eso Pablo puede decir que somos “herederos de Dios”.

¿Qué significa heredar a Dios? El lenguaje parece superar nuestras categorías. Estamos acostumbrados a pensar que un heredero recibe propiedades, dinero o bienes pertenecientes a otra persona. Pero la Escritura nos conduce hacia una realidad mucho más profunda. En el Antiguo Testamento, los levitas no recibieron una porción territorial como las demás tribus porque Dios declaró: ***“Yo soy tu parte y tu heredad”*** (Números 18:20).

El mayor tesoro nunca fue aquello que Dios podía entregar. Era Dios mismo. David comprendió algo de esta realidad cuando escribió: ***“Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa; tú sustentas mi suerte”*** (Salmo 16:5). Su satisfacción no estaba finalmente en los beneficios recibidos, sino en el Señor.

En Cristo, esta verdad alcanza una dimensión que aquellos hombres apenas podían contemplar proféticamente. Hemos sido reconciliados con Dios. Tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Hemos recibido el Espíritu de adopción mediante el cual clamamos: “*Abba, Padre*”.

La herencia no comienza con cosas, comienza con una Persona. Por eso sería trágico estudiar la herencia cristiana y terminar deseando más las riquezas de Cristo que a Cristo mismo. Sería semejante a un hijo interesado exclusivamente en los bienes de su padre mientras ignora su presencia. El hijo menor de **Lucas 15** quiso la parte de los bienes que le correspondía, pero deseaba disfrutarlos lejos del padre. Quería herencia sin comunión.

La mentalidad del Reino es completamente diferente. El coheredero comprende que todo existe en el Hijo y que fuera de Él no desea construir absolutamente nada. Moisés expresó este corazón cuando dijo: “*Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí*” (**Éxodo 33:15**). Dios había hablado de una tierra, de victoria y de destino, pero Moisés comprendía que ninguna promesa podía reemplazar la presencia.

Tal vez necesitamos preguntarnos qué deseamos verdaderamente cuando hablamos de herencia. ¿Buscamos autoridad o buscamos a Cristo? ¿Deseamos poder espiritual o comunión con Él? ¿Queremos conocer las riquezas del Reino para cumplir el propósito del Rey o simplemente buscamos una versión más exitosa de nuestra propia vida?

Estas preguntas no pretenden producir culpa, sino ordenar nuestra mirada.

La herencia es gloriosa porque Cristo es glorioso. Somos coherederos porque hemos sido unidos al Heredero. No tenemos una justicia propia, una santidad independiente, una autoridad autónoma ni una vida separada de Él. Todo lo que somos y todo lo que hemos recibido encuentra su origen, su sustento y su propósito en Cristo. Esto significa que crecer en la comprensión de nuestra herencia no debería hacernos más conscientes de nosotros mismos, debería hacernos más conscientes del Hijo.

Pablo oraba por los efesios para que el Padre les diera espíritu de sabiduría y de revelación ***“en el conocimiento de él”*** (Efesios 1:17). El conocimiento de las riquezas comienza con el conocimiento de Cristo.

Quizás hemos intentado abrir el cofre equivocado. Hemos buscado listas de promesas cuando el Padre nos entregó al Hijo. Hemos procurado descubrir qué cosas podemos reclamar mientras el Espíritu continúa señalando a Cristo. Hemos deseado recibir algo más, sin comprender que Dios nos introdujo en Aquel en quien habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad.

Pablo escribió: ***“Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en Él”*** (Colosenses 2:9 y 10). ***“En Él...”*** Nuevamente, esas dos palabras. La herencia no está en nuestras manos como una

posesión independiente, solo está en Cristo. Y nosotros, por una gracia que jamás terminaremos de comprender completamente, hemos sido hechos coherederos con Él.

Quizás ahora podamos comenzar a entender por qué vivir como esclavos resulta tan contradictorio. No se trata simplemente de que Dios haya decidido tratarnos mejor. Hemos sido incorporados al Hijo, recibidos en una relación que no podíamos producir y llamados hijos por Aquel que es Padre.

Pero todavía queda una pregunta profundamente importante. ¿Qué cambia cuando Dios deja de ser conocido solamente como Creador, Juez o Señor y comienza a ser conocido como Padre? Porque el esclavo puede conocer la autoridad del dueño, pero los hijos conocen la casa de otra manera.



Capítulo seis

CUANDO DIOS VUELVE A SER PADRE

*“Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones
el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!”*

Gálatas 4:6

La palabra “**Padre**” forma parte habitual del lenguaje cristiano. La pronunciamos al orar, aparece en nuestras canciones y ocupa un lugar central en la enseñanza de Jesús. Estamos tan familiarizados con ella que difícilmente podamos imaginar una fe cristiana donde Dios no sea invocado de esta manera. Sin embargo, conocer la palabra no significa necesariamente haber comprendido la realidad que contiene. Podemos llamar Padre a Dios con nuestros labios y continuar relacionándonos con Él desde la distancia, el temor y la inseguridad de quien todavía se percibe como extraño dentro de Su casa.

Jesús no vino simplemente a incorporar una expresión afectuosa al vocabulario religioso. Vino a revelar al Padre. Juan declara que *“a Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”*

(Juan 1:18). El Hijo eterno no presentó una teoría acerca de Dios; manifestó en Su propia vida el corazón de Aquel de quien procedía. Por eso pudo decir a Felipe: ***“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”*** (Juan 14:9).

Esta revelación es fundamental porque el pecado no solamente produjo culpa; también distorsionó profundamente la manera en que el hombre percibe a Dios. Desde Edén encontramos al ser humano escondiéndose de Su presencia. Adán escuchó la voz del Señor y tuvo miedo, no porque Dios hubiera cambiado Su naturaleza, sino porque el pecado había alterado la condición desde la cual el hombre interpretaba Su presencia.

Desde entonces, la humanidad ha construido innumerables imágenes de Dios. Algunas lo presentan como una fuerza distante, otras como una divinidad impredecible que debe ser satisfecha mediante sacrificios, y muchas religiones han organizado toda su estructura alrededor del esfuerzo humano por obtener el favor de aquello que consideran superior. El hombre caído puede reconocer la existencia de una divinidad y, aun así, desconocer completamente el corazón del Padre.

Por eso Jesús es indispensable, porque ***“Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”*** (Mateo 11:27). No llegamos al conocimiento del Padre mediante especulación religiosa. El Hijo es el único que lo puede revelar por Su Espíritu.

Pero debemos comprender que la obra de Cristo no solamente nos entregó información correcta acerca de Dios. El Evangelio no consiste en aprender que el Creador es más bondadoso de lo que imaginábamos. Cristo vino para introducirnos en una relación que no nos pertenecía por naturaleza.

Pablo escribió que Dios envió a Su Hijo *“para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos”* (Gálatas 4:5). La redención abre el camino hacia la filiación. Fuimos liberados de una condición para ser recibidos en otra y, por cuanto somos hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de Su Hijo. No explicaré nuevamente el concepto de adopción, porque ya lo he hecho en otros de mis libros, pero les recuerdo que nada tiene que ver con la adopción que conocemos naturalmente. Nosotros somos hijos engendrados por la simiente divina (**1 Pedro 1:23**).

Aquí encontramos algo extraordinario. El clamor *“Abba, Padre”* no nace simplemente de una enseñanza aprendida. Pablo dice que es el Espíritu del Hijo clamando en nosotros. La relación que Jesucristo tiene con el Padre se convierte, por gracia, en el ámbito al que hemos sido incorporados.

Esto no significa que ocupemos el lugar único del Hijo eterno. Jesucristo es el unigénito, el Verbo que estaba con Dios y era Dios. Nosotros somos hijos por adopción y regeneración, incorporados a Cristo por pura gracia.

Confundir estas realidades sería desconocer la singularidad absoluta del Señor. Sin embargo, minimizar nuestra filiación por temor a exagerarla también sería ignorar la claridad de las Escrituras.

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios” (1 Juan 3:1 y 2). Ahora somos hijos. Juan no presenta la filiación solamente como una recompensa futura. Ciertamente todavía esperamos una manifestación mayor, porque añade que aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Pero la condición ya existe.

¿Qué cambia cuando comprendemos esto? Cambia nuestra manera de interpretar la casa. Un siervo puede conocer perfectamente las reglas de una casa sin conocer el corazón de su dueño. Puede saber a qué hora debe levantarse, qué tareas necesita realizar y cuáles serán las consecuencias de una desobediencia. Su relación con la casa está determinada por obligaciones y límites. El hijo, en cambio, necesita aprender algo mucho más profundo: pertenece allí.

Esta conciencia de pertenencia transforma nuestra relación con Dios. Pablo escribió a los efesios: ***“Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios” (Efesios 2:19).*** Un extranjero puede ser recibido con amabilidad y disfrutar temporalmente de ciertos beneficios, pero sabe que está en

territorio ajeno. El hijo no vive preguntándose permanentemente cuánto tiempo le permitirán permanecer.

La mentalidad de orfandad espiritual produce una profunda inseguridad. Necesita demostrar continuamente su valor porque teme perder el lugar. Compara su vida con la de otros hijos, interpreta la bendición ajena como una amenaza y busca reconocimiento porque todavía no ha encontrado descanso en la aceptación del Padre.

Esto explica muchas competencias dentro de la propia Iglesia. Personas llamadas a manifestar a Cristo pueden terminar luchando silenciosamente por posiciones, títulos y visibilidad. Ministerios que deberían complementarse se comparan. Hermanos que pertenecen a la misma casa se observan como rivales. No siempre se trata simplemente de ambición; muchas veces detrás de la competencia existe un corazón que todavía busca confirmación.

El hijo mayor de **Lucas 15** no pudo celebrar el regreso de su hermano porque interpretó la gracia del padre como una pérdida personal. Si el menor recibía una fiesta, él sentía que algo le estaba siendo quitado. La mentalidad de esclavo siempre calcula porciones; la filiación aprende a confiar en la abundancia del padre.

El padre le dijo: ***“Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas” (Lucas 15:31).*** La primera riqueza mencionada no fueron los bienes, sino la presencia: ***“Tú siempre estás conmigo”.*** Antes de hablar de aquello que

pertenecía al hijo, el padre habló de comunión. Tal vez aquí encontramos una de las mayores diferencias entre la mentalidad del esclavo y la del hijo. El esclavo busca principalmente la mano. El hijo aprende a conocer el rostro.

Cuando Dios es conocido como Padre, nuestra relación con la provisión comienza a cambiar. Jesús enseñó: ***“Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas” (Mateo 6:32)***. No dijo que los hijos jamás tendrían necesidades, sino que no debían interpretarlas como evidencia de abandono. ***“Vuestro Padre sabe”***. Estas palabras producen descanso.

La ansiedad procura controlar el futuro porque teme que nadie esté cuidando verdaderamente de nosotros. Jesús no respondió a esa ansiedad prometiendo que nunca enfrentaríamos dificultades; dirigió la mirada de Sus discípulos hacia el Padre. Les habló de aves alimentadas y lirios vestidos, y luego preguntó cuánto más valor tenían ellos.

La filiación no elimina nuestra responsabilidad. Un hijo maduro trabaja, administra, planifica y toma decisiones sabias. Conocer al Padre no es una excusa para la negligencia. Pero existe una diferencia profunda entre administrar responsablemente y vivir atormentados por la sensación de abandono.

También cambia nuestra relación con la corrección. El esclavo interpreta toda disciplina como amenaza porque su

permanencia depende del rendimiento. El hijo comprende progresivamente que la corrección puede ser evidencia de pertenencia. ***“Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo”*** (Hebreos 12:6). Luego el escritor añade: ***“Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos”*** (Hebreos 12:7). La disciplina no niega la filiación, la confirma.

Esto no significa atribuir automáticamente a Dios cada sufrimiento que enfrentamos ni desarrollar una imagen cruel del Padre. El texto habla de formación. La palabra *“paideia”* contiene la idea de educación y entrenamiento de un hijo. Dios no está descargando sobre nosotros la condenación que Cristo llevó en la cruz; está formando en nosotros una manera de vivir correspondiente con Su propósito.

El Padre nos corrige porque tiene un futuro para Sus hijos. Un Dios indiferente podría abandonarnos a nuestra inmadurez. El Padre está comprometido con nuestra formación.

La filiación también transforma nuestra relación con la autoridad. Un esclavo puede buscar poder para escapar de su condición, pero un hijo comprende que toda autoridad en la casa está relacionada con el propósito del padre. Jesús manifestó una autoridad extraordinaria y, sin embargo, declaró: ***“No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre”*** (Juan 5:19). En el Reino, autoridad y dependencia no son opuestas.

Cristo gobernaba porque vivía en perfecta comunión con el Padre. Sus palabras, decisiones y obras procedían de esa relación. ***“Yo hago siempre lo que le agrada”***, declaró Jesús (**Juan 8:29**). Esta verdad confronta nuestra obsesión contemporánea con la independencia. El mundo considera maduro a quien no necesita de nadie. El Reino presenta al Hijo perfecto diciendo que no hace nada por Su propia cuenta.

La madurez espiritual no consiste en necesitar cada vez menos a Dios, consiste en aprender a vivir cada vez más conscientemente desde Él. Cuando Dios vuelve a ser Padre, también cambia nuestra comprensión del propósito. Un esclavo cumple tareas. Un hijo maduro comienza a comprender los asuntos de la casa.

Jesús dijo a Sus discípulos: ***“Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer”*** (**Juan 15:15**). El énfasis está en el conocimiento del propósito. Jesús estaba abriendo Su corazón a quienes caminarían con Él.

Pablo expresa algo semejante cuando habla del misterio de la voluntad de Dios que nos fue dado a conocer según Su beneplácito (**Efesios 1:9**). El Padre no solamente nos asigna actividades religiosas. Nos permite comprender Su propósito en Cristo. Por eso la Iglesia necesita algo más que trabajadores, necesita hijos maduros.

Podemos llenar estructuras con personas ocupadas y, aun así, no manifestar el corazón del Padre. Podemos organizar actividades, sostener programas y multiplicar reuniones mientras desconocemos aquello que Dios desea expresar. El Reino no avanza simplemente porque los creyentes estén haciendo muchas cosas, sino cuando los hijos comprenden el propósito del Padre y participan de él bajo el gobierno del Espíritu.

Jesús enseñó a orar diciendo: ***“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad”*** (Mateo 6:9 y 10). La oración comienza con filiación, pero inmediatamente avanza hacia el propósito. La verdadera filiación nunca termina encerrándonos en nosotros mismos. Cuanto más conocemos al Padre, más interesados estamos en aquello que Él desea.

Quizás por eso el enemigo trabaja tan intensamente para sostener una mentalidad de orfandad dentro de los creyentes. Un huérfano espiritual consume toda su energía procurando asegurar su lugar. Necesita ser visto, reconocido y confirmado. Un hijo que conoce al Padre puede invertir su vida en el propósito de la casa, no tiene que construir una identidad, simplemente la recibió. No necesita competir por pertenencia, fue recibido. No debe convencer al Padre para que lo ame, el amor fue manifestado en Cristo.

Desde esa seguridad puede servir sin utilizar el servicio para obtener valor, obedecer sin convertir la

obediencia en moneda y recibir corrección sin interpretar cada proceso como rechazo.

Esto no ocurre automáticamente el día de nuestra conversión. Somos hechos hijos por la obra de Dios, pero necesitamos crecer en la conciencia de nuestra filiación. El Espíritu testifica a nuestro espíritu que somos hijos de Dios **(Romanos 8:16)**, y la Palabra renueva nuestra manera de pensar hasta que aprendemos a vivir conforme a esa realidad.

Tal vez hemos llamado Padre a Dios durante años mientras todavía vivimos como invitados inseguros dentro de Su casa. Pedimos permiso para acercarnos cuando la sangre abrió el camino, procuramos ganar aceptación mediante nuestro rendimiento y observamos a otros hijos con la sospecha de que su bendición podría reducir nuestra porción.

Pero el Padre sigue siendo Padre, y Su casa no funciona según las medidas de nuestra escasez. Jesús dijo: ***“No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino” (Lucas 12:32)***. Observe el corazón de la declaración: ***“Le ha placido...”*** El Reino no fue arrancado de las manos de un Dios reticente mediante la intensidad de nuestras oraciones. Hay beneplácito en el corazón del Padre.

Quizás necesitamos conocerlo nuevamente. No al dios construido por nuestros temores, experiencias y decepciones. No al amo severo que nuestra mentalidad de esclavitud

imagina detrás de cada dificultad. Necesitamos contemplar al Padre revelado en Jesucristo.

Porque cuando Dios vuelve a ser Padre, la casa deja de parecernos territorio ajeno. La provisión adquiere otro significado, la corrección deja de ser condenación, la autoridad se comprende desde la dependencia y el propósito del Reino comienza a importarnos más que nuestra pequeña seguridad personal.

El esclavo pregunta cuánto recibirá, pero el hijo maduro desea conocer el corazón del Padre. Y quizás solo cuando aprendamos a vivir como hijos estaremos preparados para comprender por qué Dios decidió depositar en nosotros una garantía de aquello que todavía esperamos.



PARTE III

LAS ARRAS DEL SIGLO VENIDERO

Capítulo siete

NO HEMOS RECIBIDO UNA PROMESA VACÍA

“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.”

Efesios 1:13 y 14

Las promesas tienen una relación inevitable con el futuro. Cuando alguien promete algo, establece una palabra presente acerca de una realidad que todavía no ha alcanzado su cumplimiento definitivo. Entre el momento de la promesa y el momento de su realización existe un espacio que solamente puede ser atravesado mediante la confianza en quien habló. Por esa razón, el verdadero valor de una promesa no depende únicamente de la grandeza de aquello que se anuncia, sino fundamentalmente del carácter de quien la pronuncia. Cuando Dios promete, Su palabra debería ser suficiente.

Él no es hombre para que mienta ni hijo de hombre para que se arrepienta. Su fidelidad no depende de circunstancias favorables y Su propósito no puede ser frustrado por la fragilidad humana. Abraham creyó en esperanza contra esperanza porque estaba ***“plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido”*** (Romanos 4:21). La fe del patriarca no descansaba en la probabilidad natural del cumplimiento, sino en el carácter de Aquel que había hablado.

Si Dios solamente nos hubiera dado una promesa acerca de nuestra herencia futura, esa palabra sería suficiente para sostener nuestra esperanza durante toda la vida. Pedro escribió acerca de ***“una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos”*** para nosotros (1 Pedro 1:4). El hecho de que todavía no contemplemos su plena manifestación no vuelve incierta la promesa. Aquello que Dios ha determinado permanece seguro porque Su fidelidad es eterna.

Sin embargo, el Padre decidió hacer algo extraordinario. No solamente prometió, sino que dio una garantía. Pablo declara que fuimos sellados con el Espíritu Santo de la promesa, ***“que es las arras de nuestra herencia”***. La palabra griega *“arrabón”* era utilizada para describir un depósito, una garantía o un primer pago que aseguraba la realización de una transacción. No era simplemente una señal simbólica destinada a expresar buenas intenciones. La entrega de las arras comprometía aquello que todavía debía ser completado.

Esta imagen abre una dimensión extraordinaria para comprender la presencia del Espíritu Santo en nosotros. Dios no nos dejó únicamente una declaración acerca del futuro y luego nos pidió que esperáramos pacientemente hasta su cumplimiento. Depositó en nosotros una garantía procedente de la misma realidad prometida. El Espíritu Santo es las arras de nuestra herencia.

Debemos detenernos ante esta afirmación porque la familiaridad religiosa puede robarnos nuevamente el asombro. Pablo no dice que el Espíritu nos habla acerca de las arras, ni que nos entrega una pequeña evidencia externa de la herencia. Dice que Él mismo es las arras.

¡La garantía es una Persona! Esto resulta fundamental para nuestra comprensión del Nuevo Pacto. El cristianismo no está construido alrededor de cosas que Dios entrega desde lejos. El Padre envió al Hijo y, después de la obra consumada de Cristo, envió al Espíritu. Dios se ha revelado y se ha comunicado con nosotros de una manera profundamente personal.

Jesús había dicho a Sus discípulos: ***“No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros” (Juan 14:18)***. La cercanía de Su partida produjo tristeza en ellos porque toda su experiencia de vida con Dios estaba relacionada con la presencia visible del Maestro. Habían dejado todo para seguirlo, caminaron con Él y aprendieron a interpretar el Reino observando Su vida. La idea de Su ausencia parecía una pérdida imposible de compensar.

Sin embargo, Jesús comenzó a hablarles acerca del Consolador: ***“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre”*** (Juan 14:16). Luego añadió: ***“Vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros”*** (versículo 17).

La expresión ***“en vosotros”*** establece una dimensión de comunión que los discípulos todavía necesitaban comprender. El Espíritu no sería una visita ocasional ni una influencia divina descendiendo sobre ciertas personas para tareas específicas. Jesús habló de una presencia permanente: ***“para que esté con vosotros para siempre”***.

Pentecostés no fue simplemente una reunión extraordinaria, fue la evidencia histórica de que algo nuevo había comenzado. Pedro interpretó aquel acontecimiento diciendo: ***“Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís”*** (Hechos 2:33). El Cristo crucificado había resucitado, fue exaltado y derramó el Espíritu prometido.

Por eso la presencia del Espíritu está inseparablemente relacionada con la obra y la exaltación de Cristo. Él no vino para comenzar un movimiento independiente ni para dirigir la atención de la Iglesia hacia experiencias espirituales desconectadas del Hijo. Jesús fue claro: ***“Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber”*** (Juan 16:14).

El Espíritu glorifica a Cristo, y las arras testifican acerca de la herencia. La presencia del Espíritu en nosotros es evidencia de que pertenecemos a una realidad cuyo centro es el Hijo. Pablo utiliza nuevamente el lenguaje de las arras al escribir a los corintios: ***“Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu”*** (2 Corintios 5:5).

El contexto es particularmente significativo porque el apóstol está hablando de nuestra condición mortal y del anhelo de ser revestidos de aquello que proviene del cielo. Pablo no niega el gemido presente. Reconoce la fragilidad de nuestro cuerpo y espera una realidad que todavía no ha llegado a su consumación. Pero en medio del gemido hay arras.

La mortalidad no tiene la última palabra porque Dios ya depositó una garantía. Esta verdad nos permite comprender la esperanza cristiana de una manera diferente. No esperamos solamente porque poseemos información acerca del futuro. Esperamos porque el Espíritu de Dios habita en nosotros como testimonio presente de aquello que Dios terminará.

Pablo escribió a los romanos: ***“Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros”*** (Romanos 8:11). Observe la relación. El Espíritu que habita hoy en nosotros es el Espíritu de Aquel

que levantó a Jesús de los muertos y Su presencia está vinculada con la esperanza de la futura vivificación de nuestros cuerpos.

El futuro de Dios ya tiene un testigo dentro de nosotros. Todavía morimos, pero el Espíritu de resurrección habita en nosotros. Todavía conocemos en parte, pero hemos recibido al Espíritu que todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Todavía esperamos la plena manifestación de nuestra filiación, pero el Espíritu testifica a nuestro espíritu que somos hijos de Dios.

Las arras no significan que ya poseamos la totalidad de la experiencia futura. Precisamente porque son arras, señalan hacia algo mayor. Un anticipo no es la consumación y una garantía no debe confundirse con la totalidad de aquello que garantiza.

Aquí necesitamos nuevamente equilibrio. Si confundimos las arras con la plenitud final, terminaremos construyendo una teología triunfalista incapaz de explicar el gemido de la creación y la fragilidad de nuestra condición presente. Pero si tratamos las arras como si fueran irrelevantes, convertiremos la presencia del Espíritu en una simple doctrina mientras vivimos esperando recibir algún día todo aquello que consideramos verdaderamente importante.

No tenemos la plenitud consumada, pero tampoco estamos vacíos. El problema es que muchas veces hemos tratado al Espíritu Santo como un recurso para ciertos

momentos de nuestra vida cristiana. Buscamos Su intervención cuando necesitamos dirección, poder o consuelo, pero no siempre comprendemos la dimensión de Su presencia permanente.

Pablo preguntó a los corintios: ***“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios?”*** (1 Corintios 6:19). La pregunta resulta inquietante porque demuestra que es posible tener al Espíritu y vivir ignorando las implicaciones de Su presencia. Por eso Pablo preguntó: ***“¿Ignoráis?”***.

La ignorancia espiritual no cambia la realidad de Dios, pero puede impedirnos vivir conscientemente desde ella. Un hombre puede recibir una garantía legal y continuar comportándose como si el acuerdo fuera incierto porque nunca comprendió el documento que tiene en sus manos. La seguridad objetiva existe, pero su experiencia continúa gobernada por la duda.

Algo semejante puede ocurrir con nosotros. Confesamos que el Espíritu Santo habita en nuestro interior y, sin embargo, construimos nuestra vida espiritual alrededor de una permanente sensación de abandono. Pedimos a Dios que se acerque como si estuviera distante, rogamos que nos visite mientras ignoramos a Aquel que hizo de nosotros Su habitación y hablamos de la presencia divina únicamente cuando experimentamos determinadas emociones.

No pretendo despreciar las experiencias sensibles de la presencia de Dios. Hay momentos en que el Espíritu toca profundamente nuestras emociones y sería absurdo negar la belleza de esas experiencias. El problema comienza cuando medimos Su presencia exclusivamente por aquello que sentimos.

El Espíritu no entra y sale de nosotros conforme a nuestra percepción emocional. Jesús dijo: ***“Para que esté con vosotros para siempre...”*** Esta verdad debería producir una profunda transformación en nuestra conciencia espiritual. No necesitamos fabricar la presencia de Dios mediante una atmósfera adecuada. No debemos convencer al Espíritu para que finalmente decida acercarse. Podemos entristecerlo, resistir Su gobierno y vivir ignorando Su voz, pero nada de esto debería llevarnos a desarrollar una teología donde Su presencia dependa de nuestra capacidad para sentirla.

Las arras fueron dadas por Dios. Pablo dice: ***“El que también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones” (2 Corintios 1:22)***. La iniciativa vuelve a pertenecer al Padre. Él selló y Él dio. El sello habla de pertenencia y autenticidad. En el mundo antiguo, un sello identificaba aquello que pertenecía a alguien y confirmaba la autoridad de quien lo había marcado. Pablo utiliza esta imagen para describir la obra de Dios en nosotros.

Fuimos sellados con el Espíritu Santo de la promesa. Es decir que pertenecemos a Dios. Esto no debería producir descuido espiritual, sino exactamente lo contrario. La

conciencia de pertenencia transforma nuestra manera de vivir. Pablo utiliza la verdad del templo del Espíritu para confrontar la inmoralidad de los corintios. Su argumento no es: “Compórtense correctamente para que algún día el Espíritu quiera habitar en ustedes”. Les recuerda que Él ya habita en ellos y pregunta: ***“¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo?”***.

La ética del Nuevo Pacto nace de una realidad recibida. Porque somos templo, honramos la presencia, porque pertenecemos, vivimos como propiedad de Dios, porque el Espíritu habita en nosotros, aprendemos a andar en el Espíritu. Nuevamente encontramos el principio que atraviesa este libro: Dios establece primero una realidad y luego nos llama a vivir en correspondencia con ella.

Quizás aquí comencemos a percibir la profundidad de aquello que significa vivir como coherederos. No hemos recibido solamente documentos celestiales anunciando una herencia futura. El Padre depositó en nosotros al Espíritu Santo como garantía de Su propósito.

¡La Iglesia lleva las arrastras! Puede parecer débil ante los sistemas de este mundo, atravesar persecución y enfrentar sus propias luchas de madurez, pero dentro de ella habita el Espíritu del Dios vivo. Pablo describió esta paradoja diciendo: ***“Tenemos este tesoro en vasos de barro”*** (2 Corintios 4:7). El vaso puede ser frágil, pero el tesoro no.

Nuestra humanidad continúa manifestando limitaciones, pero la presencia del Espíritu no debe ser medida por la calidad del recipiente. Precisamente Pablo dice que esto ocurre ***“para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros”***. Las arras eliminan toda posibilidad de jactancia humana. Si algo del siglo venidero puede manifestarse hoy, no será porque los vasos de barro descubrieron su grandeza. Será porque llevan un tesoro que no produjeron. Esta es nuestra esperanza.

No confiamos en la capacidad de la Iglesia para reinventarse, en la inteligencia de sus líderes ni en la eficacia de nuevas estrategias religiosas. Nuestra esperanza está en Cristo y en la presencia del Espíritu que Él derramó sobre Su pueblo.

Dios no abandonó Su propósito en manos humanas, Él nos dio las arras. Tal vez hemos vivido demasiado conscientes del barro y demasiado poco conscientes del tesoro. Hemos estudiado nuestras debilidades, catalogado nuestros errores y desarrollado extensas explicaciones acerca de todo aquello que la Iglesia no puede hacer. Algunas de esas evaluaciones pueden ser necesarias, pero existe el riesgo de construir una eclesiología basada en la fragilidad del vaso mientras ignoramos la excelencia del poder que proviene de Dios.

Pablo no negó el barro, pero tampoco olvidó el tesoro. Las arras están en nosotros, todavía esperamos, todavía

gemimos, todavía caminamos por fe y no por vista, pero no hemos recibido una promesa vacía.

El Padre hizo algo más que hablarnos acerca del futuro. Depositó en nosotros una presencia proveniente de la realidad que esperamos. El Espíritu Santo es la garantía de que la historia no terminará en corrupción, de que la muerte no tendrá la última palabra y de que aquello que Dios comenzó alcanzará su consumación.

Ahora surge una pregunta inevitable. Si el Espíritu del siglo venidero habita en nosotros, ¿qué significa vivir hoy? ¿Cómo piensa, decide y camina una persona que lleva dentro de sí las arras de una realidad futura? No podemos traer artificialmente el mañana ni fingir que la consumación ya ocurrió. Pero tampoco deberíamos vivir como si el futuro de Dios no hubiera tocado nuestro presente. Porque, en Cristo, algo del mañana ya llegó, y el Espíritu Santo es la evidencia.

“Que el Dios de la esperanza los llene de toda alegría y paz a ustedes que creen en él, para que rebosen de esperanza por el poder del Espíritu Santo.”

Romanos 15:13



Capítulo ocho

VIVIR HOY DESDE EL MAÑANA DE DIOS

*“Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino
justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.”*

Romanos 14:17

Nuestra manera de vivir el presente está profundamente determinada por aquello que creemos acerca del futuro. Una persona que no espera nada interpreta sus circunstancias de una manera diferente a quien sabe que se aproxima algo extraordinario. La esperanza modifica decisiones, ordena prioridades y permite atravesar temporadas difíciles sin considerar que aquello que vemos hoy constituye la totalidad de nuestra historia.

En ese sentido, la vida cristiana posee una orientación inevitable hacia el futuro, porque esperamos la manifestación plena de Jesucristo y la consumación del propósito de Dios. Sin embargo, hay algo particularmente extraordinario en el Evangelio: el futuro que esperamos ya ha comenzado a ejercer influencia sobre nuestro presente.

No estoy diciendo que podamos viajar espiritualmente en el tiempo ni que debemos utilizar nuestra imaginación para vivir desconectados de la realidad. Tampoco pretendo sugerir que la Iglesia tenga la capacidad de producir mediante declaraciones aquello que Dios ha reservado para la consumación. Hay cosas que solamente ocurrirán cuando Cristo se manifieste y ningún nivel de fe puede convertir el tiempo presente en aquello que todavía no es. Sin embargo, el Nuevo Testamento presenta una verdad que no deberíamos ignorar: en Cristo y por el Espíritu, la realidad del Reino venidero ha irrumpido en la historia.

El escritor de Hebreos habla de personas que ***“gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero”*** (Hebreos 6:5). La expresión resulta profundamente significativa. No dice que aquellas personas fueron trasladadas plenamente al siglo venidero, sino que gustaron de sus poderes. Algo perteneciente a una realidad futura podía ser experimentado anticipadamente.

La palabra ***“gustaron”*** nos ofrece una imagen sencilla. Cuando alguien prueba un alimento, no necesariamente ha consumido la totalidad de aquello que fue preparado, pero ha tenido una experiencia verdadera de su sabor. El anticipo no es la totalidad, aunque tampoco es una ilusión. Quien ha probado puede decir legítimamente que conoce algo de aquello que todavía no ha disfrutado en toda su plenitud.

Las arras del Espíritu nos permiten comprender esta tensión. No hemos recibido la totalidad de la herencia

consumada, pero aquello que hemos recibido es verdadero. El Espíritu Santo no es una representación simbólica del futuro ni una promesa personificada que solamente nos recuerda lo que algún día ocurrirá. Él es Dios habitando en nosotros. Por eso la vida cristiana no debería ser interpretada simplemente como una espera, porque ya es una participación.

Pablo escribió que Dios ***“nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su amado Hijo”*** (Colosenses 1:13). Observe el tiempo verbal. El apóstol no dice que algún día seremos trasladados. Habla de una obra realizada. Sin embargo, la misma Escritura nos enseña a orar: ***“Venga tu reino”*** y a la vez anuncia una manifestación futura del gobierno de Dios. Es decir, el Reino ha venido, y la plenitud del Reino viene. Esta tensión no es una contradicción que debamos resolver, sino una realidad que debemos aprender a habitar.

Jesús mismo desarrolló Su ministerio dentro de esta dinámica. Cuando expulsaba demonios declaró: ***“Si por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios”*** (Mateo 12:28). La liberación de una persona se convertía en evidencia de que el gobierno de Dios estaba invadiendo un territorio sometido a otra potestad.

Sin embargo, Jesús también enseñó acerca de un día futuro cuando el Hijo del Hombre vendría en Su gloria. La presencia del Reino durante Su ministerio no eliminó la

expectativa de consumación. Algo había comenzado, pero todavía no había terminado.

La Iglesia vive en esa misma tensión. Hemos recibido vida eterna, pero esperamos la resurrección del cuerpo. Hemos sido santificados en Cristo, pero continuamos creciendo en santidad. Tenemos acceso al Padre, pero esperamos verle cara a cara. Conocemos la libertad del Espíritu, aunque todavía gemimos en medio de una creación sujeta a corrupción.

Por eso debemos aprender a vivir hoy desde el mañana de Dios. Esta expresión no significa ignorar el presente, sino permitir que aquello que Dios ha determinado para el futuro establezca la dirección de nuestra vida actual. El futuro del Reino no es solamente un destino al que llegaremos; es una realidad cuya naturaleza ya comienza a manifestarse por medio del Espíritu.

Pensemos, por ejemplo, en la vida. La Escritura anuncia una resurrección futura en la que la muerte será finalmente vencida en su manifestación definitiva. Pablo escribió: ***“Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria”*** (1 Corintios 15:54). Ese día todavía no llegó.

Seguimos enterrando personas que amamos. Nuestros cuerpos envejecen y la muerte continúa siendo un enemigo

presente. Sin embargo, Jesús declaró: ***“El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna”*** (Juan 5:24). Dice que ***“Tiene...”*** No solamente tendrá.

La vida del siglo venidero ya está presente en aquellos que hemos sido unidos a Cristo, aunque todavía esperemos la transformación de nuestros cuerpos. Por eso Juan pudo escribir: ***“Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos”*** (1 Juan 3:14). La vida invisible comienza a producir manifestaciones visibles.

Lo mismo ocurre con la luz. Apocalipsis describe una ciudad futura que no tiene necesidad de sol ni de luna porque la gloria de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera. Sin embargo, Pablo escribe a los efesios: ***“Ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz”*** (Efesios 5:8). La luz de una realidad futura ya comenzó a brillar en hombres y mujeres que viven en medio del presente siglo.

No somos la fuente de esa luz. Jesús es la luz verdadera. Pero hemos sido unidos a Él y llamados a manifestar aquello que recibimos. Por eso el Señor dijo a Sus discípulos: ***“Vosotros sois la luz del mundo”*** (Mateo 5:14). La Iglesia no debería esperar llegar a la eternidad para comenzar a alumbrar.

También hemos recibido paz. La Escritura anuncia un Reino cuya plenitud eliminará definitivamente todo aquello que produce violencia, conflicto y destrucción. Sin embargo, Jesús dijo: ***“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy***

como el mundo la da” (Juan 14:27). La paz del Reino puede gobernar hoy un corazón rodeado de circunstancias adversas. No porque los problemas hayan desaparecido, sino porque una realidad superior ha entrado en la experiencia del creyente.

Pablo y Silas podían cantar en una cárcel. Esteban podía contemplar los cielos abiertos mientras era apedreado. Los apóstoles podían salir gozosos después de haber sido azotados por causa del nombre de Jesús. Ninguna de estas experiencias debería ser romantizada. El dolor era verdadero, las heridas existían y la persecución era injusta. Sin embargo, algo operaba en ellos que no procedía de las circunstancias. Llevaban dentro una vida perteneciente a otro Reino.

Esta es la razón por la que el fruto del Espíritu resulta tan profundamente significativo. Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza no son simplemente virtudes humanas mejoradas mediante disciplina religiosa. Son fruto del Espíritu. La fuente determina la naturaleza del fruto.

El mundo puede producir ciertas imitaciones externas mediante educación, conveniencia o autocontrol. Una persona puede aprender buenos modales sin haber nacido de nuevo y desarrollar paciencia porque comprende que determinadas reacciones perjudican sus relaciones. No debemos negar la capacidad humana para modificar conductas, pero Pablo habla de algo diferente. Habla de fruto

producido por una vida interior: ***“Mas el fruto del Espíritu es...”*** (Gálatas 5:22).

Cuando el amor de Dios comienza a manifestarse en alguien que naturalmente hubiera respondido con odio, cuando la paz gobierna en medio de una situación diseñada para producir ansiedad y cuando el gozo permanece aun en temporadas de dificultad, algo del Reino se hace visible. No plenamente, pero si verdaderamente.

Esta distinción resulta indispensable. Todavía fallamos, reaccionamos incorrectamente y necesitamos crecer. Ningún creyente manifiesta perfectamente toda la vida de Cristo. Si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos. La presencia del Espíritu no ha eliminado automáticamente toda inmadurez. Sin embargo, tampoco deberíamos utilizar nuestra imperfección como argumento para negar la realidad de la nueva vida.

Una semilla no es un árbol maduro, pero contiene verdaderamente la vida del árbol. Cuando la vida está presente, el crecimiento es posible. Pablo escribió a los corintios: ***“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”*** (2 Corintios 3:18). Hay transformación. Hay proceso. Hay una obra presente del Espíritu formando en nosotros la imagen de Cristo.

El futuro de Dios comienza a modelar nuestro presente. Esto también ocurre con nuestra comprensión. Pablo reconoce que ahora conocemos en parte y que llegará el día cuando conoceremos como fuimos conocidos. La plenitud del conocimiento pertenece a la consumación, pero Jesús prometió que el Espíritu de verdad guiaría a Sus discípulos a toda verdad.

No lo sabemos todo, pero no estamos en completa oscuridad. El Espíritu abre los ojos de nuestro entendimiento, ilumina la Palabra y nos permite conocer verdaderamente a Cristo. Pablo oraba por los efesios para que recibieran espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Él. No esperaba que murieran para comenzar a conocer al Señor.

Esta participación presente debería modificar nuestra manera de vivir. Si el futuro de Dios ya ha tocado nuestra existencia, no podemos interpretar el presente únicamente desde las categorías del mundo que nos rodea. Pablo escribió: ***“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”*** (Romanos 12:2).

“No os conforméis a este siglo...” La palabra contiene la idea de adoptar una forma correspondiente con una época. El presente siglo tiene patrones, valores y maneras de interpretar la realidad. El creyente vive dentro de este mundo, trabaja, desarrolla relaciones y participa de la sociedad, pero lleva dentro de sí la vida de una realidad diferente.

Por eso nuestra manera de amar puede parecer extraña, nuestra manera de perdonar puede resultar incomprensible, nuestra esperanza puede parecer irracional para quienes solamente interpretan la vida desde aquello que ven. No estamos intentando ser extraños, pero pertenecemos a otro Reino.

La Iglesia debería ser una evidencia presente de aquello que Dios hará plenamente. No una representación perfecta, porque todavía estamos en proceso, pero sí un testimonio verdadero. Cuando hombres y mujeres de diferentes culturas, condiciones sociales y trasfondos pueden amarse como hermanos, algo del propósito futuro de Dios se vuelve visible. Cuando el perdón vence a la venganza, cuando la reconciliación reemplaza la enemistad y cuando el servicio desplaza la ambición, el Reino deja de ser solamente un tema de predicación. Entonces se manifiesta.

Quizás hemos reducido demasiado la idea de poder espiritual. Cuando hablamos de los poderes del siglo venidero, inmediatamente pensamos en milagros, sanidades y manifestaciones sobrenaturales. Ciertamente el ministerio de Jesús y el libro de Hechos demuestran que el poder de Dios puede intervenir extraordinariamente en nuestra realidad y no deseo disminuir esa dimensión.

Pero también se necesita poder del siglo venidero para amar a un enemigo. Se necesita una vida que no procede de Adán para bendecir a quien nos maldice, perdonar setenta veces siete y servir sin buscar reconocimiento. La cruz misma

nos revela una clase de poder completamente diferente a las medidas de este mundo. Jesús podía pedir legiones de ángeles para que lo salvaran, pero decidió entregarse.

El Reino manifiesta poder, pero ese poder siempre corresponde con la naturaleza del Rey. Por eso vivir hoy desde el mañana de Dios no consiste en procurar experiencias extraordinarias para demostrar nuestra espiritualidad. Consiste en permitir que la vida de Cristo, por el Espíritu, produzca en nosotros una manera de vivir que corresponda con la realidad a la que pertenecemos.

Pablo escribió: ***“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu” (Gálatas 5:25)***. Nuevamente encontramos el orden. Vivimos por el Espíritu, entonces andemos por el Espíritu. La vida precede al andar, pero el andar debe aprender a corresponder con la vida.

Tal vez aquí comenzamos a acercarnos al corazón de aquello que este libro procura expresar. Existe una vida recibida y existe una vida manifestada. Hay una realidad establecida en Cristo y una experiencia que necesita ser formada por el Espíritu. La distancia entre ambas no debería producir condenación, pero sí una santa incomodidad, porque llevamos las arras y el mañana de Dios ya tocó nuestro presente.

No hemos llegado a la consumación y sería arrogante afirmar lo contrario. Todavía gemimos, conocemos en parte

y esperamos la redención de nuestro cuerpo. Pero el Espíritu Santo habita en nosotros. Por eso no esperamos vacíos.

Vivimos desde una realidad que viene. Amamos hoy con un amor que pertenece al Reino. Perdonamos hoy conforme a una gracia que alcanzará plena manifestación. Alumbramos hoy esperando una ciudad donde no habrá noche. Vivimos hoy porque la muerte no tendrá la última palabra.

No estamos intentando fabricar el futuro. Dios mismo permitió que Su futuro irrumpiera en nuestra historia mediante Cristo. Y nos dio el Espíritu Santo. Tal vez la pregunta ya no sea si hemos recibido algo del siglo venidero. La pregunta es cuánto de nuestra manera de vivir está siendo determinada por aquello que hemos recibido.

Sin embargo, antes de avanzar hacia esa confrontación, debemos reconocer algo importante. Tener las arras no significa haber llegado a la plenitud. Participar del futuro no elimina las contradicciones del presente y llevar vida dentro de nosotros no impide que todavía gemimos. Tenemos un anticipo, pero seguimos esperando lo perfecto.



Capítulo nueve

HASTA QUE LLEGUE LO PERFECTO

*“Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos;
mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte
se acabará.”*

1 Corintios 13:9 y 10

Toda verdad necesita permanecer dentro del equilibrio que le otorga el conjunto de las Escrituras. Cuando tomamos una afirmación bíblica y la aislamos del resto de la revelación, podemos terminar construyendo conclusiones aparentemente espirituales que, aunque utilizan palabras correctas, no expresan con fidelidad el pensamiento de Dios.

Esto resulta especialmente importante cuando hablamos de la herencia, las arras del Espíritu y nuestra participación presente en las realidades del siglo venidero, porque la grandeza de estas verdades podría conducirnos fácilmente hacia expectativas que Dios nunca prometió satisfacer antes de la consumación.

Hemos recibido verdaderamente. El Espíritu Santo habita en nosotros, hemos pasado de muerte a vida y fuimos trasladados al Reino del amado Hijo. Nada de esto es una figura poética destinada a producir entusiasmo religioso; son realidades establecidas por la obra de Cristo. Sin embargo, la misma Escritura que celebra aquello que hemos recibido también reconoce con absoluta claridad que todavía esperamos.

Pablo dice: *“En parte conocemos...”* Esta confesión resulta particularmente significativa cuando recordamos quién la escribió. No estamos escuchando a un creyente recién convertido intentando justificar su falta de conocimiento, sino al apóstol que recibió una extraordinaria revelación del misterio de Cristo, que fue arrebatado al tercer cielo y escuchó palabras inefables que no le era dado al hombre expresar. Aun así, Pablo reconocía los límites de su experiencia presente.

“En parte conocemos...” La madurez espiritual no necesita fingir plenitud. Tal vez una de las expresiones más peligrosas de la inmadurez sea precisamente la incapacidad de reconocer aquello que todavía no comprendemos. Cuando una persona descubre una verdad que transforma su manera de pensar, puede sentir que finalmente encontró la explicación para todo. La intensidad de la revelación recibida produce una sensación de plenitud y, sin advertirlo, comienza a interpretar cada asunto desde una única perspectiva.

Esto ha ocurrido muchas veces en la historia de la Iglesia. Una generación recupera una verdad descuidada y, fascinada por su belleza, termina utilizándola como respuesta para cada pregunta. Aquello que debía enriquecer al cuerpo se convierte en un sistema cerrado y, con el tiempo, la revelación que produjo libertad puede transformarse en una nueva forma de rigidez.

Las arras son gloriosas, pero son arras. El anticipo es verdadero, pero sigue siendo un anticipo. Reconocer esta realidad no disminuye la obra del Espíritu ni enfría nuestra expectativa. Por el contrario, nos permite valorar correctamente aquello que hemos recibido sin exigirle al presente que manifieste una plenitud reservada para el futuro.

Pablo desarrolla esta tensión de manera extraordinaria en **Romanos 8**. Allí declara que hemos recibido *“el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!”* y afirma que el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (**Romanos 8:15 y 16**). La filiación es una realidad presente y el testimonio del Espíritu opera hoy en nosotros. Sin embargo, unos versículos después escribe: *“Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo”* (**Romanos 8:23**).

Tenemos las primicias y aun gemimos. Estas dos realidades conviven en la experiencia cristiana presente. El gemido no demuestra necesariamente ausencia del Espíritu,

porque Pablo dice que quienes tienen las primicias también gimen. Hay dolores que no pueden ser explicados simplemente como falta de fe, así como existen limitaciones que ninguna declaración espiritual puede eliminar antes del tiempo establecido por Dios.

Nuestro cuerpo continúa esperando redención. Podemos cuidarlo responsablemente, orar por sanidad y creer en el poder de Dios para intervenir sobrenaturalmente, pero aun la persona más saludable terminará envejeciendo si el Señor prolonga sus días. Lázaro fue levantado de los muertos y, sin embargo, volvió a morir. Todos aquellos que fueron sanados durante el ministerio de Jesús continuaron sujetos a la mortalidad.

Esto no vuelve insignificantes los milagros. Cada sanidad es una expresión de la misericordia de Dios y una evidencia del poder del Reino sobre aquello que el pecado introdujo en la creación. Pero una sanidad presente no es todavía la resurrección final.

En la resurrección no necesitaremos una nueva sanidad, porque lo corruptible será vestido de incorrupción. Por eso debemos resistir la tentación de convertir toda experiencia presente en una medida absoluta de espiritualidad. Si enseñamos que las arras equivalen a la plenitud, inevitablemente terminaremos culpando a quienes atraviesan contradicciones que nuestra teología no puede explicar. El enfermo será acusado de no creer suficientemente, el afligido sentirá vergüenza por su tristeza

y quien atraviesa una temporada de profundo dolor procurará ocultarla para no parecer menos espiritual.

Pero el Nuevo Testamento no presenta una Iglesia incapaz de gemir. Jesús mismo, frente a la tumba de Lázaro, lloró. Sabía que en pocos minutos llamaría a Su amigo fuera del sepulcro y, aun así, no consideró innecesarias las lágrimas. La esperanza no anuló Su sensibilidad ante el dolor producido por la muerte.

Pablo habló de Epafrodito diciendo que había estado enfermo a punto de morir y reconoció que Dios tuvo misericordia de él, ***“y no solamente de él, sino también de mí, para que yo no tuviese tristeza sobre tristeza”*** (Filipenses 2:27). El apóstol de la gracia y de las inescrutables riquezas de Cristo podía experimentar tristeza. No necesitaba negarla para demostrar fe.

La vida del Espíritu no nos convierte en personas incapaces de sentir el peso de una creación que todavía gime. Nos permite atravesar ese gemido desde una esperanza que no procede de las circunstancias.

Existe una diferencia profunda entre gemir sin esperanza y gemir esperando redención. El mundo observa la corrupción y solamente puede intentar retrasar sus efectos. Nosotros también enfrentamos la realidad del deterioro, pero sabemos que la creación será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

Nuestra esperanza no está en prolongar indefinidamente la condición presente, porque esperamos algo nuevo. Juan contempló un cielo nuevo y una tierra nueva, y escuchó una gran voz que decía: ***“He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios”*** (Apocalipsis 21:3). Luego describe una realidad donde Dios enjugará toda lágrima y ya no habrá muerte, llanto, clamor ni dolor.

Todavía lloramos porque ese día no ha llegado en su plenitud, pero no lloramos como quienes creen que las lágrimas son eternas. Esta esperanza protege nuestro corazón de dos errores opuestos. El primero es la resignación espiritual, que acepta toda contradicción presente como si nada pudiera manifestarse antes de la consumación. El segundo es el triunfalismo, que pretende eliminar mediante declaraciones aquello que la propia Escritura reconoce como parte de nuestra espera.

La resignación desprecia las arras, y el triunfalismo confunde las arras con la totalidad. Necesitamos aprender a vivir entre ambos extremos. Pablo conocía el poder de Dios. Había visto enfermos sanados, demonios expulsados y muertos levantados. Pañuelos que habían tocado su cuerpo eran llevados a los enfermos y las enfermedades se iban de ellos. Sin embargo, el mismo hombre podía escribir acerca de un aguijón en su carne y reconocer que había rogado tres veces al Señor para que lo quitara.

La respuesta de Cristo fue: ***“Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”*** (2 Corintios 12:9). No sabemos con absoluta certeza cuál era la naturaleza del aguijón y sería imprudente construir afirmaciones dogmáticas sobre aquello que Pablo no explicó detalladamente. Pero el principio revelado por el Señor es suficiente para confrontar muchas de nuestras medidas de éxito espiritual: el poder de Cristo puede manifestarse en medio de una debilidad que no desaparece inmediatamente.

Nosotros preferimos poder sin debilidad. Dios puede manifestar Su poder precisamente allí. Esto no significa que debamos amar nuestras limitaciones ni construir una espiritualidad alrededor de la derrota. Pablo oró para que el aguijón fuera quitado. No fingió disfrutarlo ni llamó bendición a aquello que lo abofeteaba. Pero cuando recibió una respuesta del Señor, aprendió a interpretar su condición desde la suficiencia de la gracia.

La madurez sabe pedir, y también sabe recibir la respuesta de Dios. Quizás algunas frustraciones espirituales nacieron porque exigimos al anticipo que se comportara como consumación. Escuchamos verdades acerca de la victoria, la autoridad y la vida de Cristo, pero las interpretamos como una promesa de ausencia de conflictos. Cuando aparecieron dificultades, pensamos que algo estaba funcionando mal.

Sin embargo, Jesús dijo a Sus discípulos: ***“En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al***

mundo” (Juan 16:33). Observe que la victoria de Cristo no elimina inmediatamente la aflicción del mundo. Ambas realidades aparecen dentro de la misma declaración. ***“Tendréis aflicción...” “Yo he vencido...”*** La fe madura aprende a sostener ambas verdades sin sacrificar ninguna.

Esto resulta particularmente importante cuando hablamos de herencia. Ser coherederos con Cristo no significa recibir solamente aquello que nuestra cultura considera favorable. El texto central de **Romanos 8** dice: ***“Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados”*** (Romanos 8:17). El sufrimiento aparece dentro del mismo pasaje que anuncia nuestra condición de coherederos.

No debemos buscar sufrimiento ni atribuirle un valor redentor que solamente pertenece a la cruz de Cristo. Nuestros padecimientos no completan la obra expiatoria del Señor. Pero seguir a Cristo en un mundo que todavía resiste Su gobierno puede colocarnos inevitablemente en situaciones de conflicto, rechazo y dolor.

Pedro escribió: ***“Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese”*** (1 Pedro 4:12). La expresión ***“como si alguna cosa extraña...”*** revela que la sorpresa ante la prueba puede provenir de una expectativa incorrecta. Si creemos que llevar las arras significa vivir libres de toda contradicción, cada dificultad parecerá extraña.

Pero las arras no fueron dadas para crear una burbuja espiritual alrededor de la Iglesia. Fueron dadas como garantía de aquello que viene y como presencia de Dios en nosotros mientras caminamos hacia la consumación.

El Espíritu nos sostiene en la espera. Pablo dice que ***“el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos” (Romanos 8:26)***. Esta declaración me parece profundamente consoladora porque no presenta creyentes que siempre comprenden perfectamente lo que ocurre. Hay momentos en que ni siquiera sabemos cómo orar. Y allí está el Espíritu, no avergonzado de nuestra debilidad, sino ayudándonos, intercediendo, fortaleciéndonos, consolándonos.

La presencia del Espíritu no demuestra que nunca estaremos confundidos. Demuestra que no atravesaremos solos nuestra confusión. No significa que jamás gemiremos, sino que aun nuestro gemido puede convertirse en un espacio donde Él opera conforme a la voluntad de Dios.

Tenemos un anticipo y esperamos lo perfecto. Entre ambas realidades transcurre nuestra vida. Pablo escribió: ***“Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Corintios 13:12)***. Hay un ***“ahora”*** y hay un ***“entonces”***. La sabiduría consiste en no exigir al ahora aquello que pertenece al entonces, pero tampoco ignorar aquello que Dios decidió entregar ahora.

Hoy podemos conocer verdaderamente a Cristo, aunque todavía no le vemos cara a cara. Hoy podemos experimentar la vida del Espíritu, aunque nuestro cuerpo continúe sujeto a mortalidad. Hoy podemos manifestar el amor del Reino, aunque todavía vivamos en una creación marcada por violencia y egoísmo. Hoy podemos gustar los poderes del siglo venidero, aunque todavía esperemos la plena manifestación del Rey.

Vivimos en una tensión santa, no es una falla del plan, es el tiempo que nos ha tocado habitar. Por eso la esperanza ocupa un lugar tan importante en la vida cristiana. Esperamos porque todavía falta algo y podemos esperar porque ya hemos recibido una garantía. Si no faltara nada, la esperanza sería innecesaria. Si no hubiéramos recibido nada, la espera podría parecer incierta. Pero Dios nos dio las arras.

El Espíritu en nosotros mira hacia la consumación. La vida que llevamos anticipa una plenitud que todavía no conocemos y cada verdadera manifestación del Reino despierta un deseo mayor por aquello que viene. Quizás por eso quienes más conocen a Cristo no pierden la expectativa de verlo. Cuanto más gustamos, más deseamos la plenitud.

No necesitamos fingir que hemos llegado. Podemos reconocer nuestras limitaciones, llorar nuestras pérdidas y gemir en medio de una creación que todavía espera libertad. Nada de esto niega la herencia. Somos hijos, somos coherederos, tenemos las arras y todavía esperamos.

Algún día lo parcial dará lugar a lo perfecto. La fe se convertirá en vista, la mortalidad será vestida de inmortalidad y aquello que hoy conocemos mediante el testimonio del Espíritu alcanzará una dimensión que nuestras palabras presentes no pueden describir.

Hasta entonces, no despreciamos el anticipo. Tampoco lo confundimos con la totalidad. Vivimos agradecidos por lo recibido y expectantes por aquello que viene. Porque tener las arras no elimina la espera, sino que la vuelve segura.



PARTE IV

EL PROBLEMA NO ES LA HERENCIA

Capítulo diez

NO ES FALTA DE PROVISIÓN

“Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia.”

2 Pedro 1:3

Hay preguntas que, formuladas correctamente, pueden conducirnos hacia respuestas incómodas. Durante años hemos observado la distancia existente entre aquello que las Escrituras declaran acerca de la vida en Cristo y aquello que muchos creyentes experimentan cotidianamente. Hemos leído acerca de libertad mientras contemplábamos esclavitudes persistentes, predicado sobre la vida abundante en medio de comunidades espiritualmente agotadas y hablado del poder del Espíritu frente a una Iglesia que, en demasiadas ocasiones, parece depender más de sus recursos naturales que de la presencia de Dios. Ante esta contradicción, resulta inevitable preguntarnos dónde se encuentra el problema.

Una posible respuesta sería afirmar que Dios todavía no ha provisto suficientemente. Si esta fuera la causa, nuestra responsabilidad principal consistiría en esperar una nueva intervención divina, algo semejante a una segunda etapa de la obra de Cristo mediante la cual finalmente pudiéramos recibir aquello que hoy nos falta. Sin embargo, cuando abrimos el Nuevo Testamento encontramos un lenguaje sorprendentemente diferente. Los apóstoles no presentan a la Iglesia esperando que Dios complete una provisión insuficiente, sino procurando comprender, experimentar y manifestar aquello que ha sido recibido en Cristo.

Pedro declara que todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad ***“nos han sido dadas”***. Pablo afirma que Dios ***“nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”*** (Efesios 1:3) y escribe a los colosenses diciendo: ***“Vosotros estáis completos en él”*** (Colosenses 2:10). Estas afirmaciones necesitan ser interpretadas dentro de sus respectivos contextos y jamás deberían utilizarse para construir una fantasía donde el creyente posee absolutamente todo aquello que puede imaginar o desear. Sin embargo, tampoco podemos debilitarlas hasta que pierdan su fuerza. Hay una suficiencia en Cristo que el pensamiento apostólico considera fundamental para la vida del Nuevo Pacto.

El problema es que hemos aprendido a buscar constantemente algo más. Una nueva experiencia, una nueva impartición, una nueva fórmula, una nueva llave espiritual o una revelación secreta que finalmente produzca aquello que

durante años no logramos vivir. Cada cierto tiempo aparece una enseñanza anunciando que se ha descubierto el elemento que faltaba y multitudes de creyentes corren detrás de ella esperando que, esta vez, la promesa se convierta en realidad. Cuando los resultados no corresponden con las expectativas, esperamos el próximo movimiento, la próxima conferencia o la próxima palabra que nos asegure que ahora sí hemos encontrado la pieza perdida.

No estoy diciendo que ya conocemos todo ni que debemos cerrar nuestro corazón a una mayor revelación. Pablo oraba para que los creyentes crecieran en conocimiento y Pedro exhortaba a crecer ***“en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18)***. El Espíritu continúa iluminando nuestro entendimiento y hay profundidades en Cristo que jamás agotaremos. El problema no está en desear conocer más, sino en interpretar nuestra inmadurez como evidencia de una deficiencia en la provisión divina.

Hay una enorme diferencia entre necesitar más de Cristo y necesitar conocer más profundamente al Cristo que hemos recibido.

Cuando hablamos de esta manera debemos ser cuidadosos, porque alguien podría pensar que estamos afirmando haber alcanzado una experiencia completa de todo lo que existe en el Señor. Nada podría estar más lejos de la verdad. Precisamente porque Cristo es inescrutable, podemos pasar toda nuestra vida creciendo en Su conocimiento. Pablo,

después de años de ministerio y revelación, todavía expresaba el deseo de conocerle y participar más profundamente de la realidad de Su vida. Pero su búsqueda no nacía de la sospecha de que Dios hubiera retenido algo necesario; nacía del reconocimiento de que la riqueza recibida superaba ampliamente su comprensión presente.

Quizás nuestra situación se parezca a la de una persona que hereda una enorme biblioteca y, después de leer dos libros, comienza a quejarse porque considera insuficiente el conocimiento recibido. El problema no está en la biblioteca. Tampoco sería correcto afirmar que ya conoce todo simplemente porque posee los libros. Existe una riqueza disponible y existe una experiencia todavía limitada de esa riqueza. Entre ambas realidades se encuentra un proceso de conocimiento, apropiación y madurez.

Pablo parecía comprender esta distancia cuando oraba por los efesios. No pidió que Dios decidiera bendecirlos finalmente con riquezas espirituales que todavía no les había entregado. Al comienzo de la carta ya había declarado que habían sido bendecidos con toda bendición espiritual en Cristo. Sin embargo, más adelante dobla sus rodillas ante el Padre y pide que sean ***“plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento”*** (Efesios 3:18 y 19).

Ya habían recibido, pero necesitaban comprender. Esta diferencia es decisiva para el tema que estamos

desarrollando. La ignorancia no modifica la provisión, pero condiciona profundamente nuestra experiencia de ella. Un heredero puede ser legalmente propietario de una enorme extensión de tierra y vivir durante años encerrado en una pequeña habitación porque desconoce los límites de su propiedad. Su pobreza cotidiana no demuestra que la herencia sea pequeña; demuestra que todavía no conoce aquello que recibió.

Pablo oró para que fueran alumbrados los ojos del entendimiento de los creyentes, ***“para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos”*** (Efesios 1:18). La oración resulta extraordinaria porque no pide una nueva herencia, sino ojos iluminados para conocer.

Tal vez hemos pedido muchas veces que Dios nos dé aquello que Él procura mostrarnos que ya estableció en Cristo. Pedimos vida mientras Juan declara que Dios nos ha dado vida eterna y que esa vida está en Su Hijo. Rogamos por aceptación cuando Pablo afirma que fuimos aceptos en el Amado.

Suplicamos acceso a la presencia mientras Hebreos nos invita a acercarnos confiadamente por el camino nuevo y vivo abierto mediante la sangre de Jesús. No cuestiono la sinceridad de estas oraciones; durante años nosotros mismos hemos aprendido un lenguaje religioso construido alrededor de la carencia. Pero la sinceridad no vuelve correcta una percepción equivocada.

El hijo mayor de la parábola de **Lucas 15** vivía exactamente dentro de esta contradicción. Su queja era sincera: ***“Nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos”***. No estaba fingiendo frustración. Verdaderamente se sentía privado de algo que consideraba necesario para su alegría. Sin embargo, el padre respondió: ***“Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas”***. El hijo decía: ***“Nunca me has dado...”***. El padre respondía: ***“Todo es tuyo”***. El conflicto estaba en la percepción.

Podemos pasar años intentando convencer a Dios de que abra una mano que nunca estuvo cerrada. La religión encuentra terreno fértil en esta mentalidad porque siempre puede ofrecer un nuevo procedimiento para obtener aquello que supuestamente Dios se resiste a entregar. Si oras de determinada manera, si ayunas cierta cantidad de días, si repites una declaración específica o realizas una acción particular, entonces quizás logres mover la voluntad divina y recibir finalmente tu porción.

No estoy despreciando la oración, el ayuno ni las disciplinas espirituales. Todas ellas ocupan un lugar importante cuando son comprendidas correctamente. Jesús oró, ayunó y enseñó a Sus discípulos a perseverar. El problema aparece cuando convertimos estas prácticas en mecanismos de presión sobre Dios, como si nuestra intensidad pudiera transformar a un Padre reticente en un proveedor generoso.

Jesús enseñó algo muy diferente: ***“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?”*** (Mateo 7:11). Lucas registra la expresión: ***“Dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan”*** (Lucas 11:13). El fundamento de la confianza no está en la excelencia de quien pide, sino en la bondad del Padre.

La oración del Nuevo Pacto no procura vencer la resistencia de Dios. Nace de la comunión con Su corazón. Esto no significa que recibiremos automáticamente todo aquello que deseamos. Santiago advierte acerca de pedir mal para gastar en nuestros deleites y Juan dice que nuestra confianza consiste en saber que, si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye. La filiación no convierte a Dios en un instrumento para satisfacer nuestros caprichos; por el contrario, cuanto más conocemos al Padre, más deseamos que nuestra voluntad sea formada conforme a la Suya.

Pero una cosa es aceptar que Dios puede negar aquello que no corresponde con Su propósito y otra muy diferente construir nuestra relación con Él sobre la sospecha de que habitualmente retiene aquello que necesitamos para vivir conforme a Su voluntad.

Pedro dice que las cosas pertenecientes a la vida y a la piedad nos fueron dadas ***“mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia”***. Nuevamente aparece el conocimiento de Cristo como elemento central. No

se trata de descubrir una técnica para liberar recursos espirituales almacenados en algún lugar celestial, sino de crecer en el conocimiento de Aquel en quien toda provisión encuentra su realidad.

Por eso Pablo consideraba todas las cosas como pérdida ***“por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús” (Filipenses 3:8)***. Después de enumerar sus credenciales religiosas, su linaje y su justicia conforme a la Ley, concluyó que todo aquello carecía de valor comparado con conocer al Hijo. Había descubierto que la riqueza de Dios no se encontraba en mejorar su antigua identidad religiosa, sino en ser hallado en Cristo.

Tal vez nuestra obsesión con recibir algo nuevo ha revelado que todavía no comprendemos suficientemente a Aquel que recibimos. El Padre no nos entregó simplemente un conjunto de beneficios. Nos dio al Hijo y en el Hijo nos dio vida, en el Hijo nos dio justicia, en el Hijo nos dio acceso, en el Hijo nos hizo hijos, en el Hijo nos incorporó a Su propósito.

La repetición de la expresión “en el Hijo” no pretende construir una lista de privilegios, sino devolver nuestra mirada al lugar correcto. Si buscamos la herencia separada de Cristo, inevitablemente terminaremos persiguiendo cosas. Pero cuando comprendemos que todas las riquezas de la gracia se encuentran en Él, nuestro mayor deseo comenzará a ser solamente conocerle.

Pablo escribió que en Cristo ***“están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”*** (Colosenses 2:3). La palabra ***“escondidos”*** no significa que Dios procure impedir nuestro acceso, sino que esos tesoros no se encuentran en la superficie de una relación casual. Hay profundidades que solamente son conocidas por quienes permanecen, contemplan y permiten que el Espíritu revele al Hijo.

Vivimos en una generación acostumbrada a la inmediatez. Queremos resultados rápidos, respuestas breves y experiencias intensas. Esa mentalidad también puede trasladarse a nuestra vida espiritual. Deseamos recibir en una reunión aquello que solamente puede ser formado durante años de comunión, obediencia y conocimiento de Cristo. Buscamos una impartición que reemplace el proceso y una experiencia que evite la madurez. Pero hay riquezas que no se descargan en un instante, solo se conocen caminando con Él.

Los discípulos recibieron autoridad para sanar enfermos y expulsar demonios relativamente temprano en su relación con Jesús. Sin embargo, después de años caminando con el Maestro todavía discutían acerca de quién sería el mayor. Habían experimentado poder antes de comprender profundamente la naturaleza del Reino.

Esto debería enseñarnos algo. Recibir una manifestación espiritual no significa necesariamente haber madurado en la administración de la vida recibida. Los

corintios no tenían falta de dones; Pablo dice que nada les faltaba en ningún don. Sin embargo, los llama carnales y niños en Cristo porque entre ellos había celos, contiendas y divisiones. La provisión no era el problema, pero la inmadurez sí.

Quizás esta afirmación explique muchas contradicciones de la Iglesia contemporánea. Hemos interpretado toda debilidad como falta de poder y procuramos resolverla pidiendo una nueva manifestación, cuando algunas situaciones requieren crecimiento, renovación del entendimiento y formación del carácter. Podemos imponer manos sobre una persona y orar intensamente por ella, pero nadie puede madurar en su lugar.

La vida fue dada, pero necesita ser desarrollada. Un niño posee la misma naturaleza humana que un adulto, pero no tiene la misma capacidad para administrar responsabilidades. Nadie acusa al niño de carecer de humanidad porque todavía no puede conducir un automóvil, sostener una familia o dirigir una empresa. La vida está presente; la capacidad se desarrolla mediante crecimiento.

Pablo utiliza precisamente esta imagen cuando dice: ***“Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo”*** (Gálatas 4:1). Regresamos al punto donde comenzó nuestro recorrido. El heredero es señor de todo, pero su experiencia permanece limitada por su inmadurez. No necesita una herencia nueva, lo que necesita es crecer.

Tal vez esta sea una de las verdades más incómodas de todo este libro, porque resulta mucho más sencillo pedir que asumir responsabilidad. Si el problema siempre es falta de provisión, podemos esperar pasivamente que Dios haga algo. Pero si Él ya nos ha dado vida, Su Espíritu habita en nosotros y nos ha incorporado a Cristo, entonces debemos comenzar a preguntarnos qué estamos haciendo con aquello que hemos recibido.

No para caer nuevamente bajo el peso del esfuerzo religioso ni para intentar producir mediante la carne lo que solamente el Espíritu puede manifestar. La vida cristiana continúa siendo una vida de dependencia absoluta. Sin Cristo nada podemos hacer. Pero dependencia no significa pasividad.

Pablo podía decir: ***“He trabajado más que todos ellos”***, y añadir inmediatamente: ***“Pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo”*** (1 Corintios 15:10). No veía contradicción entre esfuerzo y gracia porque había comprendido que la gracia no elimina nuestra participación; la hace posible. Aquí comienza una nueva dimensión de nuestra reflexión.

Hasta ahora hemos contemplado la herencia, al Heredero, la filiación y las arras del Espíritu. Hemos procurado comprender aquello que Dios realizó y la realidad a la que fuimos incorporados. Pero inevitablemente llegará el momento de mirar nuestra respuesta.

Si la provisión está en Cristo, ¿por qué vivimos tantas veces como si nada hubiéramos recibido? Si tenemos las arras, ¿por qué nuestra manera de pensar continúa gobernada por las medidas del siglo presente? Si somos hijos, ¿por qué seguimos reaccionando como esclavos?

Quizás no necesitamos seguir acusando al cielo de pobreza. Tal vez debemos revisar nuestra administración, porque el problema no siempre es lo que falta. Muchas veces es lo que todavía no hemos aprendido a gestionar.



Capítulo once

LA RESPONSABILIDAD DEL HEREDERO

“Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel.”

1 Corintios 4:2

La gracia de Dios es tan extraordinaria que puede resultar difícil para la mente humana comprender una relación donde todo comienza en Otro. Estamos acostumbrados a vivir dentro de sistemas donde cada beneficio debe ser conquistado, cada posición necesita ser merecida y todo resultado parece depender de nuestra capacidad para producirlo. Por eso, cuando el Evangelio anuncia que fuimos justificados gratuitamente por Su gracia, recibidos en Cristo e incorporados a una herencia que jamás hubiéramos podido comprar, nuestra tendencia natural es intentar introducir nuevamente algún mérito que nos permita sentir que participamos de la causa de aquello que hemos recibido.

Pero la gracia no admite socios en el origen de la salvación. Cristo no hizo una parte esperando que nosotros

completáramos el resto. Cuando declaró ***“Consumado es”***, la obra que el Padre le había encomendado había alcanzado su cumplimiento perfecto.

Nosotros no agregamos valor a Su sangre, no mejoramos Su sacrificio mediante nuestra obediencia ni convertimos Su resurrección en una victoria más completa por causa de nuestra consagración. La salvación es del Señor y cualquier intento de atribuirnos una porción de su mérito termina disminuyendo la suficiencia de Cristo.

Sin embargo, reconocer que no participamos de la causa de nuestra salvación no significa que seamos llamados a vivir sin responsabilidad respecto de aquello que hemos recibido. Aquí encontramos una diferencia que necesitamos comprender cuidadosamente, porque durante años muchos creyentes han oscilado entre dos extremos igualmente dañinos. Por un lado, el legalismo convirtió la vida cristiana en un esfuerzo permanente para merecer el favor de Dios; por otro, una interpretación superficial de la gracia terminó presentando toda exhortación a la responsabilidad como una amenaza contra la obra consumada de Cristo.

El Nuevo Testamento no participa de ninguno de estos extremos. Los apóstoles predicaron una gracia absoluta y, al mismo tiempo, exhortaron intensamente a los creyentes a vivir de una manera digna del llamamiento recibido. Pablo podía declarar que somos salvos por gracia por medio de la fe, ***“no por obras, para que nadie se glorie”***, e inmediatamente añadir que ***“somos hechura suya, creados***

en Cristo Jesús para buenas obras” (Efesios 2:9 y 10). Las obras no producen la nueva creación, pero la nueva creación produce una manera diferente de vivir.

La vida precede al fruto, pero una vida que jamás produce fruto necesita ser examinada. Jesús enseñó que ***“cada árbol se conoce por su fruto” (Lucas 6:44).*** No dijo que el fruto convierte a una planta en árbol, sino que revela la naturaleza de la vida presente en ella. Nadie ata manzanas a las ramas de un espino para transformarlo en manzano. Si deseamos otro fruto, necesitamos otra naturaleza. Esta es precisamente la gloria del Nuevo Pacto: Dios no vino simplemente a decorar nuestra antigua condición con comportamientos religiosos, sino a darnos vida en Cristo.

Ahora bien, cuando esa vida ha sido recibida, comienza una responsabilidad. Pablo escribió a los filipenses: ***“Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor”***, y antes de que alguien pudiera interpretar sus palabras como una invitación a producir salvación mediante esfuerzo humano, añadió: ***“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:12 y 13).***

La tensión es extraordinaria. ***“Ocupaos”***, dice Pablo, pero inmediatamente explica que Dios produce en nosotros el querer y el hacer. La participación humana no reemplaza la operación divina, así como la operación divina no convierte al creyente en un espectador pasivo. Dios obra en nosotros y, precisamente porque Él obra, somos llamados a

responder. La gracia no elimina la responsabilidad, lo que hace es eliminar toda jactancia.

Cuando comprendemos esta diferencia, comenzamos a mirar nuestra vida espiritual desde otra perspectiva. Ya no obedecemos para conseguir que Dios nos ame, sino porque fuimos alcanzados por Su amor. No procuramos santidad para obtener aceptación, sino porque fuimos aceptados en el Amado y el Espíritu está formando en nosotros la imagen de Cristo. No servimos para convertirnos en hijos valiosos, sino porque somos hijos incorporados a los asuntos de la casa.

La responsabilidad del heredero nace de aquello que recibió. Jesús desarrolló este principio en varias de Sus parábolas. En la conocida historia de los talentos, un hombre que se marchaba lejos llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. A uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, ***“a cada uno conforme a su capacidad”*** (Mateo 25:15). Lo primero que debemos observar es que ninguno de ellos produjo aquello que recibió. Los talentos pertenecían al señor.

La historia comienza con una entrega, después aparece la administración. Este orden es fundamental porque, si lo invertimos, regresamos inmediatamente a la religión. El Evangelio no dice: “Administra correctamente para que Dios considere darte algo”. Dios da y luego pregunta qué hacemos con aquello que hemos recibido.

Los dos primeros siervos negociaron con lo entregado y produjeron fruto. El tercero, dominado por una imagen equivocada de su señor, escondió el talento en la tierra. Cuando llegó el momento de rendir cuentas, procuró justificar su inactividad diciendo: ***“Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste”*** (Mateo 25:24). Su administración estuvo profundamente condicionada por la imagen que tenía del señor.

Esto resulta revelador. La mala comprensión del corazón de Dios no solamente afecta nuestras emociones; puede determinar nuestra manera de administrar lo recibido. Quien considera a Dios un amo severo vive paralizado por el temor a equivocarse. Prefiere esconder antes que arriesgar, conservar antes que multiplicar y permanecer inmóvil antes que enfrentar la posibilidad de fracasar.

El siervo dijo: ***“Tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra”***. El temor produjo esterilidad. No desperdició el talento en una vida desordenada. No lo entregó voluntariamente a un enemigo ni negó que perteneciera a su señor. Simplemente lo enterró. Cuando el dueño regresó, podía devolver exactamente aquello que había recibido. Y, sin embargo, fue considerado un mal administrador.

Quizás nuestra idea de fidelidad necesita ser revisada. Muchas veces pensamos que ser fiel significa solamente no perder aquello que Dios nos entregó. Procuramos conservar una doctrina correcta, mantener una conducta aceptable y

llegar al final de nuestra vida pudiendo afirmar que todavía creemos las mismas cosas. Ciertamente perseverar en la verdad es fundamental, pero la parábola demuestra que conservar sin administrar también puede ser una forma de infidelidad.

¡El Reino espera fruto! Jesús dijo: ***“En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (Juan 15:8)***. La fructificación glorifica al Padre porque revela la vida de la vid operando en los pámpanos. Nuevamente, el fruto no nace de independencia. Jesús había declarado claramente: ***“Separados de mí nada podéis hacer”***. Pero permanecer en Cristo no produce esterilidad espiritual; produce fruto.

Por eso necesitamos abandonar la idea de que dependencia y responsabilidad son conceptos opuestos. Cuanto más dependemos verdaderamente de Cristo, mayor debería ser nuestra capacidad para responder a Su vida. La dependencia bíblica no es la inmovilidad de quien espera que Dios haga aquello que le corresponde obedecer. Es la conciencia de que toda verdadera obediencia solamente es posible por la vida que recibimos de Él.

Pablo comprendía perfectamente esta dinámica. Al escribir a los colosenses acerca de su ministerio declaró: ***“Para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí” (Colosenses 1:29)***. Pablo trabajaba y luchaba, pero sabía que la potencia pertenecía a Otro. No utilizaba la gracia como excusa para

evitar el esfuerzo ni convertía su esfuerzo en motivo de gloria personal. Trabajaba según la potencia de Él.

Tal vez necesitamos recuperar esta comprensión de la vida espiritual. Hemos confundido descanso con pasividad y dependencia con falta de iniciativa. En nuestro deseo de escapar del legalismo, algunas veces terminamos sospechando de cualquier palabra que implique disciplina, esfuerzo o perseverancia. Sin embargo, el Nuevo Testamento está lleno de exhortaciones a correr, pelear, velar, permanecer, procurar, añadir y crecer.

Pedro escribió: ***“Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor” (2 Pedro 1:5 al 7).*** Resulta significativo que estas palabras aparezcan inmediatamente después de la declaración que utilizamos en el capítulo anterior: ***“Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas”***.

Pedro no veía contradicción alguna. Dios ha dado. Por eso, pongan diligencia... La provisión divina establece la posibilidad de nuestra respuesta. Si Dios no hubiera dado vida, cualquier exhortación sería simplemente una nueva Ley demandando fruto de una naturaleza incapaz de producirlo. Pero porque hemos sido hechos participantes de la naturaleza divina, Pedro puede llamar a los creyentes a crecer.

Esta verdad nos obliga a revisar algunas de nuestras oraciones. En ocasiones pedimos a Dios que haga aquello para lo cual ya nos dio capacidad de respuesta. Rogamos que nos haga perdonar mientras resistimos conscientemente la decisión de liberar al ofensor. Pedimos dominio propio mientras continuamos alimentando aquello que fortalece nuestras pasiones desordenadas. Suplicamos crecimiento espiritual, pero no abrimos la Palabra, no cultivamos comunión y evitamos toda circunstancia que pueda confrontar nuestra inmadurez.

No podemos pedir cosecha mientras nos negamos a sembrar. Pablo dijo: ***“Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”*** (Gálatas 6:7). Esta declaración no contradice la gracia; revela un principio de administración. Luego añade: ***“El que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna”***.

Observemos que escribe a creyentes que tienen al Espíritu Santo. Sin embargo, los exhorta a considerar dónde están sembrando. La presencia del Espíritu no elimina nuestras decisiones. Podemos alimentar hábitos, pensamientos y deseos que contradicen la vida recibida, y luego sorprendernos cuando cosechamos sus consecuencias.

El heredero necesita aprender a administrar. Un niño puede recibir una fortuna y desperdiciarla en pocos años si nunca fue formado para comprender su valor. La riqueza recibida no garantiza automáticamente una administración

sabia. Precisamente por eso Gálatas presenta al heredero niño bajo tutores y curadores hasta el tiempo señalado por el padre.

La madurez está profundamente relacionada con la capacidad de administrar. Esto explica por qué Dios está tan interesado en nuestra formación. Nosotros solemos concentrarnos en aquello que deseamos recibir, mientras el Padre trabaja sobre nuestra capacidad para administrar. Pedimos mayores responsabilidades, más influencia y una expresión más amplia de Su propósito, pero Él contempla áreas de nuestro carácter que todavía necesitan ser transformadas.

No porque disfrute retrasando nuestra vida, sino porque es Padre. Ningún padre sabio entrega las llaves de un automóvil a un niño de cinco años simplemente porque el vehículo legalmente pertenece a la familia. La limitación temporal no demuestra falta de amor ni ausencia de recursos. Existe una cuestión de madurez.

Tal vez algunas de nuestras frustraciones nacieron porque interpretamos todo límite como falta de provisión. Pensamos que necesitamos más poder, cuando quizás necesitamos mayor carácter para administrar el poder recibido. Pedimos más revelación, aunque todavía no obedecemos aquello que ya comprendimos. Deseamos una plataforma mayor mientras tratamos descuidadamente a las personas que Dios colocó cerca de nosotros.

Jesús estableció un principio sencillo: ***“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel”*** (Lucas 16:10). Nosotros miramos ***“lo más”***. Dios observa nuestra relación con ***“lo muy poco...”*** Es decir, la fidelidad no comienza cuando finalmente recibimos aquello que consideramos importante. Se revela en nuestra manera de tratar lo que hoy está en nuestras manos. El heredero maduro comprende que nada recibido por gracia debería ser tratado con indiferencia.

Nuestro tiempo es administrado, nuestro cuerpo es administrado, los dones son administrados, las oportunidades son administradas, la revelación recibida también necesita ser administrada. Pablo dijo a Timoteo: ***“Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros”*** (2 Timoteo 1:14). Había un depósito confiado y una responsabilidad relacionada con él. Pero observe nuevamente la fuente: ***“por el Espíritu Santo que mora en nosotros”***. Aun la tarea de guardar correctamente lo recibido debía realizarse mediante la operación del Espíritu.

Todo regresa a la dependencia. No somos administradores autónomos de una riqueza que ahora nos pertenece independientemente de Dios. Somos hijos participando de los asuntos del Padre y coherederos unidos al Hijo. La administración del Reino solamente puede realizarse correctamente en comunión con Aquel a quien pertenece todo. Por eso la fidelidad es más importante que la espectacularidad.

Nuestra generación se siente fácilmente impresionada por lo visible. Medimos resultados, alcance, números e influencia, y sin advertirlo podemos trasladar las medidas del mercado a la vida espiritual. Pero Pablo dice que lo requerido de los administradores es que cada uno sea hallado fiel. Con lo cual debemos tener en claro que no está refiriéndose a ser famosos, admirados, o reconocidos. Solo debemos ser fieles a Aquel que nos confió el depósito.

Llegará un momento cuando toda administración será evaluada. Pablo escribió: ***“Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo”*** (2 Corintios 5:10). Esta verdad no debería devolvernos al temor servil de quien espera condenación, porque ***“ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”***. Pero la ausencia de condenación no elimina la seriedad de nuestra responsabilidad.

La gracia nos libra del juicio condenatorio. No vuelve irrelevante nuestra vida. Quizás hemos hablado tanto de aquello que recibimos que ahora necesitamos permitir que una pregunta penetre nuestro corazón: ¿qué estamos haciendo con ello? No cuánto sabemos acerca de la herencia, sino cómo vivimos. No cuántas verdades podemos explicar, sino qué fruto están produciendo. No cuántas experiencias espirituales acumulamos, sino qué clase de personas estamos llegando a ser.

La responsabilidad del heredero no consiste en producir su propia riqueza, sino en aprender a administrar fielmente aquello que el Padre puso en sus manos. No trabajamos para recibir una identidad, sino desde la identidad recibida; no obedecemos para comprar la gracia, sino porque la gracia nos capacitó para responder.

Dios nos ha dado, nosotros administramos, y algún día, delante de Cristo, descubriremos que la verdadera grandeza nunca estuvo en cuánto parecía estar bajo nuestras manos, sino en cuán fielmente vivimos con aquello que Él decidió confiarnos.



Capítulo doce

CRECER PARA ADMINISTRAR

“Pero también digo: Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo; sino que está bajo tutores y curadores hasta el tiempo señalado por el padre.”

Gálatas 4:1 y 2

Regresamos nuevamente a la imagen con la que comenzamos este libro, pero ahora podemos observarla desde una perspectiva diferente. Al principio contemplamos la tragedia de un heredero viviendo como esclavo y procuramos comprender cómo alguien podía poseer una condición tan extraordinaria mientras su experiencia cotidiana parecía contradecirla.

Después hemos recorrido el camino de la herencia, la obra de Cristo, nuestra unión con el Heredero y las arras del Espíritu, hasta llegar a una pregunta inevitable acerca de nuestra responsabilidad frente a aquello que hemos recibido. Ahora necesitamos considerar un elemento que mencioné anteriormente pero que considero merece este capítulo. El

apóstol Pablo coloca claramente dentro de su ilustración: el heredero puede ser señor de todo y, al mismo tiempo, continuar siendo niño.

La niñez no modifica su condición legal. El padre no necesita esperar que el hijo alcance determinada edad para comenzar a amarlo ni para decidir si finalmente lo incorporará a la familia. El niño pertenece a la casa desde el comienzo y su condición de heredero está vinculada con una relación que él no produjo. Sin embargo, existe una diferencia evidente entre poseer una herencia y tener la madurez necesaria para administrarla.

Esta distinción resulta fundamental para comprender muchos procesos de nuestra vida espiritual. Con frecuencia interpretamos toda demora, límite o temporada de formación como evidencia de que Dios todavía no desea entregarnos algo. Pensamos en términos de provisión cuando el Padre puede estar trabajando en términos de capacidad. Nosotros preguntamos cuándo recibiremos más; Él observa qué estamos haciendo con aquello que ya hemos recibido.

La inmadurez siempre desea acceso antes que formación. Volviendo al ejemplo de la conducción: Un niño puede mirar las llaves de un automóvil y considerar injusto que su padre no le permita conducir. Desde su perspectiva, sabe dónde está el vehículo, conoce su propósito e incluso puede haber observado durante años cómo otros lo utilizan. Tal vez sea capaz de explicar perfectamente el funcionamiento básico de un automóvil, pero conocer la

teoría no significa poseer la capacidad para conducirlo responsablemente.

El padre que guarda las llaves no está negando la existencia del automóvil. Está protegiendo al hijo, porque si es inmaduro, lo que debería ser un medio de transporte útil, puede convertirse en un arma mortal. Por eso el padre lo está protegiendo al hijo y también a otras personas, porque el hijo podría dañarlas mientras todavía no sabe manejar debidamente.

Algo semejante puede ocurrir en nuestra relación con las realidades espirituales. Podemos conocer doctrinas correctas acerca de autoridad, dones, propósito y Reino, pero el conocimiento de una verdad no garantiza automáticamente la madurez necesaria para expresarla.

Los corintios constituyen probablemente uno de los ejemplos más claros de esta contradicción. Pablo declara que habían sido enriquecidos ***“en toda palabra y en toda ciencia”*** y que nada les faltaba en ningún don (**1 Corintios 1:5 al 7**). Sin embargo, unos capítulos después les dice: ***“No pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo”*** (**1 Corintios 3:1**).

Los hermanos de Corinto tenían dones, tenían conocimiento, tenían manifestaciones espirituales, pero eran niños espirituales. Esto debería confrontar algunas de nuestras medidas de madurez. Durante mucho tiempo hemos supuesto que una persona espiritualmente madura es aquella

que conoce mucho, predica bien o manifiesta determinados dones. Ciertamente el conocimiento puede ser fruto de años de búsqueda y los dones son expresiones de la gracia de Dios, pero ninguna de estas cosas constituye por sí sola una evidencia definitiva de madurez.

Los corintios podían profetizar y continuar compitiendo entre ellos. Podían hablar en lenguas y tratar incorrectamente a sus hermanos durante la Cena del Señor. Podían poseer conocimiento espiritual y utilizarlo sin amor, lastimando la conciencia de creyentes más débiles.

El problema no estaba en los dones, estaba en la capacidad para administrarlos. Por eso Pablo introduce el capítulo trece de su primera carta a los corintios en medio de una extensa enseñanza acerca de las manifestaciones espirituales. No es un poema romántico colocado accidentalmente entre dos capítulos doctrinales. Es una confrontación apostólica a una comunidad fascinada con el poder, pero inmadura en el amor.

“Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe” (1 Corintios 13:1). Pablo no niega el valor del don. Cuestiona la administración del don sin la naturaleza correspondiente.

Una herramienta poderosa en manos inmaduras puede producir más daño que beneficio. Esto no significa que debamos temer los dones del Espíritu ni sospechar de toda

manifestación sobrenatural. El propio Pablo dijo: ***“Procurad los dones espirituales”*** y exhortó a no impedir el hablar en lenguas. La respuesta al abuso nunca es despreciar aquello que Dios dio, sino crecer en la capacidad para administrarlo conforme al carácter de Cristo.

La madurez espiritual está profundamente relacionada con la formación del Hijo en nosotros. Pablo escribió a los gálatas: ***“Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gálatas 4:19)***. Aquellos creyentes ya habían recibido el Evangelio y el Espíritu había obrado entre ellos, pero el apóstol continuaba trabajando para que la realidad de Cristo adquiriera forma en su manera de pensar y vivir.

No necesitamos recibir otra vida, necesitamos que la vida recibida encuentre expresión. Un niño posee vida humana completa, pero necesita crecer para desarrollar las capacidades contenidas en esa vida. Nadie espera que un bebé argumente jurídicamente, administre una empresa o sostenga una familia. No le falta humanidad; le falta desarrollo. De la misma manera, cuando nacemos de nuevo recibimos vida en Cristo, pero comenzamos un proceso de crecimiento en el conocimiento, el carácter y la capacidad espiritual.

Pedro exhorta: ***“Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 Pedro 2:2)***. El crecimiento no es opcional dentro del propósito de Dios. La vida tiende hacia la madurez

y cuando algo permanece indefinidamente en un estado infantil debemos preguntarnos qué está impidiendo su desarrollo.

El escritor de la carta a los hebreos confrontó a creyentes que, por causa del tiempo, ya deberían ser maestros, pero todavía necesitaban que se les enseñaran los primeros rudimentos de las palabras de Dios. ***“Habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido”*** (Hebreos 5:12).

Envejecer en la Iglesia no es lo mismo que crecer en Cristo. Podemos acumular décadas de reuniones, mensajes y actividades religiosas mientras conservamos las mismas reacciones, inseguridades y conflictos interiores. El calendario registra tiempo, pero la madurez se evidencia en transformación.

Hebreos continúa diciendo que ***“el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal”*** (Hebreos 5:14). La expresión “por el uso” resulta profundamente reveladora. Hay capacidades que se desarrollan mediante ejercicio.

Nosotros preferimos muchas veces una experiencia instantánea. Quisiéramos que alguien impusiera sus manos sobre nosotros y, en pocos minutos, transfiriera años de madurez espiritual. Deseamos una oración capaz de eliminar definitivamente toda tendencia carnal y una revelación que

nos convierta inmediatamente en administradores sabios, pero la madurez no se imparte, se forma.

Podemos recibir un don mediante imposición de manos, como Pablo recuerda a Timoteo, pero nadie puede imponer sobre nosotros veinte años de obediencia. Nadie puede transferirnos las lecciones aprendidas en el secreto, la capacidad desarrollada mediante decisiones difíciles o el discernimiento formado después de caminar largamente con Dios.

Esto explica por qué algunos procesos parecen innecesariamente largos desde nuestra perspectiva. Nosotros vemos una oportunidad; Dios ve nuestra capacidad para sostenerla. Observamos una puerta cerrada y pensamos que el enemigo está resistiendo, cuando quizás el Padre está formando en nosotros aquello que necesitaremos después de cruzarla.

No toda demora proviene de Dios y sería irresponsable utilizar esta verdad para explicar automáticamente cada frustración. Hay puertas que no atravesamos por temor, decisiones equivocadas o simple desobediencia. Sin embargo, tampoco deberíamos asumir que toda espera es una pérdida de tiempo.

José recibió sueños siendo joven, pero entre el sueño y el gobierno hubo un pozo, una casa ajena y una cárcel. David fue ungido por Samuel, pero no caminó inmediatamente hacia el trono. Moisés tenía cuarenta años cuando intentó

intervenir en favor de un hebreo utilizando su propia fuerza y ochenta cuando Dios lo llamó desde la zarza.

No pretendo establecer una fórmula según la cual toda persona llamada por Dios debe atravesar necesariamente las mismas etapas. Las historias bíblicas no son moldes mecánicos para nuestras experiencias, porque de manera personal, debo reconocer que mis procesos ministeriales fueron muy acelerados al principio. Sin embargo, la situación revela un principio difícil de ignorar: Dios está tan interesado en formar al administrador como en cumplir el propósito. Por eso, aunque mis procesos primarios fueron acelerados, mi contendencia solo surgió a través de los años.

Nosotros solemos mirar el destino, el Padre trabaja sobre el hijo que llegará a determinado objetivo. David necesitaba algo más que una corona. La capacidad de derrotar a Goliath no era suficiente para gobernar una nación. Entre la unción y el trono, su corazón sería confrontado muchas veces. Tendría la oportunidad de matar a Saúl y adelantar aparentemente el cumplimiento de la palabra recibida, pero decidió no extender su mano contra el ungido de Jehová.

Esta es una dimensión de la madurez que nuestra generación necesita recuperar. Estamos acostumbrados a medir el progreso por aquello que se vuelve visible, pero Dios puede realizar algunas de Sus obras más profundas en temporadas donde aparentemente nada avanza. El carácter se forma muchas veces lejos de los aplausos y la capacidad de

administrar el Reino puede desarrollarse precisamente en lugares que nunca hubiéramos elegido.

Jesús pasó aproximadamente treinta años antes de comenzar un ministerio público de poco más de tres. No debemos interpretar aquellos años como tiempo perdido. Lucas resume Su crecimiento diciendo: ***“Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres”*** (Lucas 2:52).

El Hijo eterno había asumido verdadera humanidad y, en esa condición, atravesó un proceso real de crecimiento. Hebreos llega a decir que ***“aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia”*** (Hebreos 5:8). Esta declaración no significa que Jesús hubiera sido desobediente y necesitara corregir una conducta pecaminosa. Significa que la obediencia fue experimentada concretamente en las circunstancias de Su vida humana.

Si el propio Señor no despreció el proceso, ¿por qué nosotros deseamos evitarlo? Tal vez porque confundimos herencia con comodidad. Pensamos que ser hijos debería permitirnos escapar de todo aquello que resulta difícil, cuando el Padre puede utilizar precisamente ciertas dificultades para formar nuestra capacidad.

La disciplina de **Hebreos 12** tiene este propósito. Dios nos trata como hijos y nos forma ***“para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad”*** (Hebreos 12:10). El texto reconoce que ninguna disciplina

parece ser causa de gozo en el momento, pero después produce ***“fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados”***. Aquí, nuevamente aparece la idea de ejercicio, dejando en claro que la madurez implica gestión.

No somos barro diciéndole al Alfarero cómo debe formarnos, pero tampoco somos objetos inconscientes dentro del proceso. Podemos resistir, endurecernos y desperdiciar temporadas enteras culpando a otros por aquello que Dios desea utilizar para confrontarnos. Israel caminó cuarenta años en el desierto, pero una generación completa no aprendió lo que necesitaba aprender.

El tiempo de proceso no garantiza transformación. Podemos sufrir y no madurar. Podemos atravesar pruebas y volvernos amargos. Podemos ser corregidos y concentrarnos exclusivamente en la incomodidad de la corrección. La madurez aparece cuando permitimos que el Espíritu utilice aquello que vivimos para conformarnos a Cristo.

Pablo escribió: ***“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Romanos 8:28)***. El versículo siguiente explica cuál es ese bien: ***“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo” (versículo 29)***.

El bien no siempre significa que la circunstancia termine como deseamos. El bien es Cristo formado en nosotros. Esta comprensión cambia nuestra manera de evaluar los procesos. Podemos salir de una dificultad con más

dinero, una mejor posición o una solución favorable y, sin embargo, no haber crecido absolutamente nada. También podemos atravesar una temporada que externamente parece una pérdida y descubrir que el Espíritu produjo en nosotros una profundidad, una dependencia y una semejanza con Cristo que antes no poseíamos.

El Padre está formando hijos capaces de administrar. Por eso la madurez no debería ser interpretada simplemente como una ventaja personal. No crecemos para sentirnos superiores a los inmaduros ni para alcanzar una categoría espiritual especial. Crecemos porque hay un propósito que necesita ser expresado y una herencia que debe ser administrada conforme al corazón del Padre.

Pablo dice que Cristo dio dones a la Iglesia ***“a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”***, hasta que todos lleguemos ***“a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”*** (Efesios 4:12 y 13). La medida de la madurez no es otro creyente. La medida es Cristo.

Esto elimina toda posibilidad de orgullo. Podemos haber crecido respecto de nuestra condición anterior y, sin embargo, continuar teniendo un largo camino por recorrer cuando contemplamos al Hijo. La madurez verdadera no produce arrogancia porque cuanto más conocemos a Cristo, más conscientes somos de la inmensidad de Su naturaleza.

Pablo decía: ***“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo”*** (Filipenses 3:12). Reconocía lo que todavía faltaba sin utilizarlo como excusa para detenerse. Tal vez necesitamos recuperar esa actitud. No hemos llegado, pero podemos crecer. No conocemos todo, pero podemos aprender. Todavía manifestamos inmadurez, pero el Espíritu continúa formando a Cristo en nosotros.

Somos herederos. La herencia no está en discusión, pero el Padre ama demasiado a Sus hijos para abandonar su formación. Él no desea simplemente colocarnos frente a una riqueza espiritual y observar cómo la desperdiciamos por falta de madurez. Está trabajando en nuestro entendimiento, carácter y capacidad para que aprendamos a vivir conforme a aquello que recibimos.

Quizás algunos procesos que hemos considerado obstáculos eran aulas. Tal vez ciertas esperas no estaban negando nuestra herencia, sino formando al heredero. Porque recibir por gracia es el comienzo, pero aprender a administrar como hijos maduros es parte del camino.



PARTE V

CO-HERENCIA

Capítulo trece

LA DISTANCIA ENTRE LO RECIBIDO Y LO VIVIDO

*“Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz
en el Señor; andad como hijos de luz.”*

Efesios 5:8

Hay distancias que pueden medirse con facilidad. Podemos calcular los kilómetros existentes entre dos ciudades, determinar cuánto falta para llegar a un destino o establecer con precisión la separación entre dos objetos. Sin embargo, existen otras distancias mucho más difíciles de reconocer porque no pertenecen al espacio físico. Una de ellas es la distancia que puede existir entre aquello que una persona ha recibido en Cristo y la manera concreta en que está viviendo.

Durante los capítulos anteriores hemos procurado contemplar la magnitud de nuestra herencia. Hemos visto que Cristo es el Heredero de todo y que nosotros fuimos hechos coherederos con Él; comprendimos que la muerte del Testador abrió el acceso a una herencia eterna, que Dios nos recibió como hijos y que el Espíritu Santo fue dado como

arras de aquello que todavía espera su plena consumación. También reconocimos que la provisión divina no elimina nuestra responsabilidad y que el Padre trabaja en la formación de hijos capaces de administrar lo recibido.

Ahora debemos enfrentar una pregunta inevitable: ¿existe correspondencia entre la vida que hemos recibido y la vida que estamos manifestando?

Esta pregunta nos conduce al corazón de aquello que deseo llamar coherencia espiritual. No pretendo construir una doctrina a partir de una semejanza sonora entre las palabras “coherencia” y “co-herencia”, ni forzar una etimología inexistente para sostener una idea atractiva. La relación que proponemos en este libro es teológica y espiritual. Si somos coherederos con Cristo, la vida recibida debería encontrar progresivamente una expresión correspondiente en nuestra manera de pensar, decidir, actuar y participar del propósito de Dios.

La coherencia espiritual no consiste simplemente en hacer coincidir nuestras palabras con nuestras acciones. Esa definición puede resultar correcta en un sentido moral, pero es insuficiente para comprender la vida del Nuevo Pacto. Una persona puede ser perfectamente coherente con una manera equivocada de pensar. Alguien lleno de resentimiento puede hablar, decidir y actuar conforme a su amargura, y en cierto sentido existirá una completa correspondencia entre aquello que lleva dentro y aquello que manifiesta. El problema no será su falta de coherencia, sino la naturaleza de la vida desde

la cual está viviendo. Por eso, cuando hablamos de coherencia espiritual, debemos comenzar en Cristo.

La pregunta no es solamente si vivimos conforme a lo que decimos creer, sino si nuestra vida visible está correspondiendo con la realidad que Dios estableció en nosotros mediante el Nuevo Pacto. No procuramos construir una conducta cristiana para convertirnos en nuevas criaturas. Somos nuevas criaturas en Cristo y, precisamente por eso, somos llamados a vivir desde esa nueva realidad.

Pablo expresa este orden con una claridad extraordinaria: ***“En otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz”***. Observe cuidadosamente la secuencia. El apóstol no dice: “Caminen como hijos de luz para que algún día puedan convertirse en luz”. Primero establece una realidad: ***“Ahora sois luz en el Señor”***. Después presenta la exhortación: ***“Andad como hijos de luz”***. El ser precede al andar.

Esta es una de las grandes diferencias entre la Ley y la dinámica de la vida en Cristo. La religión demanda comportamientos intentando producir una identidad. El Nuevo Pacto establece una nueva realidad en Cristo y, desde ella, llama al creyente a una manera correspondiente de vivir.

Pablo utiliza esta estructura repetidamente. A los colosenses les dice: ***“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba”*** (Colosenses 3:1). No les ordena buscar las cosas de arriba para conseguir resucitar

espiritualmente. La exhortación nace de una realidad establecida: han resucitado con Cristo.

Más adelante escribe: ***“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3)***, y pocos versículos después les pide hacer morir lo terrenal en ellos. Nuevamente encontramos una aparente paradoja solamente cuando no comprendemos la dinámica del Nuevo Pacto. Hemos muerto con Cristo y, precisamente desde esa realidad, somos llamados a negar manifestaciones que todavía corresponden con la vieja manera de vivir.

Somos libres y, sin embargo, Pablo advierte: ***“Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gálatas 5:1)***. Si la libertad recibida produjera automáticamente una experiencia coherente, la exhortación sería innecesaria. Pero Pablo sabe que personas verdaderamente liberadas pueden volver a pensar y actuar conforme a estructuras de esclavitud.

Somos hijos, pero podemos continuar razonando como siervos. Tenemos al Espíritu, pero podemos andar según la carne. Hemos recibido la mente de Cristo y, sin embargo, necesitamos ser transformados mediante la renovación de nuestro entendimiento. Fuimos santificados en Cristo Jesús, pero somos llamados a seguir la santidad.

Esta distancia entre lo recibido y lo vivido constituye uno de los grandes conflictos de la experiencia cristiana. No

es una contradicción en la obra de Cristo. Es una contradicción en nuestra manifestación.

Aquí debemos ser extremadamente cuidadosos para no regresar a la condenación. Cuando contemplamos la grandeza de lo recibido y luego observamos nuestras debilidades presentes, podemos sentirnos aplastados por la diferencia. La distancia parece tan grande que terminamos preguntándonos si verdaderamente hemos recibido aquello que la Escritura declara.

Pero el propósito de la revelación no es producir desesperación, es alumbrar el camino. Pablo no les dijo a los efesios que habían dejado de ser luz cada vez que actuaban incorrectamente. Precisamente porque eran luz en el Señor podía confrontar las obras infructuosas de las tinieblas. La exhortación apostólica no negaba su identidad; procuraba llevar su andar a una mayor correspondencia con ella. Esto es coherencia espiritual.

Es la obra mediante la cual el Espíritu, renovando nuestro entendimiento y formando a Cristo en nosotros, reduce progresivamente la distancia entre la vida recibida y la vida manifestada.

No estamos hablando de perfección instantánea. Si coherencia significara ausencia absoluta de toda contradicción, ninguno de nosotros podría ser considerado coherente. Todavía estamos siendo transformados de gloria en gloria y conocemos áreas donde nuestras reacciones no

corresponden plenamente con la vida que confesamos haber recibido.

La madurez comienza cuando dejamos de justificar esa distancia. Un niño puede reaccionar de manera inmadura y su conducta resulta comprensible por causa de su edad. Pero si después de treinta años continúa reaccionando exactamente de la misma manera, ya no podemos considerar normal aquello que alguna vez fue propio de una etapa. El tiempo debería producir crecimiento.

De manera semejante, hay contradicciones espirituales que pueden aparecer durante nuestro proceso de formación, pero no deberíamos construir una teología destinada a protegerlas indefinidamente. La gracia nos recibe como estamos, pero está demasiado comprometida con el propósito de Dios para dejarnos permanentemente de la misma manera.

Pablo escribió a Tito: ***“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente”*** (Tito 2:11 y 12). Observe que la gracia enseña. No solamente perdona nuestro pasado; nos forma para vivir de otra manera.

Una gracia que jamás confronta nuestra incoherencia ha sido reducida a tolerancia humana. La gracia de Dios transforma. Esto no ocurre mediante presión religiosa, sino por la operación del Espíritu en aquellos que se rinden a Su

gobierno. Pablo dice: ***“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”*** (Gálatas 5:25). Otra vez encontramos el mismo orden. Vivimos por el Espíritu; por lo tanto, aprendamos a andar conforme a Él.

Quizás aquí podamos comprender mejor por qué algunas contradicciones de nuestra vida resultan tan dolorosas. No se trata solamente de haber cometido un error. Hay momentos en que sentimos profundamente que determinada reacción no corresponde con aquello que somos en Cristo.

Pronunciamos palabras cargadas de dureza y, casi inmediatamente, algo dentro de nosotros testifica que esa manera de hablar no expresa la vida recibida. Alimentamos un resentimiento y el Espíritu confronta nuestra conciencia porque fuimos alcanzados por una gracia que perdona. Cedemos al temor mientras llevamos dentro el Espíritu de adopción.

La incomodidad puede ser evidencia de vida. Un muerto no experimenta conflicto con la muerte. Pablo describe en Gálatas una oposición entre la carne y el Espíritu: ***“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí”*** (Gálatas 5:17). La existencia de esta batalla no demuestra necesariamente ausencia de vida espiritual. Precisamente hay conflicto porque una nueva realidad está presente. El problema comienza cuando hacemos las paces con aquello que contradice la vida recibida.

Podemos acostumbrarnos a ciertas incoherencias hasta dejar de percibir las. Aprendemos a predicar acerca del amor mientras protegemos resentimientos, enseñamos sobre la confianza en Dios mientras nuestras decisiones son gobernadas permanentemente por el temor y proclamamos libertad mientras conservamos cuidadosamente cadenas que no deseamos abandonar.

La familiaridad puede volver tolerable aquello que debería producirnos una santa incomodidad. No hablo de vivir examinándonos obsesivamente ni buscando pecado detrás de cada pensamiento. Una espiritualidad concentrada permanentemente en el propio fracaso termina siendo tan antropocéntrica como aquella que exalta las capacidades humanas. Nuestra mirada debe permanecer en Cristo. Pero contemplar a Cristo inevitablemente revela distancias.

Isaías vio al Señor alto y sublime y tomó conciencia de sus labios. Pedro contempló una manifestación extraordinaria del poder de Jesús y cayó de rodillas diciendo: ***“Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador...”*** Juan, el discípulo amado que había reclinado su cabeza sobre el pecho de Jesús, cayó como muerto cuando contempló al Cristo glorificado. La verdadera revelación no alimenta nuestra autosatisfacción. Nos transforma.

Pablo dice que mirando la gloria del Señor somos transformados en la misma imagen. La coherencia espiritual no se produce contemplándonos interminablemente a

nosotros mismos, sino permaneciendo frente a Cristo hasta que el Espíritu forme en nosotros aquello que vemos en Él.

Cuanto más conocemos al Hijo, más evidente resulta aquello que no corresponde con Su naturaleza. No necesitamos una lista religiosa infinita para identificar cada posible error; la vida misma comienza a desarrollar discernimiento.

Un hijo que conoce profundamente el corazón de su padre puede llegar a comprender qué le agrada incluso antes de recibir una orden específica. La comunión produce sensibilidad. De la misma manera, crecer en Cristo nos permite reconocer progresivamente aquello que corresponde con Su vida.

Pablo oraba por los filipenses para que su amor abundara ***“más y más en ciencia y en todo conocimiento, para que aprobéis lo mejor”*** (Filipenses 1:9 y 10). La madurez no consiste solamente en distinguir entre lo evidentemente bueno y lo claramente malo. Aprende a discernir aquello que corresponde mejor con la naturaleza y el propósito de Cristo.

Por eso la coherencia espiritual alcanza cada dimensión de nuestra existencia. No puede quedar limitada al comportamiento visible durante una reunión. Si la vida de Cristo está en nosotros, esa vida procura encontrar expresión en nuestra manera de tratar a la familia, administrar el dinero, utilizar nuestras palabras, enfrentar una ofensa, ejercer

autoridad y responder frente a quienes no pueden ofrecernos ningún beneficio. Sin duda, la vida recibida busca manifestación.

Jesús dijo que una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder y que nadie enciende una luz para colocarla debajo de un almud. La naturaleza de la luz es alumbrar. Cuando permanece oculta, no ha perdido necesariamente su naturaleza, pero no está cumpliendo el propósito para el cual fue encendida.

Tal vez gran parte de nuestra frustración espiritual provenga de esta distancia. Sabemos más de lo que vivimos, hemos recibido más luz de la que manifestamos y comprendemos verdades que todavía no han alcanzado todas nuestras decisiones. Entonces buscamos una nueva revelación esperando que ella resuelva la incomodidad producida por la anterior.

Pero quizás no necesitamos otra palabra. Quizás necesitamos caminar en la luz que ya recibimos. Santiago escribió: ***“Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos”*** (Santiago 1:22). El engaño aparece cuando escuchar produce una sensación de avance que no está acompañada por transformación. Podemos emocionarnos con una verdad, tomar notas, compartirla con otros y hasta enseñarla, mientras nuestra manera de vivir permanece intacta.

La revelación que no alcanza nuestra vida puede convertirse en información religiosa. Y nosotros no fuimos llamados simplemente a conocer la verdad, fuimos llamados a andar en ella.

Aquí aparece finalmente el corazón de la co-herencia. Somos coherederos con Cristo y, precisamente por eso, deseamos vivir en coherencia con la vida recibida. No obedecemos para conquistar la herencia ni procuramos comportarnos correctamente para convencer al Padre de que nos incluya en Su casa. La herencia precede a nuestra respuesta.

Pero aquello que recibimos es demasiado glorioso para vivir ignorándolo. Somos luz en el Señor; andemos como hijos de luz. Hemos sido libertados; no volvamos al yugo. Somos hijos; dejemos de pensar como esclavos. Vivimos por el Espíritu; aprendamos a andar por el Espíritu. No para convertirnos en aquello que todavía no somos, sino porque, en Cristo, hemos recibido una vida que merece encontrar expresión.

Tal vez la madurez espiritual pueda comprenderse precisamente de esta manera: permitir que el Espíritu reduzca cada día un poco más la distancia entre aquello que Dios hizo de nosotros en Cristo y aquello que el mundo puede ver cuando observa nuestra vida. Nunca seremos la fuente, porque la vida sigue siendo de Cristo. Pero fuimos llamados a manifestarla. Y quizás ha llegado el tiempo de vivir a la altura de lo que hemos recibido.

Capítulo catorce

UNA VIDA DIGNA DE LO RECIBIDO

“Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados.”

Efesios 4:1

Hay palabras bíblicas que pueden resultar peligrosas cuando las escuchamos desde una mentalidad religiosa. No porque exista algún problema en ellas, sino porque nuestra manera de interpretarlas puede estar condicionada por años de pensamientos contruidos alrededor del mérito, la recompensa y el esfuerzo humano. Una de esas palabras es *“digno”*. Cuando escuchamos que debemos vivir dignamente delante de Dios, podemos imaginar inmediatamente una especie de examen espiritual donde nuestras acciones determinarán si merecemos conservar aquello que Cristo nos dio.

La religión comprende perfectamente el lenguaje del mérito. Si hacemos lo correcto, recibimos; si fallamos, perdemos. Si alcanzamos determinado nivel de consagración, Dios nos acepta; si nuestra conducta no

satisface las medidas establecidas, debemos esforzarnos hasta recuperar Su favor. Dentro de este sistema, vivir dignamente significa acumular suficientes méritos para justificar nuestra presencia delante de Dios.

Pero el Evangelio del Reino destruye esta lógica desde sus fundamentos. Nadie es digno de la gracia porque, si pudiéramos merecerla, dejaría de ser gracia. Pablo dice claramente: ***“Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia” (Romanos 11:6)***. La obra de Cristo no fue una ayuda divina destinada a completar aquello que nosotros casi habíamos logrado. Estábamos muertos en delitos y pecados, éramos incapaces de producir nuestra propia reconciliación y no poseíamos recurso alguno con el cual comprar la justicia de Dios.

Cristo murió por nosotros siendo aún pecadores. La gracia llegó antes que nuestros méritos. Por eso, cuando Pablo ruega a los efesios que anden ***“como es digno de la vocación con que fueron llamados...”*** no puede estar enseñando que ahora deben comenzar a merecer aquello que ya les presentó durante los primeros tres capítulos de la carta. Antes de formular esta exhortación, el apóstol ha declarado que fueron escogidos en Cristo, adoptados como hijos, aceptos en el Amado, redimidos por Su sangre, sellados con el Espíritu Santo de la promesa, vivificados juntamente con Cristo y sentados con Él en los lugares celestiales.

Todo esto aparece antes de **Efesios 4**. Primero Pablo anuncia lo que Dios hizo, después ruega que vivamos de

manera correspondiente. Este orden no es accidental. Constituye la arquitectura espiritual de la carta y expresa perfectamente la dinámica del Nuevo Pacto. Los primeros capítulos establecen identidad, posición y gracia; los siguientes muestran cómo esa realidad debería encontrar expresión en la vida de los creyentes.

Podríamos decir que Pablo coloca delante de la Iglesia la inmensidad de lo recibido y luego pregunta: ¿cómo vive alguien que ha recibido semejante gracia? No para merecerla, sino para corresponder a ella. Aquí encontramos una dimensión esencial de la co-herencia.

La coherencia espiritual no procura pagarle a Dios por Sus beneficios, porque la gracia no genera una deuda comercial. Si alguien nos entrega un regalo y luego exige un pago equivalente, nunca hubo un verdadero regalo. Dios no nos dio a Su Hijo para convertirnos en deudores intentando compensar eternamente el valor de Su sacrificio. Además, sería imposible.

¿Qué podríamos entregar a cambio de Cristo? ¿Qué cantidad de oración pagaría Su sangre? ¿Cuántos años de servicio podrían compensar la cruz? ¿Qué nivel de santidad humana alcanzaría el valor del Hijo eterno entregado por nosotros? La sola idea resulta absurda. Por eso nuestra obediencia nunca puede ser una moneda, es una respuesta.

Juan escribió: ***“Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”*** (1 Juan 4:19). Esta breve declaración

contiene el orden completo de la vida cristiana. Nuestro amor es respuesta a un amor anterior. No comenzamos una relación intentando despertar el interés de Dios; fuimos alcanzados por Aquel que nos amó cuando todavía vivíamos lejos.

Pablo utiliza el lenguaje de una vida digna en varias de sus cartas. A los filipenses les dice: ***“Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo”*** (Filipenses 1:27). A los colosenses expresa su deseo de que anden ***“como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra”*** (Colosenses 1:10). A los tesalonicenses les recuerda cómo los exhortaba a que anduvieran ***“como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria”*** (1 Tesalonicenses 2:12).

En cada caso existe una realidad gloriosa que precede a la exhortación. Pablo no coloca al creyente frente a un vacío pidiéndole que produzca una vida extraordinaria mediante su voluntad. Lo confronta con aquello que ha recibido y lo llama a vivir en correspondencia con esa realidad. Esto cambia completamente la motivación de la obediencia.

Dos personas pueden realizar exactamente la misma acción y, sin embargo, hacerlo desde fuentes espirituales profundamente diferentes. Ambas pueden orar durante una hora. Una intenta convencer a Dios de que merece ser escuchada; la otra disfruta del acceso que Cristo abrió. Ambas pueden servir intensamente. Una busca construir una identidad mediante su ministerio; la otra sirve porque sabe quién es y desea participar del propósito del Padre.

Externamente pueden parecer iguales, pero una vive intentando obtener y la otra responde a lo recibido. La motivación importa porque tarde o temprano determinará la salud de nuestra vida espiritual. Quien obedece para conquistar aceptación vivirá permanentemente evaluando su desempeño. Los días de aparente éxito producirán orgullo y los fracasos traerán condenación. Su relación con Dios será semejante a una cuenta corriente emocional donde cada buena obra aumenta el saldo y cada debilidad parece llevarla nuevamente a números negativos.

La gracia nos saca de ese sistema, porque llegamos a comprender que nuestra aceptación está en el Amado. Esto no vuelve irrelevante nuestra conducta. Por el contrario, le otorga una motivación mucho más profunda. Cuando comprendemos el valor de aquello que recibimos, nace el deseo de vivir de una manera que corresponda con esa gracia.

Pablo expresa este principio al escribir a Tito acerca de la conducta de los siervos. Les pide que sean fieles ***“para que en todo adornen la doctrina de Dios nuestro Salvador”*** (Tito 2:10). La expresión es hermosa. La doctrina puede ser adornada mediante una vida que corresponde con ella. No significa mejorar la verdad. La verdad no necesita nuestra ayuda para ser verdadera, pero nuestra manera de vivir puede hacer visible su belleza, así como también puede oscurecerla.

Cuando proclamamos que Dios es Padre y vivimos permanentemente dominados por una mentalidad de orfandad, existe una distancia entre nuestro mensaje y

nuestra experiencia. Cuando predicamos libertad mientras protegemos voluntariamente nuestras cadenas, la verdad continúa siendo verdadera, pero nuestra vida no la está adornando.

Cuando anunciamos un Evangelio de reconciliación y nuestras comunidades permanecen llenas de enemistades, divisiones y resentimientos, el problema no está en el Evangelio, está en la falta de correspondencia. Quizás por eso Pablo utiliza una expresión tan fuerte en **Romanos 2** cuando confronta a quienes enseñaban la Ley mientras vivían contradiciendo aquello que enseñaban: ***“Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros” (Romanos 2:24).***

La incoherencia tiene una dimensión misionera. Nuestra vida habla acerca del Dios que proclamamos. Esto no significa que debemos fingir perfección para proteger la reputación divina. Durante años, algunas comunidades cristianas desarrollaron una cultura de apariencia precisamente por temor al testimonio. Los problemas se escondían, las debilidades se negaban y las familias aprendían a sonreír durante las reuniones, aunque estuvieran destruyéndose internamente. Eso tampoco es coherencia, solo es actuación religiosa.

La vida digna del Evangelio no consiste en aparentar una perfección que todavía no hemos alcanzado. La verdad también se manifiesta cuando reconocemos humildemente

nuestras fallas, pedimos perdón y permitimos que la gracia produzca transformación.

Pedro negó a Jesús, no podía borrar lo ocurrido, pero permitió que Cristo restaurara su vida. La incoherencia no está solamente en fallar. También puede estar en resistir obstinadamente la obra del Espíritu Santo que procura confrontar nuestra falla. Todos tropezamos de muchas maneras, dice Santiago. La madurez no consiste en construir una imagen donde jamás cometemos errores, sino en desarrollar una sensibilidad que nos impida convertir nuestros errores en una residencia permanente.

Una vida digna responde a la gracia. Por eso Pablo, después de presentar durante once capítulos las misericordias de Dios en Romanos, comienza el capítulo doce diciendo: ***“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios”*** (Romanos 12:1).

La entrega aparece como respuesta. Pablo no dice: “Presenten sus cuerpos para conseguir misericordia”. Primero ha explicado la justificación, la unión con Cristo, la vida en el Espíritu, la adopción y la fidelidad del propósito divino. Después de contemplar semejante obra, dice: ***“Así que...”***

Ese ***“así que”*** contiene la lógica de la gracia. Porque Dios hizo esto, respondamos de esta manera. La obediencia del Nuevo Pacto nace de una revelación de la obra de Cristo.

Cuanto más comprendemos la gracia, menos sentido tiene vivir voluntariamente contradiciéndola. No porque temamos perder el amor del Padre a cada paso, sino porque comenzamos a valorar aquello que hemos recibido.

Imaginemos a una persona rescatada de una prisión injusta después de muchos años. Alguien pagó un precio extraordinario para conseguir su libertad y finalmente las puertas fueron abiertas. Sería difícil comprender que, una vez fuera, decidiera regresar voluntariamente a la celda, cerrar la puerta y continuar viviendo como prisionera. Legalmente libre, pero existencialmente encarcelada.

Algo semejante ocurre cuando Pablo pregunta a los gálatas: ***“¿Cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar?”*** (Gálatas 4:9). Su preocupación no era que Cristo hubiera fallado en liberarlos. Precisamente porque habían sido libertados, su regreso a la esclavitud resultaba incoherente.

La gracia recibida establece una nueva medida para nuestra vida. No una medida destinada a condenarnos, sino una referencia que revela hacia dónde el Espíritu desea conducirnos. La medida es Cristo. Pablo dice que los dones ministeriales trabajan en la edificación del cuerpo ***“hasta que todos lleguemos... a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”*** (Efesios 4:13).

Cuando nos comparamos con otros creyentes, siempre encontraremos una manera de sentirnos superiores o inferiores. Podemos buscar a alguien cuya conducta parezca peor y utilizarlo para justificar nuestra mediocridad, o contemplar a una persona más madura y caer en frustración. Pero nuestra medida no es otro hermano, es Cristo. Y frente a Él todos continuamos creciendo.

Esto debería producir humildad sin resignación. Humildad porque ninguno puede afirmar que ha alcanzado la plenitud de Su estatura; pero también expectativa porque el Espíritu continúa trabajando para conformarnos a Su imagen.

Vivir dignamente significa permitir que nuestra manera de vivir corresponda progresivamente con la magnitud de nuestro llamamiento. Si fuimos llamados a comunión con el Hijo, no podemos considerar normal una vida permanentemente indiferente a Su presencia. Si fuimos incorporados a un cuerpo, no podemos celebrar un individualismo que desprecia a los hermanos. Si recibimos el ministerio de la reconciliación, debemos examinar nuestra facilidad para producir divisiones.

No se trata de elaborar una lista interminable de prohibiciones, se trata de contemplar lo recibido. La coherencia comienza cuando permitimos que la herencia establezca la medida de nuestra respuesta. Tal vez durante años preguntamos: “¿Esto está permitido?”. Queríamos conocer el límite exacto entre aquello que podíamos hacer sin sentir culpa y aquello que sería considerado pecado. Pero la

madurez formula otra pregunta: “¿Esto corresponde con la vida que hemos recibido?”.

La primera pregunta busca límites, la segunda busca coherencia. Pablo escribió a los corintios: ***“Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen”*** (1 Corintios 6:12). Un hijo maduro no necesita vivir permanentemente frente a una lista intentando descubrir cuánto puede acercarse al borde sin caer. Ha comenzado a discernir aquello que conviene con su identidad y propósito.

Quizás aquí se encuentre una de las expresiones más profundas de libertad. No la capacidad de hacer cualquier cosa, sino la posibilidad de vivir gobernados por una vida superior. Cristo era absolutamente libre y, sin embargo, podía decir: ***“Yo hago siempre lo que le agrada al Padre”*** (Juan 8:29). Su obediencia no era esclavitud. Era perfecta correspondencia de amor.

Nosotros estamos siendo formados hacia esa misma imagen. Todavía existen distancias. Hay áreas donde nuestra vida no corresponde plenamente con aquello que confesamos y momentos donde reaccionamos desde viejos patrones. Pero no necesitamos negar esas contradicciones ni construir argumentos para justificarlas. Podemos llevarlas a la luz.

El Espíritu Santo no nos confronta para expulsarnos de la herencia, nos confronta porque somos hijos. El Padre está formando en nosotros una vida que corresponda con la casa a la que pertenecemos. No procura convertirnos en actores

religiosos capaces de representar correctamente un personaje cristiano, sino manifestar desde nuestro interior la vida del Hijo.

Por eso vivir dignamente nunca será una carga impuesta desde afuera. Es una respuesta nacida de la revelación. Hemos recibido gracia, hemos recibido vida, hemos recibido al Espíritu, hemos sido llamados al Reino y a la gloria de Dios.

Ahora aprendemos a caminar de una manera correspondiente. No para merecer lo recibido, sino porque comenzamos a comprender su valor. Eso es co-herencia. La vida del heredero aprendiendo a corresponder con la herencia.



Capítulo quince

EL FRUTO NO PUEDE NEGAR LA RAÍZ

“¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce.”

Santiago 3:11 y 12

Hay contradicciones que, por repetirse durante mucho tiempo, terminan pareciéndonos normales. Cuando una determinada manera de vivir se vuelve habitual, dejamos de preguntarnos si corresponde con aquello que creemos y comenzamos simplemente a convivir con ella. Desarrollamos explicaciones, encontramos argumentos que justifican nuestras reacciones y, algunas veces, hasta incorporamos nuestras incoherencias a la descripción que hacemos de nosotros mismos. “Yo soy así”, decimos, como si una antigua forma de conducta tuviera más autoridad para definirnos que la vida recibida en Cristo.

Santiago utiliza imágenes tan sencillas que resulta difícil escapar de la fuerza de su argumento. Una fuente no

debería producir simultáneamente agua dulce y amarga, una higuera no produce aceitunas y una vid no puede dar higos. El fruto mantiene una relación inevitable con la naturaleza de aquello que lo produce y, precisamente por eso, Santiago confronta a creyentes que utilizaban la misma boca para bendecir a Dios y maldecir a hombres hechos a Su semejanza.

***“De una misma boca proceden bendición y maldición.
Hermanos míos, esto no debe ser así.”***

Santiago 3:10

Observemos cuidadosamente la manera en que el apóstol confronta el problema. No les dice que la contradicción es comprensible y que, por lo tanto, deberían aceptarla indefinidamente. Tampoco concluye inmediatamente que nunca conocieron a Dios. Los llama ***“hermanos míos”*** y, desde esa relación, declara con claridad: ***“Esto no debe ser así”***.

Hay algo profundamente saludable en esta clase de confrontación. Santiago no necesita negar la condición de sus hermanos para señalar una conducta incoherente, pero tampoco utiliza la gracia como argumento para normalizar aquello que contradice la vida de Dios. Reconoce la existencia de una distancia y llama a los creyentes a enfrentarla.

Quizás nosotros necesitamos recuperar esta capacidad. Durante años, ciertos ambientes religiosos utilizaron la

confrontación como una herramienta de condenación. Se señalaban errores desde la superioridad, se exponían debilidades sin misericordia y muchas personas aprendieron a relacionarse con Dios bajo una permanente sensación de fracaso. La reacción frente a esos abusos fue comprensible, pero en algunos casos avanzamos hacia el extremo opuesto y comenzamos a considerar que toda confrontación amenaza la gracia. Sin embargo, el amor también dice: ***“Esto no debe ser así”***.

Un padre que observa a su hijo destruyendo su vida no demuestra amor ignorando aquello que ocurre. La aceptación no significa indiferencia y la gracia jamás debería ser confundida con una aprobación pasiva de todo comportamiento. Jesús podía recibir a una mujer sorprendida en adulterio, silenciar a sus acusadores y negarse a condenarla, pero también podía decirle: ***“Vete, y no peques más” (Juan 8:11)***. La gracia que impidió que las piedras la destruyeran también abrió delante de ella la posibilidad de una vida diferente.

Esta es la perspectiva desde la cual debemos examinar nuestras incoherencias. No estamos buscando piedras para arrojarlos a nosotros mismos ni procurando construir una nueva lista de motivos para sentirnos indignos. Estamos preguntando si el fruto que aparece en nuestra vida corresponde con la raíz de la que afirmamos participar.

Jesús dijo: ***“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos” (Juan 15:5)***. Nuestra vida espiritual procede de nuestra unión

con Él y, por lo tanto, el fruto esperado tiene que guardar relación con Su naturaleza. El Padre no busca en nosotros una imitación externa de Cristo producida mediante esfuerzo religioso; espera el fruto de la vida del Hijo operando por el Espíritu.

Por eso ciertas contradicciones deberían inquietarnos. No porque un error ocasional demuestre automáticamente que carecemos de vida, sino porque la permanencia voluntaria en aquello que niega la naturaleza de Cristo revela una seria falta de correspondencia. Una cosa es tropezar mientras aprendemos a caminar y otra muy diferente instalar una silla en el lugar de nuestra caída y decidir que viviremos allí.

Juan escribió: ***“El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo”*** (1 Juan 2:6). Esta declaración podría parecer abrumadora si la interpretáramos como una demanda de perfección instantánea, pero ese no es el propósito del apóstol. En la misma carta reconoce que, si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Juan conoce la realidad de nuestras fallas, pero se niega a construir una espiritualidad donde permanecer en Cristo no tenga ninguna consecuencia sobre nuestra manera de vivir.

Decir y andar necesitan acercarse, así como confesar y manifestar necesitan encontrarse. La vida recibida debe producir fruto. Esta fue precisamente una de las grandes confrontaciones de Jesús con los religiosos de Su tiempo. Los

fariseos poseían un lenguaje correcto acerca de Dios, conocían las Escrituras y podían defender públicamente su celo por la Ley, pero Jesús señaló la distancia existente entre su apariencia y su realidad interior. Los llamó sepulcros blanqueados porque por fuera se mostraban hermosos mientras dentro estaban llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. El problema no era simplemente una falla moral, era una contradicción entre apariencia y realidad.

La coherencia espiritual trabaja en la dirección opuesta. No procura mejorar la apariencia mientras escondemos la condición interior, sino permitir que la vida de Cristo transforme la raíz para que el fruto pueda corresponder verdaderamente con ella.

Por eso Jesús enseñó: ***“El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca”*** (Lucas 6:45). Nuestras palabras, reacciones y decisiones pueden revelar áreas interiores que todavía necesitan ser rendidas al gobierno del Espíritu.

A veces culpamos exclusivamente a las circunstancias por aquello que manifestamos. Decimos que reaccionamos con ira porque alguien nos provocó, que hablamos con dureza porque estábamos cansados o que actuamos desde el temor porque la situación era verdaderamente difícil. Las circunstancias ciertamente ejercen presión y no deberíamos

ignorar nuestra fragilidad humana, pero la presión muchas veces no crea aquello que aparece; simplemente lo expone.

Si apretamos una naranja, esperamos jugo de naranja. La presión no determina la naturaleza del contenido, sino que permite que aquello que estaba dentro encuentre una salida. De manera semejante, ciertos momentos difíciles pueden revelar pensamientos, temores y resentimientos que permanecían ocultos mientras todo estaba bajo control.

Esto no debería llevarnos a odiar nuestra vida interior, sino a permitir que el Espíritu ilumine aquello que necesita transformación. David oraba: ***“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno”*** (Salmo 139:23 y 24). No estaba practicando una introspección enfermiza. Abría su corazón delante de Dios porque sabía que necesitaba ser guiado.

La luz de Dios no revela para humillar, revela para sanar y conducir. Tal vez una de las incoherencias más evidentes de nuestro tiempo se encuentra en nuestra manera de utilizar las palabras. Nunca antes tantas personas tuvieron la posibilidad de expresar públicamente sus pensamientos de manera inmediata. Las redes sociales convirtieron cada acontecimiento en una invitación a opinar y cada controversia en un escenario donde miles de voces compiten por demostrar quién posee la interpretación correcta.

Los creyentes también participamos de esta dinámica y, lamentablemente, no siempre resulta sencillo distinguir la naturaleza de nuestras palabras de aquellas producidas por el sistema que nos rodea. Podemos publicar versículos por la mañana y destruir la dignidad de una persona por la tarde. Hablamos de gracia en nuestras reuniones y utilizamos la burla, el desprecio y la acusación cuando alguien representa una posición que rechazamos.

Santiago continúa preguntando. ¿Puede una misma fuente dar agua dulce y amarga? La pregunta no debería ser respondida demasiado rápidamente. Quizás necesitamos permitir que penetre nuestras defensas. No se trata de decidir si tenemos derecho a señalar el error. La verdad debe ser defendida y las Escrituras nos llaman a confrontar aquello que contradice el Evangelio. La pregunta es si la manera en que lo hacemos corresponde con la fuente de la que afirmamos beber.

Jesús estaba lleno de gracia y de verdad. Nosotros solemos dividir aquello que en Él permanecía perfectamente unido. Algunos defienden la verdad sin gracia y terminan utilizando la doctrina como una piedra. Otros hablan de gracia sin verdad y convierten el amor en una tolerancia incapaz de confrontar aquello que destruye. Cristo no necesitaba sacrificar una para manifestar la otra.

La coherencia espiritual no consiste simplemente en tener razón. También pregunta si la naturaleza de Cristo está presente en nuestra manera de expresar aquello que

consideramos verdadero. Pablo dijo que el siervo del Señor ***“no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen”*** (2 Timoteo 2:24 y 25). Corregir y ser manso no son acciones incompatibles. Solamente parecen incompatibles cuando hemos aprendido a confrontar desde la carne.

También resulta incoherente predicar acerca del perdón mientras alimentamos cuidadosamente antiguos resentimientos. Podemos explicar teológicamente la gracia, enseñar que fuimos perdonados por la sangre de Cristo y emocionarnos cantando acerca de Su misericordia, pero conservar durante años una lista interior de las personas que nos lastimaron.

No siempre llamamos resentimiento a nuestro resentimiento. Algunas veces lo llamamos prudencia, memoria o discernimiento. Ciertamente perdonar no significa ignorar todo riesgo ni restaurar automáticamente la confianza sin un proceso. Hay relaciones donde necesitamos establecer límites saludables y situaciones de abuso que jamás deberían ser justificadas mediante una enseñanza superficial sobre el perdón.

Pero también debemos reconocer nuestra extraordinaria capacidad para bautizar la amargura con nombres espiritualmente aceptables. El Espíritu sabe distinguir. Nosotros también solemos saberlo cuando permitimos que Su luz alcance nuestro corazón.

Pablo escribió: ***“Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo”*** (Efesios 4:32). Observe nuevamente la raíz de la exhortación. No dice simplemente que perdonar es una conducta moralmente superior. La medida de nuestra respuesta se encuentra en aquello que recibimos: ***“Como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo”***. La herencia establece la correspondencia.

Fuimos perdonados y aprendemos a perdonar. Fuimos amados y aprendemos a amar. Recibimos misericordia y comenzamos a tratar misericordiosamente a otros. No estamos produciendo una virtud independiente; permitimos que aquello que nos alcanzó encuentre continuidad a través de nuestra vida.

Jesús contó la parábola de un siervo al que le fue perdonada una deuda imposible de pagar y que, después de salir de la presencia de su señor, tomó por el cuello a un consero que le debía una cantidad infinitamente menor. La escena resulta tan absurda precisamente por la distancia entre la misericordia recibida y la conducta manifestada.

El siervo había experimentado perdón, pero el perdón no había gobernado su manera de relacionarse. Esta es la esencia de la incoherencia espiritual. No es simplemente hacer algo malo; es vivir de una manera que niega prácticamente aquello que hemos recibido.

Podemos hablar de libertad y continuar alimentando esclavitudes secretas. Podemos proclamar que nuestro cuerpo es templo del Espíritu mientras lo tratamos con absoluto descuido. Podemos enseñar acerca de la familia de Dios y vivir aislados de toda relación donde alguien tenga la posibilidad de conocernos verdaderamente. Podemos celebrar la generosidad del Padre y administrar cada recurso desde el temor a la escasez.

La lista podría ser interminable, pero no deseo convertir este capítulo en un catálogo de contradicciones cristianas. El propósito no es identificar cada posible incoherencia, sino establecer una pregunta que pueda acompañarnos mucho después de terminar estas páginas: ¿corresponde este fruto con la vida que he recibido? Esta es una pregunta sencilla, pero profundamente reveladora.

Antes de hablar, podemos preguntarnos si nuestras palabras corresponden con la fuente. Antes de reaccionar frente a una ofensa, podemos recordar la misericordia que nos alcanzó. Cuando el temor pretende gobernar nuestras decisiones, podemos preguntarnos si estamos respondiendo como hijos o regresando a una mentalidad de esclavitud.

No siempre responderemos correctamente, pero comenzar a reconocer la distancia ya es parte de la madurez. El problema más serio no es descubrir incoherencias. Todos las tenemos en diferentes áreas y el Espíritu continúa trabajando en nosotros. El verdadero peligro aparece cuando perdemos la disposición a ser confrontados y construimos

explicaciones destinadas a proteger aquello que no deseamos rendir.

Jesús preguntó a ciertos hombres: “¿*Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?*” (**Lucas 6:46**). La repetición del título no podía reemplazar la correspondencia de la vida. Confesar Su señorío mientras resistimos conscientemente Su gobierno produce una contradicción que ninguna intensidad religiosa puede ocultar.

La buena noticia es que el Espíritu no ha abandonado Su obra. Aquel que comenzó en nosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (**Filipenses 1:6**). Esto no significa que podamos sentarnos pasivamente esperando una transformación automática, sino que nuestra esperanza de cambio no descansa finalmente en nuestra fuerza de voluntad. Dios obra en nosotros el querer y el hacer por Su buena voluntad, y nosotros aprendemos a responder a esa operación.

Cuando el Espíritu señala una incoherencia, no está invitándonos a fabricar una versión mejorada de nosotros mismos, está llamándonos a rendir un área a la vida de Cristo. Quizás hemos intentado corregir demasiado fruto sin permitir que Dios trate con la raíz. Controlamos palabras durante un tiempo, pero no enfrentamos la amargura que las produce. Procuramos dominar una conducta visible sin permitir que el Espíritu renueve la manera de pensar que la sostiene. Entonces vivimos agotados, intentando mantener

exteriormente una forma que no corresponde con aquello que continúa gobernándonos por dentro.

El Nuevo Pacto va hacia el corazón. Dios escribe Sus leyes allí (**Jeremías 31:33**). El Espíritu transforma desde adentro. Por eso la co-herencia no es maquillaje espiritual. No consiste en aprender a parecernos a personas coherentes mientras conservamos intactas nuestras contradicciones interiores. Es la obra profunda de Dios llevando la vida recibida hacia cada rincón de nuestra existencia hasta que el fruto comience a revelar con mayor claridad la naturaleza de la raíz.

Seguiremos creciendo. Todavía habrá momentos donde nuestras palabras, pensamientos o reacciones nos recuerden cuánto necesitamos a Cristo. Pero no llamaremos normal a aquello que niega Su vida ni utilizaremos la gracia para proteger nuestra inmadurez. Somos pámpanos unidos a la Vid, la raíz determina la vida.

Y si la vida de Cristo está verdaderamente operando en nosotros, llegará un momento en que el fruto tendrá que comenzar a contar la misma historia.



PARTE VI

HEREDEROS QUE GOBIERNAN

Capítulo dieciséis

EL RIESGO DE ACOSTUMBRARSE A LA INCOHERENCIA

“Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos.”

Santiago 1:22

El ser humano posee una extraordinaria capacidad de adaptación. Podemos acostumbrarnos a circunstancias que inicialmente nos resultaban incómodas, aprender a convivir con sonidos que antes perturbaban nuestro descanso y dejar de percibir olores que llamaron inmediatamente nuestra atención cuando entramos por primera vez a un lugar. Aquello que se repite durante suficiente tiempo puede perder progresivamente su capacidad de producir una reacción en nosotros, no porque haya desaparecido, sino porque nuestros sentidos aprendieron a considerarlo parte normal del ambiente.

Esta capacidad puede resultar útil para la vida cotidiana, pero también encierra un peligro cuando aparece en nuestra experiencia espiritual. Podemos acostumbrarnos a vivir con contradicciones que alguna vez nos incomodaron,

aceptar como normales ciertas distancias entre aquello que creemos y aquello que manifestamos, y llegar a un punto donde la incoherencia deja de producir preguntas. No hemos resuelto el problema ni experimentado transformación; simplemente aprendimos a convivir con él.

Tal vez hubo un tiempo en que determinadas palabras nos dolían después de pronunciarlas. El Espíritu confrontaba rápidamente nuestra conciencia y sabíamos que aquella manera de hablar no correspondía con la vida de Cristo. Sin embargo, si resistimos repetidamente esa convicción, comenzamos a desarrollar explicaciones. Primero decimos que estábamos cansados, después que la otra persona nos provocó y finalmente incorporamos la dureza a nuestra personalidad afirmando que siempre fuimos directos y que los demás necesitan aprender a aceptarnos como somos.

La conducta no cambió, cambió nuestra sensibilidad frente a la incoherencia. Este es uno de los peligros más silenciosos de la incoherencia espiritual. Cuando la distancia entre lo recibido y lo vivido se prolonga sin que permitamos al Espíritu trabajar en ella, podemos terminar modificando nuestra interpretación de la vida cristiana para que nuestra condición presente deje de resultarnos incómoda. En lugar de permitir que la verdad transforme nuestra experiencia, reducimos la verdad hasta que pueda convivir cómodamente con ella.

Santiago advierte acerca de este engaño cuando escribe: *“Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente*

oidores, engañándoos a vosotros mismos". Resulta significativo que el engaño mencionado por el apóstol no provenga directamente de un falso maestro ni de una doctrina herética. La persona puede escuchar la Palabra correcta y, aun así, engañarse. El problema no está en aquello que oye, está en la ausencia de correspondencia.

Santiago compara al oidor que no hace con un hombre que contempla su rostro natural en un espejo y, después de mirarse, se marcha y olvida cómo era. El espejo cumplió perfectamente su función. Mostró una imagen verdadera y permitió que la persona viera aquello que no podía observar directamente sin su ayuda. Sin embargo, la revelación obtenida frente al espejo no produjo ninguna consecuencia porque fue olvidada.

La Palabra también funciona como espejo. No solamente nos entrega información acerca de Dios; revela nuestra condición a la luz de Su verdad. Podemos leer acerca del amor y descubrir resentimientos que habíamos justificado, contemplar la humildad de Cristo y reconocer nuestra necesidad de reconocimiento, o escuchar las palabras de Jesús acerca de la confianza en el Padre y advertir cuánto de nuestra vida continúa gobernado por el temor.

El problema comienza cuando aprendemos a mirar el espejo sin permitir que aquello que vemos modifique nuestra manera de vivir. Es posible desarrollar una sorprendente familiaridad con la revelación. Podemos escuchar mensajes extraordinarios, emocionarnos profundamente y reconocer

que Dios habló a nuestro corazón, pero unas horas después continuar exactamente de la misma manera. Con el tiempo, incluso podemos aprender a disfrutar la sensación de ser confrontados sin desarrollar una verdadera disposición a cambiar.

Esto resulta particularmente peligroso en ambientes donde existe abundancia de enseñanza. La riqueza de la Palabra debería producir crecimiento, pero también puede crear una ilusión de madurez cuando confundimos conocimiento acumulado con transformación. Sabemos explicar la gracia, comprendemos la diferencia entre pactos, hablamos acerca de identidad, Reino y vida en el Espíritu, y nuestra capacidad para manejar conceptos espirituales nos hace sentir que hemos avanzado.

Pero conocer el mapa no significa haber recorrido el camino. Los fariseos conocían las Escrituras. Jesús reconoció que las escudriñaban y, sin embargo, les dijo: ***“Y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5:40).*** Podían estudiar palabras que testificaban acerca de Cristo y resistirse al Cristo del que esas palabras hablaban. La información correcta no garantizó una respuesta correcta.

Nosotros tampoco estamos inmunizados contra este peligro. Podemos convertir incluso la revelación del Nuevo Pacto en un sistema teológico que defendemos apasionadamente mientras nuestra vida contradice su esencia. Sería trágico predicar que Cristo es nuestra vida y continuar manifestando permanentemente las obras de la

carne sin experimentar ninguna incomodidad. Sería incoherente enseñar acerca de la filiación y construir ministerios gobernados por competencia, inseguridad y necesidad de reconocimiento.

La verdad que defendemos también debe tener permiso para confrontarnos. De lo contrario, podemos utilizarla como una ventana para observar los errores de otros mientras evitamos el espejo que revela los nuestros.

Jesús habló de esta tendencia cuando preguntó: “¿***Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?***” (Mateo 7:3). El problema no era que la paja fuera imaginaria. Jesús no dijo que el hermano carecía de una dificultad. La paja existía, pero la capacidad de detectarla estaba acompañada por una sorprendente insensibilidad frente a una contradicción mucho mayor en la propia vida.

Podemos desarrollar una extraordinaria precisión para reconocer incoherencias ajenas. Vemos rápidamente el orgullo de otro, identificamos sus motivaciones y descubrimos contradicciones entre aquello que predica y la manera en que vive. Algunas veces nuestras observaciones pueden ser correctas, pero la facilidad con la que examinamos la vida ajena debería llevarnos a preguntarnos si permitimos al Espíritu la misma profundidad de análisis sobre nosotros.

David experimentó algo semejante cuando el profeta Natán le contó la historia de un hombre rico que, teniendo muchas ovejas, tomó la única corderita de un hombre pobre. La indignación del rey fue inmediata. ***“Vive Jehová, que el que tal hizo es digno de muerte”***, declaró David (2 Samuel 12:5). Podía reconocer perfectamente la injusticia cuando aparecía en la historia de otro. Entonces Natán dijo: ***“Tú eres aquel hombre...”*** La revelación cambió de dirección. Aquello que David había juzgado desde lejos llegó hasta su propia puerta.

Una de las evidencias de madurez espiritual es la capacidad de permitir que la Palabra nos alcance antes de utilizarla para corregir a otros. No significa abandonar nuestra responsabilidad de enseñar ni evitar toda confrontación. Pablo pidió a Timoteo que redarguyera, reprendiera y exhortara con toda paciencia y doctrina. Pero quien ministra la Palabra necesita vivir permanentemente bajo su autoridad.

El púlpito no coloca al predicador encima del mensaje, también lo coloca debajo. Esta verdad resulta especialmente importante para quienes llevamos años enseñando. La familiaridad con los textos bíblicos puede convertirse involuntariamente en una barrera. Escuchamos el comienzo de un pasaje y ya sabemos cómo continúa; reconocemos la estructura de una enseñanza y anticipamos su conclusión. Aquello que para otro creyente puede ser una revelación extraordinaria, para nosotros corre el riesgo de convertirse en territorio conocido.

Pero conocer el texto no significa haber agotado la voz del Espíritu. La pregunta no es solamente si sabemos lo que el versículo dice, sino si aquello que dice continúa teniendo autoridad para penetrar nuestro corazón. Hebreos declara que la Palabra de Dios es viva y eficaz, más cortante que toda espada de dos filos, y que discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Una espada guardada en una vitrina puede ser admirada, estudiada y explicada sin que jamás corte nada.

Podemos hacer algo semejante con la Escritura, la admiramos, la enseñamos, la defendemos, pero generalmente evitamos su filo. Cuando esto ocurre, la incoherencia comienza a instalarse cómodamente. Ya no necesitamos negar la verdad; simplemente aprendemos a mantenerla en una dimensión teórica donde no interfiera demasiado con nuestras decisiones.

Podemos hablar acerca de generosidad sin revisar nuestra relación con el dinero, predicar sobre el perdón sin mencionar el nombre que todavía produce amargura en nuestro corazón y enseñar acerca de la dependencia del Espíritu mientras tomamos cada decisión importante confiando exclusivamente en nuestra experiencia.

La incoherencia rara vez se presenta diciendo: “He venido para negar la vida de Cristo”. Generalmente se instala mediante pequeñas concesiones justificadas. Por eso Hebreos advierte: ***“Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del***

Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día... para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado” (Hebreos 3:12 y 13).

El endurecimiento es un proceso. Algo que alguna vez fue sensible puede perder progresivamente su capacidad de responder. La primera vez que desobedecemos conscientemente en un área, la tensión interior puede ser intensa. Si persistimos, la siguiente resistencia resulta un poco más sencilla. No porque la voluntad de Dios haya cambiado, sino porque estamos aprendiendo a silenciar aquello que nos confronta.

Pablo utiliza una expresión muy fuerte cuando habla de personas que tienen ***“cauterizada la conciencia” (1 Timoteo 4:2)***. Una cauterización destruye sensibilidad en el tejido. El problema no consiste simplemente en la existencia de una herida, sino en la incapacidad para sentir correctamente. Necesitamos valorar la sensibilidad espiritual.

Cuando algo nos incomoda delante de Dios, nuestra primera reacción no debería ser buscar rápidamente una explicación que elimine la incomodidad. Tal vez el Espíritu está señalando una distancia. No toda culpa procede de Dios y debemos distinguir claramente la condenación de la convicción. La condenación nos empuja hacia la desesperación y concentra nuestra mirada en nuestra indignidad; el Espíritu revela con verdad, pero siempre conduce hacia Cristo y la transformación.

Jesús dijo acerca del Consolador que convencería al mundo de pecado, de justicia y de juicio (**Juan 16:8**). La convicción es parte de la obra del Espíritu Santo. El mismo Espíritu que nos revela nuestra condición de hijos puede señalar aquellas áreas donde todavía vivimos de una manera impropia de la casa del Padre. No existe contradicción, precisamente porque somos hijos, somos formados.

David respondió a Natán diciendo: ***“Pequé contra Jehová” (2 Samuel 12:13)***. No elaboró un argumento acerca de las presiones del gobierno, no recordó sus años de fidelidad ni señaló los pecados de Saúl para demostrar que otros reyes habían actuado peor. Cuando la verdad lo alcanzó, dejó de defenderse. La capacidad de decir “pequé” continúa siendo profundamente espiritual.

Nuestra generación parece tener cada vez mayores dificultades para asumir responsabilidad. Hemos aprendido a explicar nuestras conductas mediante contextos, heridas, influencias y procesos. Muchas de estas dimensiones son reales y comprenderlas puede ayudarnos a tratar profundamente determinadas áreas de nuestra vida. No deberíamos despreciar la complejidad del corazón humano ni ofrecer respuestas simplistas a dolores profundos.

Pero comprender por qué hacemos algo no siempre justifica que continuemos haciéndolo. Podemos conocer el origen de una reacción y, al mismo tiempo, reconocer que necesita ser transformada. Tal vez aprendimos a defendernos porque fuimos heridos, pero la historia de nuestra herida no

debería convertirse en una autorización permanente para herir a otros. Podemos comprender por qué desarrollamos temor sin aceptar que el temor gobierne indefinidamente nuestras decisiones.

La gracia nos permite mirar nuestra historia sin quedar prisioneros de ella. En Cristo hemos recibido una nueva vida, por eso el Espíritu puede confrontarnos sin destruirnos. Nuestra identidad no depende de sostener una imagen de perfección y, por lo tanto, no necesitamos defender cada error como si reconocerlo amenazara nuestra existencia. Podemos admitir una incoherencia porque sabemos que nuestra justicia está en Cristo.

Paradójicamente, cuanto más seguros estamos en la gracia, más libres somos para reconocer aquello que necesita transformación. El religioso necesita aparentar porque su identidad depende de su desempeño. El hijo puede entrar en la luz porque sabe que pertenece.

Juan escribió: ***“Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).*** Andar en luz no significa vivir sin necesidad de limpieza; el propio versículo habla de la sangre limpiándonos. Significa abandonar las sombras donde protegemos aquello que no deseamos exponer.

La coherencia comienza con verdad. Me refiero a la verdad acerca de Cristo, pero también honestidad respecto de

nuestra respuesta a Su vida. Tal vez necesitamos recuperar la capacidad de detenernos delante de Dios y preguntar sinceramente si existen áreas donde nos acostumbramos a vivir por debajo de lo recibido. No para comenzar una búsqueda obsesiva de defectos, sino para permitir que el Espíritu ilumine aquello que nuestra familiaridad dejó de percibir.

¿Hay palabras que antes nos incomodaban y ahora pronunciamos sin conflicto? ¿Resentimientos que aprendimos a administrar en lugar de perdonar? ¿Temores que incorporamos a nuestra personalidad? ¿Desobediencias que justificamos durante tanto tiempo que ya no recordamos cuándo dejamos de luchar contra ellas?

No necesitamos responder públicamente. Pero sería peligroso no permitir que el Espíritu responda en nosotros, porque el mayor riesgo de la incoherencia no es descubrir que existe, es dejar de verla.

Mientras sentimos la distancia, todavía podemos responder. Mientras la Palabra continúa penetrando, podemos rendir nuestro corazón. Mientras el Espíritu confronta, existe una invitación a caminar hacia una mayor correspondencia con la vida recibida.

El problema aparece cuando hacemos de la contradicción nuestro hogar y decoramos sus paredes con argumentos bíblicos para sentirnos cómodos allí. Sin duda, Dios nos ha llamado a algo mayor.

No a una perfección religiosa construida mediante apariencia, sino a una vida cada vez más transparente frente a Su luz. Una vida que puede reconocer sus distancias sin negar la herencia, recibir corrección sin sentirse expulsada de la casa y abandonar justificaciones porque confía en la obra transformadora del Espíritu.

Tal vez la pregunta más importante no sea cuántas incoherencias permanecen todavía en nosotros. La pregunta es si continuamos siendo sensibles cuando Dios las señala, porque un hijo en proceso puede tropezar muchas veces y continuar creciendo, pero quien se acostumbra a caminar en dirección contraria terminará considerando extraño el camino de regreso.

No permitamos que la incoherencia se vuelva familiar. Hemos recibido demasiado como para considerar normal vivir permanentemente por debajo de ello.



Capítulo diecisiete

CUANDO LA VIDA ENCUENTRA EXPRESIÓN

*“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta
como en un espejo la gloria del Señor, somos
transformados de gloria en gloria en la misma imagen,
como por el Espíritu del Señor.”*

2 Corintios 3:18

Después de reconocer la distancia que puede existir entre aquello que hemos recibido en Cristo y la manera en que vivimos, surge inevitablemente una pregunta: ¿cómo se reduce esa distancia? Si somos luz en el Señor, ¿cómo aprendemos a andar verdaderamente como hijos de luz? Si hemos recibido vida, ¿de qué manera esa vida alcanza nuestras palabras, reacciones y decisiones hasta convertirse en una expresión visible? La pregunta es legítima, pero nuestra manera de responderla determinará si permanecemos dentro de la dinámica del Nuevo Pacto o regresamos, casi sin advertirlo, a los mecanismos de la religión.

Nuestra tendencia natural es buscar un método. Queremos conocer los pasos necesarios, establecer

disciplinas, identificar conductas y construir un procedimiento que nos permita avanzar desde nuestra condición presente hacia una experiencia superior. Esta manera de pensar no siempre nace de malas motivaciones. Muchas veces deseamos sinceramente cambiar y estamos dispuestos a realizar aquello que sea necesario, pero incluso un deseo legítimo puede conducirnos hacia un camino equivocado cuando creemos que la transformación espiritual depende fundamentalmente de nuestra capacidad para modificarnos.

Pablo presenta una dinámica completamente diferente. Dice que, mirando la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen por el Espíritu. La transformación aparece vinculada con la contemplación y con la operación divina. No somos nosotros intentando fabricar la imagen de Cristo; es el Espíritu formando en nosotros aquello que contemplamos en Él.

Esto no significa pasividad. Mirar a Cristo implica una orientación profunda de nuestra vida hacia Él. Supone permanecer en Su Palabra, cultivar comunión y permitir que el Espíritu abra nuestro entendimiento para conocer al Hijo. Pero debemos comprender que ninguna de estas prácticas posee poder transformador independientemente de Cristo. Podemos leer la Biblia como quien estudia un documento antiguo, orar repitiendo palabras sin comunión y participar de reuniones durante años sin permitir que nuestro corazón sea verdaderamente alcanzado.

La transformación no procede del ritual, procede de la vida. Reitero este pasaje en el cual Jesús dijo: ***“Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí”*** (Juan 15:4). Tal vez pocas imágenes expresen con tanta claridad la dinámica que estamos procurando comprender. El pámpano ha sido unido a la vid y recibe de ella la vida necesaria para producir fruto. Sin embargo, Jesús habla de permanecer.

El fruto no se produce mediante la ansiedad del pámpano. Ninguna rama pasa la noche preocupada por fabricar uvas. No estudia la forma del fruto ni procura imitar externamente a otra rama más productiva. Su capacidad depende de la vida que fluye desde la vid.

Sin embargo, tampoco podemos llevar la ilustración más allá del propósito de Jesús y concluir que nuestra participación consciente carece de importancia. Nosotros no somos ramas vegetales sin voluntad. Somos personas llamadas a permanecer, responder, obedecer y andar por el Espíritu. La vida procede de Cristo, pero nuestra voluntad puede resistir Su gobierno.

Por eso Pablo escribe: ***“No contristéis al Espíritu Santo de Dios”*** (Efesios 4:30) y también exhorta: ***“No apaguéis al Espíritu”*** (1 Tesalonicenses 5:19). Estas advertencias solamente tienen sentido si nuestra respuesta importa. El Espíritu habita en nosotros, pero podemos desarrollar maneras de vivir que resisten Su operación.

Aquí encontramos nuevamente la tensión que ha acompañado todo nuestro recorrido. La vida cristiana no se produce mediante independencia humana, pero tampoco se manifiesta a través de una pasividad irresponsable. Dios obra en nosotros el querer y el hacer, y nosotros aprendemos a responder a Su operación (**Filipenses 2:13**).

Quizás una de las palabras más importantes en este proceso sea precisamente “responder”. La religión exige producir, la gracia nos capacita para responder.

Cuando el Espíritu ilumina un área de nuestra vida, podemos responder. Cuando la Palabra confronta una manera equivocada de pensar, podemos rendir nuestro entendimiento. Cuando reconocemos que una reacción procede del temor y no de nuestra condición de hijos, podemos detenernos y permitir que la verdad gobierne nuestra respuesta.

No siempre lo haremos perfectamente. Habrá momentos donde reconoceremos la incoherencia después de haber actuado y otros donde necesitaremos atravesar repetidas confrontaciones antes de aprender una nueva manera de vivir. Pero la transformación comienza a encontrar espacio cuando dejamos de resistir la luz.

Pablo dice: “*Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne*” (**Gálatas 5:16**). Durante años, algunos creyentes interpretaron este texto invirtiendo su orden. Procuraron primero vencer cada deseo de la carne para

finalmente convertirse en personas suficientemente espirituales. Concentraron toda su energía en luchar contra aquello que no deseaban hacer y terminaron desarrollando una vida cristiana definida principalmente por la negación.

Pablo comienza en otro lugar: ***“Andad en el Espíritu...”*** La victoria sobre la carne aparece como consecuencia de una vida gobernada desde una fuente superior. Esto no significa ignorar las obras de la carne; el mismo capítulo las identifica claramente. Pero nuestra principal ocupación no debería ser contemplar permanentemente la vieja naturaleza intentando controlar cada una de sus manifestaciones.

La luz no vence a las tinieblas estudiándolas, simplemente alumbra. Cuanto más aprendemos a andar por el Espíritu, más evidente se vuelve la incompatibilidad de ciertas conductas con la vida recibida. El fruto del Espíritu comienza a encontrar expresión y aquello que antes parecía una demanda externa se convierte progresivamente en una manifestación interior.

Pablo llama a este fruto ***“amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza”*** (Gálatas 5:22 y 23). Observe que no habla de los frutos, en plural, como si pudiéramos seleccionar algunas virtudes según nuestra personalidad. Habla del fruto del Espíritu. Es la expresión de una vida.

Esto resulta profundamente liberador porque nos recuerda que la meta no consiste en fabricar individualmente cada característica. Una persona impaciente puede intentar comportarse pacientemente mediante un enorme ejercicio de autocontrol y quizás logre contener externamente algunas reacciones. Ese esfuerzo puede tener cierto valor práctico, pero la transformación espiritual busca algo más profundo que una conducta controlada.

Dios desea formar paciencia, no solamente enseñarnos a parecer pacientes. Existe una diferencia entre apretar los dientes para no responder con ira y experimentar una transformación interior donde aquello que antes gobernaba nuestras reacciones pierde progresivamente su dominio. En ambos casos la persona puede permanecer en silencio, pero solamente Dios conoce la fuente de ese silencio.

El Nuevo Pacto trabaja sobre la fuente: ***“Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré” (Hebreos 8:10)***. La promesa no consiste simplemente en entregar una versión mejorada de las tablas de piedra. Dios lleva Su voluntad al interior del hombre mediante la obra del Espíritu.

Por eso la renovación del entendimiento ocupa un lugar tan importante. Pablo escribe: ***“Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Romanos 12:2)***. Podemos haber recibido vida nueva y continuar interpretando la realidad mediante estructuras mentales formadas durante años lejos de la verdad.

Un hijo puede seguir pensando como esclavo, no porque haya dejado de ser hijo, sino porque su entendimiento todavía necesita ser renovado. Esto explica por qué algunas incoherencias persisten incluso en creyentes sinceros. No siempre estamos frente a una rebelión consciente. Algunas veces vivimos desde pensamientos que jamás hemos examinado a la luz de Cristo. Reaccionamos automáticamente porque durante años aprendimos que esa era la única manera de protegernos, relacionarnos o enfrentar determinadas situaciones.

Pablo dice que las armas de nuestra milicia son poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, ***“derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”*** (2 Corintios 10:4 y 5). Hay pensamientos que necesitan ser llevados a la obediencia de Cristo porque continúan operando desde una lógica contraria a Su vida.

Tal vez pensamos que perdonar nos vuelve débiles, que reconocer un error disminuye nuestra autoridad o que descansar demuestra falta de compromiso. Quizás creemos que nuestro valor depende de la aprobación de otros o que debemos controlar cada circunstancia para sentirnos seguros. Estos pensamientos pueden permanecer profundamente arraigados y producir frutos que después intentamos corregir externamente. Pero el Espíritu va hacia la raíz.

La verdad de Cristo confronta la mentira que sostiene nuestra incoherencia. Cuando sabemos que nuestra identidad está escondida con Cristo en Dios, la opinión de otros pierde progresivamente su capacidad para definirnos. Cuando conocemos al Padre, el temor a la escasez comienza a ser confrontado por Su fidelidad. Cuando comprendemos cuánto hemos sido perdonados, nuestras defensas frente al perdón empiezan a quedar expuestas.

La revelación modifica nuestra respuesta porque cambia nuestra manera de ver. Por eso Pablo oraba para que los ojos del entendimiento de los efesios fueran alumbrados. No les entregó simplemente una lista de comportamientos correctos. Sabía que necesitaban ver. Hay cosas que solo cambian cuando vemos.

Isaías no recibió una conferencia acerca de la santidad. Vio al Señor y tomó conciencia de sus labios. Job había escuchado acerca de Dios, pero después de su proceso declaró: ***“De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven” (Job 42:5).*** Pedro pudo escuchar muchas enseñanzas acerca de Jesús, pero cuando recibió revelación dijo: ***“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente...”***

La revelación no es información más intensa, es luz. Y cuando la luz llega, nuestra relación con la realidad cambia. Esto no significa que toda transformación ocurra inmediatamente después de comprender una verdad. Podemos recibir luz sobre un área y necesitar tiempo para aprender a caminar conforme a ella. Israel salió de Egipto en

una noche, pero Egipto tardó mucho más en salir de la mentalidad de Israel. Habían cruzado el mar y, sin embargo, frente a cada dificultad recordaban las ollas de carne de su antigua esclavitud. La geografía había cambiado, pero la mente todavía regresaba atrás.

Nosotros también podemos haber sido trasladados al Reino del amado Hijo y continuar recurriendo mentalmente a antiguos sistemas. Por eso la transformación requiere perseverancia. No porque la obra de Cristo necesite ser repetida, sino porque estamos aprendiendo a vivir desde una realidad nueva.

Aquí las disciplinas espirituales encuentran su verdadero lugar. Oramos, meditamos en la Palabra, ayunamos y cultivamos comunión, no para conseguir una posición delante de Dios, sino para orientar nuestra vida hacia Aquel que ya nos recibió. Estas prácticas no compran gracia ni obligan al Espíritu a transformarnos. Simplemente pueden convertirse en espacios donde disponemos nuestro corazón para escuchar, contemplar y responder.

El problema comienza cuando confundimos el medio con la fuente. Podemos leer veinte capítulos diarios y continuar resistiendo aquello que Dios nos muestra. Podemos ayunar durante semanas y utilizar el ayuno como motivo de orgullo. Podemos orar muchas horas mientras evitamos pedir perdón a una persona que lastimamos. Ninguna disciplina reemplaza la obediencia.

Jesús dijo: ***“Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis” (Juan 13:17).*** Hay un momento donde la verdad conocida necesita convertirse en respuesta. No para producir vida, sino porque la vida recibida busca expresión.

Tal vez algunas áreas de nuestra incoherencia no necesitan una nueva revelación. Sabemos perfectamente qué está señalando el Espíritu. Hemos sentido Su convicción, comprendemos la Palabra y reconocemos la distancia, pero continuamos esperando una experiencia que vuelva innecesaria nuestra decisión.

Pedimos que Dios quite mágicamente un resentimiento mientras nos negamos a perdonar. Esperamos sentir deseos de servir antes de obedecer. Queremos experimentar valentía antes de dar el paso que el temor procura impedir, pero muchas veces la obediencia precede a la emoción.

Pedro tuvo que salir de la barca antes de experimentar el agua sosteniendo sus pies. Los diez leprosos fueron limpiados “mientras iban”. Abraham salió sin saber a dónde iba. La fe bíblica no espera siempre sentir una seguridad completa antes de responder.

Hay momentos donde la vida recibida encuentra expresión mediante una decisión concreta de obediencia. No una obediencia independiente de la gracia, sino una obediencia capacitada por ella. Pablo hablaba de ***“la obediencia de la fe” (Romanos 1:5).*** La verdadera fe no es solamente una convicción interior acerca de determinadas

doctrinas; establece una nueva relación con la voz de Dios. Creemos y, porque creemos, respondemos.

Cada respuesta abre espacio para una mayor correspondencia. Cuando perdonamos desde la gracia recibida, la vida de Cristo encuentra expresión. Cuando elegimos hablar con mansedumbre en una situación donde nuestra carne desea imponerse, la vida recibida encuentra expresión. Cuando dejamos de tomar una decisión gobernados por el temor y confiamos en el Padre, estamos aprendiendo a vivir como hijos.

No necesitamos convertir estos actos en trofeos espirituales. Seguimos dependiendo completamente del Espíritu y sabemos que separados de Cristo nada podemos hacer. Pero tampoco deberíamos despreciar la importancia de nuestras respuestas. La madurez se forma caminando.

Hebreos habla de quienes ***“por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal”***. Hay un ejercicio espiritual que desarrolla sensibilidad. Cuanto más respondemos a la luz, más rápidamente comenzamos a reconocer aquello que corresponde con la vida de Cristo.

Tal vez al principio advertimos una incoherencia después de varios días. Luego comenzamos a reconocerla unas horas más tarde. Con el tiempo, el Espíritu nos permite percibirla mientras estamos reaccionando y, finalmente, podemos llegar a identificarla antes de responder.

Eso también es crecimiento. No significa que hemos alcanzado perfección, significa que la distancia está disminuyendo. La vida recibida está encontrando expresión. Quizás esto sea lo que Pablo tenía en mente cuando escribió: ***“Hasta que Cristo sea formado en vosotros”***. Cristo ya habitaba por la fe en aquellos creyentes, pero Su vida necesitaba adquirir forma en su experiencia. El Hijo debía hacerse visible en la manera en que pensaban, se relacionaban y caminaban.

Ese continúa siendo el propósito del Espíritu Santo, no convertirnos en personas religiosamente correctas, sino formar a Cristo para que podamos expresarlo. Por eso nuestra esperanza no descansa en la fuerza de nuestras resoluciones. Todos hemos comenzado alguna vez una nueva etapa prometiendo que nunca volveríamos a reaccionar de determinada manera, solamente para descubrir poco tiempo después que nuestra voluntad era menos poderosa de lo que imaginábamos.

Necesitamos algo más profundo que determinación, necesitamos vida, y esa vida es la que nos fue dada en Cristo. Ahora permanecemos en Él, contemplamos Su gloria, permitimos que la verdad renueve nuestro entendimiento y aprendemos a responder a la operación del Espíritu. Algunas transformaciones serán rápidas y otras requerirán largos procesos, pero en cada una de ellas la dirección permanece siendo la misma. ***“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos***

transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18).

La co-herencia no se produce cuando nos obsesionamos con parecernos a Cristo. Aparece cuando Su vida encuentra cada vez menos resistencia para expresarse a través de nosotros. Tal vez todavía exista distancia entre lo recibido y lo vivido, pero la distancia no tiene por qué permanecer siempre igual.

El Espíritu continúa obrando, la Palabra continúa alumbrando, Cristo continúa siendo nuestra vida, y nosotros podemos seguir respondiendo. Hasta que aquello que recibimos por gracia encuentre una expresión cada vez más clara en nuestra manera de vivir.

Hasta que el fruto revele la raíz, hasta que la vida del Heredero pueda verse también en los coherederos.



Capítulo dieciocho

CUANDO LOS HIJOS OCUPAN SU LUGAR

“Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios.”

Romanos 8:19

Hay palabras de la Escritura que podemos leer durante años sin detenernos a considerar verdaderamente la magnitud de aquello que expresan. Nos resultan familiares, forman parte de nuestro lenguaje y aparecen repetidamente en predicaciones, canciones y conversaciones cristianas, pero la familiaridad puede impedirnos sentir su peso. Creo que **Romanos 8:19** contiene una de esas declaraciones. Pablo dice que la creación aguarda con anhelo ardiente la manifestación de los hijos de Dios.

La creación espera. No porque desconozca quién es Cristo ni porque la obra del Hijo haya resultado insuficiente. Pablo ha dedicado buena parte de su carta a anunciar la grandeza de aquello que Dios realizó mediante Jesucristo y, precisamente en este capítulo, declara que ninguna condenación hay para quienes están en Él, presenta la vida

según el Espíritu, revela nuestra condición de hijos y anuncia nuestra participación en la herencia. Sin embargo, dentro de esa extraordinaria exposición aparece una creación que gime.

Algo fue establecido, algo está siendo manifestado y algo todavía espera consumación. Esta tensión ha acompañado todo nuestro recorrido. Hemos procurado evitar dos errores igualmente peligrosos: vivir como si todavía no hubiéramos recibido nada o comportarnos como si ya hubiéramos alcanzado la plenitud de todo. Tenemos las arras, pero esperamos lo perfecto; hemos recibido vida eterna, aunque nuestro cuerpo todavía aguarda redención; conocemos verdaderamente a Cristo, pero todavía no le vemos cara a cara. El Reino irrumpió en la historia mediante el Hijo y el Espíritu, pero continuamos orando: ***“Venga tu reino...”***

La creación gime dentro de esta tensión y, según Pablo, espera manifestación. La palabra debería inquietarnos porque no dice simplemente que la creación espera la existencia de hijos. Los hijos existen. ***“Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios” (Romanos 8:14).*** Hemos recibido el Espíritu de adopción por el cual clamamos: ***“¡Abba, Padre!”***, y el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.

La filiación ha sido establecida, pero la creación espera manifestación. Aquí encontramos nuevamente la distancia entre el ser y el andar, entre la vida recibida y la vida expresada. Dios ha engendrado hijos mediante la vida del

Hijo, pero esos hijos necesitan crecer, conocer al Padre y aprender a vivir bajo el gobierno del Espíritu. La creación no necesita solamente personas que puedan explicar teológicamente su condición de hijos; espera una vida que haga visible la naturaleza de la casa a la que pertenecen.

Durante demasiado tiempo hemos medido la salud de la Iglesia mediante aquello que ocurre dentro de nuestros propios espacios. Nos preguntamos cuántas personas asisten, cómo funcionan nuestras reuniones, si la música resulta atractiva, si los programas producen participación y si nuestros recursos son suficientes para sostener la estructura. No estoy diciendo que estas cuestiones carezcan completamente de importancia. Una comunidad necesita administrar responsablemente aquello que tiene y procurar que sus actividades sirvan verdaderamente al propósito de Dios.

Podemos mejorar la música, construir edificios extraordinarios, desarrollar sistemas eficientes y producir eventos capaces de reunir multitudes, mientras la creación continúa preguntándose dónde está la vida de la que hablamos.

Jesús no dijo que el mundo conocería a Sus discípulos por la excelencia de sus reuniones. Dijo: ***“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”*** (Juan 13:35). Había algo de Su propia naturaleza que debía encontrar expresión visible en aquellos que caminaban con Él.

La luz existe para alumbrar y la sal produce un efecto sobre aquello que toca. Una ciudad asentada sobre un monte no puede esconderse. Todas estas imágenes utilizadas por Jesús presentan una vida que, sin buscar espectáculo, se vuelve perceptible por causa de su naturaleza. Quizás hemos confundido manifestación con exhibición.

La exhibición procura llamar la atención sobre quien se muestra. La manifestación hace visible una realidad que estaba presente. Jesús manifestó al Padre. Juan escribió: ***“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18).*** Cuando Felipe pidió: ***“Señor, muéstranos el Padre”***, Jesús respondió: ***“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9).***

El Hijo era la perfecta expresión del Padre. Hebreos lo llama ***“el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia” (Hebreos 1:3).*** En Cristo, el Dios invisible se hizo conocido. Y de la misma forma, Pablo dice que la creación espera la manifestación de los hijos. Jesús cumplió con Su rol y nos enseñó como hacerlo, la pregunta sería ¿Nosotros qué haremos?

Sé que debemos ser cuidadosos para no atribuirnos aquello que pertenece exclusivamente al Hijo unigénito. Nosotros no somos la encarnación de Dios ni compartimos la deidad de Cristo. Jesús ocupa un lugar único, eterno e irrepetible. Sin embargo, por gracia fuimos unidos a Él y el Espíritu trabaja para conformarnos a Su imagen.

Pablo lo explica unos versículos después: ***“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos”*** (Romanos 8:29). El propósito tiene una forma: “Cristo”.

Dios no está produciendo una colección de creyentes espiritualmente independientes, cada uno construyendo su propia versión de la vida cristiana. Está formando un cuerpo conforme a la imagen del Hijo. La diversidad de dones, personalidades, culturas y funciones no elimina esta medida común. Podemos servir de maneras diferentes, pero la vida que debe manifestarse procede de una misma fuente.

Por eso la madurez nunca puede medirse exclusivamente por nuestra capacidad ministerial. Alguien puede predicar con excelencia y continuar siendo profundamente inmaduro en sus relaciones. Puede manifestar dones espirituales y reaccionar desde la inseguridad cada vez que otro recibe reconocimiento. Puede enseñar acerca del Reino mientras administra su influencia conforme a los principios de competencia del presente siglo.

La creación no está esperando nuestros dones aislados de la naturaleza del Hijo. Espera hijos que conocen al Padre y, por conocerlo, dejan de vivir como huérfanos compitiendo por un lugar. Hijos que han comprendido la gracia y, por lo tanto, pueden extender gracia sin considerar que la misericordia debilita la verdad. Hijos seguros de su herencia, que no necesitan utilizar la autoridad para alimentar su ego

ni convertir el ministerio en una plataforma de validación personal.

Ocupar nuestro lugar no significa reclamar posiciones. Esta aclaración resulta indispensable porque el lenguaje de autoridad, herencia y gobierno puede ser fácilmente secuestrado por la ambición humana. La carne escucha “ocupar tu lugar” e inmediatamente imagina reconocimiento, influencia y visibilidad. Piensa en lugares elevados, puertas abiertas y personas finalmente reconociendo aquello que siempre creímos ser.

Pero Jesús ocupó Su lugar lavando pies. El Heredero de todo tomó una toalla, aquel en cuyas manos el Padre había puesto todas las cosas se levantó de la cena, se quitó Su manto y comenzó a realizar la tarea de un siervo. Juan establece deliberadamente la relación entre ambas realidades: ***“Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena...” (Juan 13:3 y 4).***

Jesús podía descender porque sabía quién era. La inseguridad necesita demostrar posición, pero la identidad puede servir sin complejos. Tal vez una de las mayores evidencias de que hemos comprendido nuestra herencia sea precisamente la desaparición progresiva de nuestra necesidad de utilizarla para exaltarnos. Quien sabe que todas las cosas son suyas en Cristo no necesita pelear desesperadamente por cada reconocimiento humano. Quien conoce al Padre puede

alegrarse cuando otro hijo es honrado porque no interpreta su bendición como una amenaza contra la propia.

Los hijos ocupan su lugar cuando dejan de vivir como esclavos. El esclavo trabaja mirando permanentemente la reacción del amo. Necesita saber si hizo suficiente, teme equivocarse y mide su valor mediante el resultado de su desempeño. El hijo puede obedecer con profunda seriedad, pero su obediencia nace de una relación diferente. Conoce la casa, participa de los asuntos del padre y comprende que la corrección no significa expulsión.

El hijo también deja de vivir como huérfano. La orfandad espiritual no siempre se manifiesta mediante tristeza o aislamiento. Algunas veces se disfraza de ambición ministerial. Necesitamos ser vistos porque no estamos seguros de ser conocidos por el Padre, buscamos aprobación constante porque Su testimonio todavía no gobierna suficientemente nuestra identidad y acumulamos posiciones esperando que alguna de ellas finalmente silencie la sensación de insignificancia.

Pero ninguna plataforma puede sanar una identidad que no ha descansado en la filiación. El Padre dijo acerca de Jesús: ***“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”*** antes de que comenzara Su ministerio público. Antes de los milagros registrados, antes de las multitudes y antes de la cruz, estaba la voz del Padre, diciendo: ***“Hijo amado”***.

Jesús ministró desde esa relación. Nosotros también necesitamos aprender a vivir desde aquello que hemos recibido y no procurando conseguir mediante nuestras obras una identidad que solamente puede encontrarse en Cristo. Cuando esto ocurre, la herencia deja de ser un tema doctrinal y comienza a modificar nuestra manera de caminar. Entonces podemos administrar.

Durante este libro hemos repetido que el problema no es la pobreza de la provisión divina. Pedro declaró que todas las cosas pertenecientes a la vida y a la piedad nos fueron dadas por Su divino poder. Pablo anunció las inescrutables riquezas de Cristo y afirmó que fuimos bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Él.

Tal vez hemos vivido demasiado tiempo preguntando qué falta. Quizás necesitamos comenzar a preguntar qué estamos haciendo con lo recibido.

La Iglesia recibió reconciliación y fue enviada con el ministerio de la reconciliación. Recibió luz y fue llamada a alumbrar. Recibió gracia para convertirse en dispensadora de la multiforme gracia de Dios. Recibió la Palabra de vida para sostenerla en medio de una generación necesitada de esperanza. La herencia tiene una dimensión de misión.

Dios no nos enriqueció en Cristo para producir una comunidad fascinada consigo misma. Abraham fue bendecido para convertirse en bendición y, en Cristo, el propósito eterno de Dios alcanza a todas las familias de la

tierra. La Iglesia no es el destino final de la gracia; es un pueblo alcanzado por la gracia y enviado a manifestar al Rey.

Pablo comprendía esta responsabilidad cuando escribió acerca de ***“la gracia que me fue dada de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo”*** (Efesios 3:8). Había recibido gracia para administrar un misterio. Aquello que conocía no podía permanecer encerrado en su experiencia personal. La revelación produjo responsabilidad apostólica.

Nosotros también debemos preguntarnos para qué hemos recibido. Si Dios abrió nuestros ojos para conocer algo de Cristo, esa luz no fue dada simplemente para permitirnos sentir superiores a quienes todavía no lo comprenden. Toda verdadera revelación debería aumentar nuestra responsabilidad de servir.

El conocimiento sin amor envanece. La revelación administrada desde el carácter de Cristo edifica. Tal vez aquí podamos comprender mejor por qué el Padre está tan comprometido con nuestra madurez. No está intentando complicar innecesariamente nuestro camino ni retrasar caprichosamente aquello que deseamos. Hay una creación herida y un propósito eterno que deben ser servidos por hijos capaces de administrar la vida recibida sin convertirla en un instrumento para su propia exaltación.

El poder en manos inmaduras puede destruir. La autoridad gobernada por el ego oprime. La revelación

mezclada con orgullo divide. Pero cuando Cristo es formado en los hijos, aquello que recibieron comienza a encontrar una expresión correspondiente con la naturaleza del Reino.

Jesús dijo a Sus discípulos que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas y ejercen potestad, pero añadió: ***“Mas entre vosotros no será así”*** (Mateo 20:26). El Reino tiene otra manera. Estas palabras deberían acompañar cada conversación acerca de autoridad espiritual. No basta con afirmar que tenemos autoridad; debemos preguntarnos si nuestra manera de ejercerla corresponde con el Rey. No basta con hablar de gobierno; necesitamos aprender a ser gobernados por el Espíritu.

El centurión comprendió autoridad porque sabía lo que significaba estar bajo autoridad, por eso dijo a Jesús: ***“Porque también yo soy hombre bajo autoridad”*** (Mateo 8:9). Su capacidad para ordenar estaba relacionada con su comprensión de la sujeción. En el Reino, nadie gobierna correctamente si primero no aprende a ser gobernado.

Los hijos que ocupan su lugar no son creyentes descontrolados reclamando derechos espirituales. Son hombres y mujeres profundamente rendidos al gobierno de Cristo, sensibles al Espíritu y conscientes de que toda autoridad recibida continúa perteneciendo al Rey. Por eso la co-herencia resulta inseparable de la coherencia recibida.

No podemos hablar de compartir la herencia del Hijo mientras despreciamos Su carácter. No podemos reclamar Su

autoridad y resistir Su gobierno, desear Su poder ignorando Su mansedumbre o celebrar Su victoria mientras rechazamos el camino del amor. Somos coherederos con Cristo.

“Con Cristo...” Esas dos palabras protegen toda nuestra comprensión. No heredamos separados de Él, no gobernamos separados de Él y no poseemos una vida espiritual autónoma que podamos administrar según nuestros deseos. Nuestra riqueza está en el Hijo y nuestra participación existe por nuestra unión con Él.

Por eso ocupar nuestro lugar significa permanecer en Cristo. Desde allí servimos, desde allí amamos, desde allí administramos, desde allí esperamos. Porque todavía esperamos. La creación gime y nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos aguardando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. No hemos llegado a la consumación y ningún nivel de madurez espiritual eliminará esa espera.

Todavía enterramos personas amadas, enfrentamos debilidades y conocemos solamente en parte, pero no esperamos vacíos. Tenemos las arras. El Espíritu que levantó a Jesús de los muertos habita en nosotros. La vida del siglo venidero tocó nuestra existencia y hemos sido hechos participantes de una realidad que un día alcanzará su plena manifestación. Mientras esperamos lo perfecto, somos llamados a ser fieles con lo recibido.

Quizás esta sea una de las expresiones más sencillas y profundas de la madurez cristiana. No intentar producir aquello que Dios no prometió para este tiempo ni despreciar aquello que decidió entregarnos ahora. Vivir entre las arras y la consumación con una fidelidad nacida de la esperanza.

Pablo escribió: *“Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel”* (1 Corintios 4:2). Tal vez nosotros hubiéramos elegido una palabra más impresionante. Poderoso. Exitoso. Influyente. Extraordinario, pero Pablo dice: *“fiel”*.

La fidelidad es la coherencia sostenida en el tiempo. Es continuar respondiendo a la vida recibida cuando nadie observa, administrar correctamente aquello que parece pequeño y permanecer bajo el gobierno de Cristo cuando otros caminos ofrecen resultados aparentemente más rápidos.

La creación necesita hijos fieles. Las familias necesitan hijos de Dios que manifiesten la naturaleza del Padre dentro de sus hogares. Ciudades necesitan creyentes capaces de trabajar, administrar, crear y servir desde valores correspondientes con el Reino. La Iglesia necesita ministros que no utilicen a las personas para construir sus propios nombres, sino que gasten su vida procurando presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre.

El mundo no necesita una versión religiosamente mejorada de aquello que ya conoce. Necesita ver otra vida. No nuestra vida natural perfeccionada mediante técnicas de

conducta, sino la vida de Cristo encontrando expresión en hombres y mujeres comunes que fueron alcanzados por una gracia extraordinaria.

Tal vez nunca ocupemos una plataforma visible. Quizás nuestro nombre no sea conocido fuera de un círculo pequeño y nadie escriba acerca de aquello que hicimos. Pero la manifestación de los hijos no puede reducirse a notoriedad pública.

Una madre que expresa la paciencia de Cristo en su hogar está manifestando vida. Un hombre que administra honestamente sus recursos cuando podría enriquecerse mediante engaño está manifestando otro Reino. Un creyente que perdona cuando el sistema que lo rodea exige venganza está permitiendo que la gracia recibida encuentre expresión. Una comunidad donde personas diferentes pueden amarse, servirse y permanecer unidas alrededor de Cristo se convierte en una evidencia de una realidad que el mundo no puede producir mediante acuerdos humanos.

La vida se manifiesta donde la vida encuentra expresión. Quizás esperábamos algo más espectacular. Dios nos dio al Hijo y en Él nos dio vida. ¡Qué glorioso!

Al llegar al final de este recorrido, siento que debemos regresar a la imagen que dio origen a todo. Un hombre recibió una herencia extraordinaria y decidió construir un rancho sobre los cimientos preparados para una torre. Durante años pudo mirar aquella pequeña construcción y convencerse de

que había hecho lo mejor posible con lo recibido, pero el problema nunca estuvo en el fundamento. El problema tampoco estuvo en la provisión.

Había una distancia entre la magnitud de aquello que había recibido y la medida de aquello que se atrevió a construir. Tal vez nosotros hemos hecho algo semejante. Cristo fue puesto como fundamento. El testamento fue abierto. La sangre fue derramada. El Hijo resucitó. Fuimos incorporados al Heredero. El Espíritu Santo fue dado y las arras del siglo venidero habitan en nosotros y, sin embargo, podemos continuar pensando como esclavos, orando como huérfanos y viviendo como si la vida del Reino fuera solamente una promesa para después de la muerte.

Quizás ha llegado el momento de mirar nuevamente el fundamento. No para construir una torre a nuestra propia gloria, sino para comprender la magnitud de la obra de Dios.

No necesitamos inventar una grandeza personal. La gloria pertenece al Hijo y siempre pertenecerá a Él. Pero negar aquello que recibimos en Cristo tampoco es humildad. La verdadera humildad acepta la gracia y responde a ella con gratitud, obediencia y fidelidad. Somos herederos de Dios y coherederos con Cristo. Tenemos las primicias del Espíritu. Somos hijos, ahora debemos crecer.

Debemos permitir que la verdad renueve nuestro entendimiento, que el Espíritu confronte nuestras incoherencias y que la vida recibida encuentre expresión en

nuestra manera de vivir. No para comprar la herencia ni demostrar que somos dignos de la gracia, sino porque hemos comenzado a comprender el valor de aquello que nos fue dado. ¡Eso es co-herencia!

Es vivir ligados al Heredero, es reconocer que todo lo recibido existe en Cristo y que separados de Él nada podemos hacer. Es permitir que nuestra manera de caminar corresponda cada vez más con la vida que, por pura gracia, Dios depositó en nosotros. Todavía no somos lo que seremos, pero ya no somos lo que éramos.

Es verdad, todavía gemimos, pero ya tenemos las arras. Todavía conocemos en parte, pero conocemos al Hijo. Todavía esperamos lo perfecto, pero mientras esperamos, podemos ser fieles.

Tal vez el problema nunca fue que el Padre nos hubiera dado poco. Tal vez hemos vivido demasiado tiempo ignorando la magnitud de lo recibido. El fundamento está puesto, el testamento fue abierto, la sangre fue derramada, el Hijo resucitó, el Espíritu fue dado y las arras están en nosotros. Ahora la creación espera.

Espera que los herederos dejen de pensar como esclavos, maduren y ocupen su lugar. Espera hijos conscientes de quiénes son, profundamente rendidos al gobierno del Espíritu y dispuestos a administrar fielmente aquello que recibieron. No necesitamos fabricar otra vida, ya

tenemos a Cristo, no necesitamos inventar otra herencia, el Heredero nos incorporó a Él.

Quizás solamente necesitamos dejar de construir ranchos sobre fundamentos preparados para algo mucho mayor. Y comenzar a vivir con la santa coherencia de quienes saben quiénes son, a quién pertenecen y qué han recibido en Cristo Jesús Señor Todopoderoso.



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

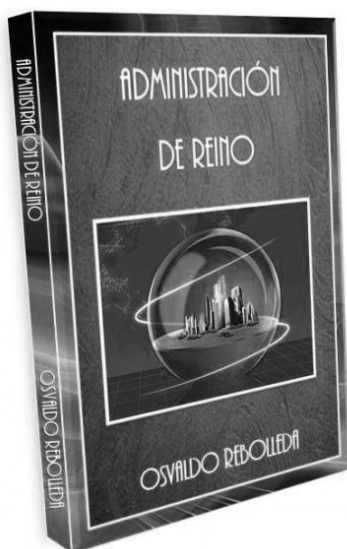
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

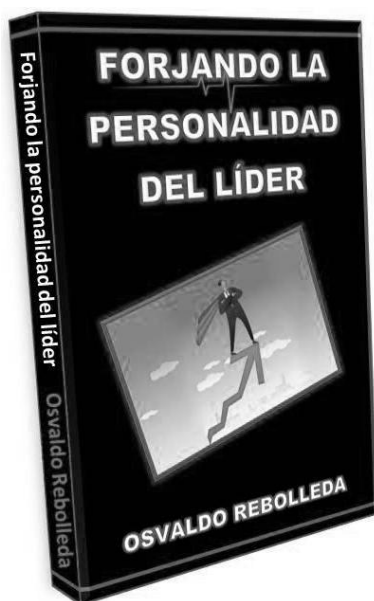
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

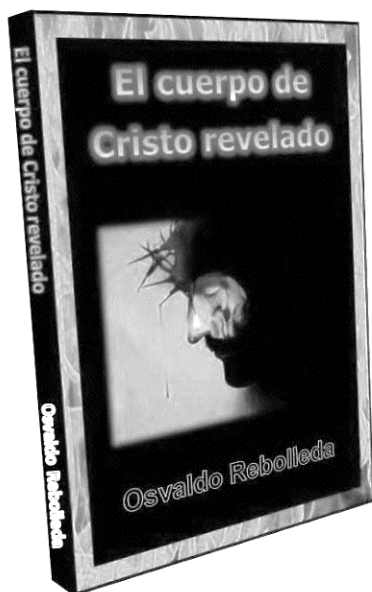
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

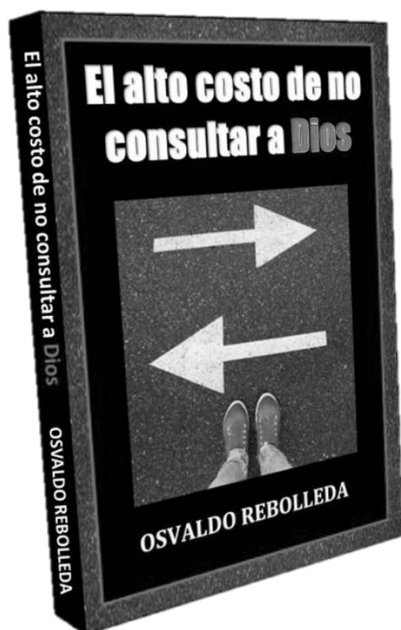


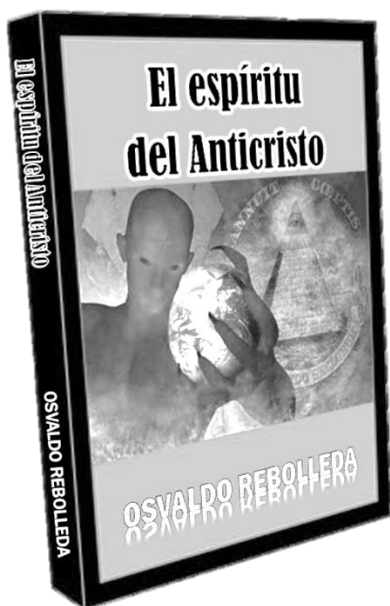
www.osvaldorebolleda.com



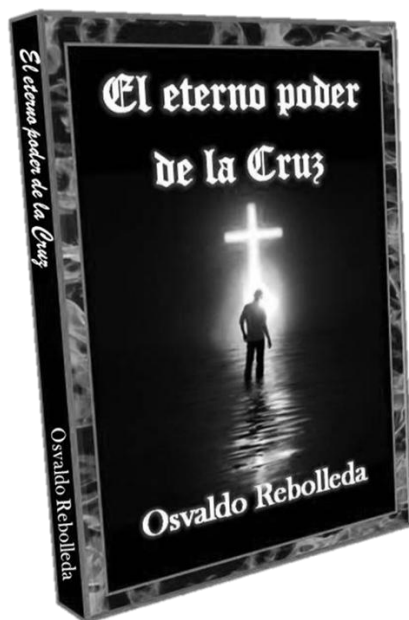
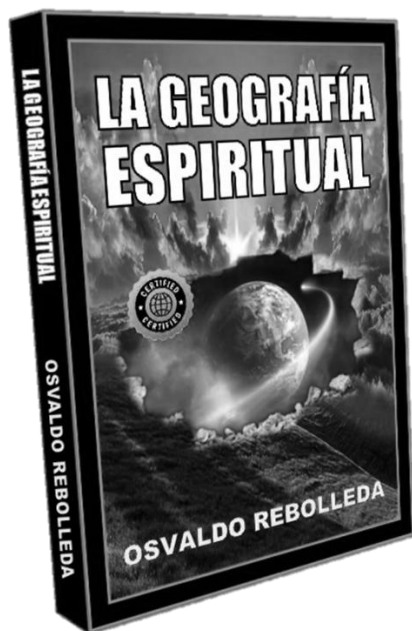


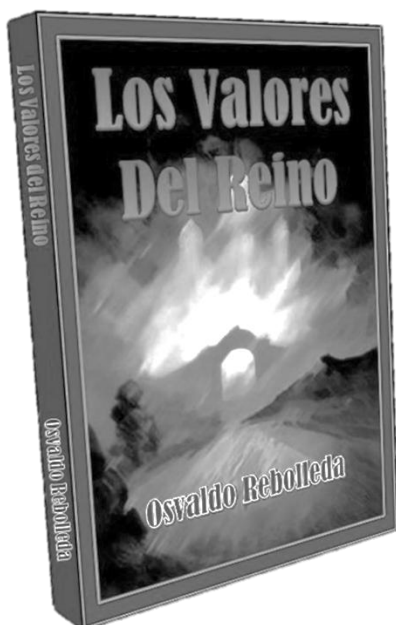
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

